

DEL ODIO
AL AMOR EN
TRES DÍAS

Iván Escobar

**KAMI
KAZE**

Lectulandia

¿QUÉ OCURRE CUANDO UN TERRORISTA SUICIDA SE ENAMORA
HORAS ANTES DE INMOLARSE?

¿QUÉ OCURRE CUANDO UN TERRORISTA SUICIDA SE HACE AMIGO
DE SUS FUTURAS VÍCTIMAS?

¿QUÉ OCURRE CUANDO UN TERRORISTA SUICIDA EMPIEZA A
DISFRUTAR DE LA VIDA?

Nada podía salir mal. Todo estaba listo para el atentado: doscientos cincuenta gramos de amonal; un avión con trescientos treinta y dos pasajeros; un hombre dispuesto a hacerse estallar en pleno vuelo por su patria... Solo un detalle no estaba dentro del plan previsto... ¡Que el terrorista suicida se enamore y se hiciese amigo de sus futuras víctimas!

Todo empieza cuando el vuelo donde Slatan iba a inmolarse se cancela por una tormenta de nieve. A partir de ahí, el terrorista suicida se ve obligado a convivir en un hotel de montaña con sus futuras víctimas hasta que la tormenta amaine y puedan volver a embarcar. Pero esos tres días se convertirán en un infierno para el asesino: le tocará hacer de canguro de unos niños, cantar en un karaoke, conocer a su mejor amigo y enamorarse perdidamente de una chica.

... Y es que lo peor que le puede pasar a un terrorista suicida... es encontrarse cara a cara con la felicidad y la vida.

Lectulandia

Iván Escobar

Kamikaze

Del odio al amor en tres días

ePub r1.0

nalass 26.10.14

Título original: *Kamikaze*
Iván Escobar, 2012

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Así termina el mundo.
No con una explosión, sino con un sollozo».

T. S. ELIOT. *Los hombres huecos*

*Para Miriam, Oliver y lo que está por venir.
Que nuestras fotos salgan siempre movidas... de tanto reírnos.*

UNO

Cuando era niño, Slatan se preguntaba por qué los americanos habían permitido que un trompetista de *jazz* fuese el primer hombre en pisar la Luna. A los quince años se enteró de que el trompetista se llamaba Louis Armstrong y el astronauta, Neil Armstrong y no tenían nada que ver. Aquello le desilusionó. Slatan pensaba que si Estados Unidos dejaba a un trompetista negro de *jazz* imprimir la huella de sus zapatos de charol en la Luna, cabría lugar a la esperanza. Norteamérica sería realmente el país de la justicia, de la igualdad. La garantía de que los rusos no llevarían a cabo el genocidio karadjo. Slatan estaba convencido: el mundo podía ser un lugar mejor gracias a Estados Unidos, gracias a las Naciones Unidas. Realmente mejor.

Era una estupidez, pero las mayores certezas de la familia de Slatan se sostenían en estupideces. Su papá, Nizzka, se pasó veintidós años llevando cucuruchos de *stracciatella* al panteón familiar. Cuando los vecinos le preguntaban por qué no llevaba flores, como todo el mundo, el papá de Slatan se defendía: «¿Por qué les van a gustar más las flores que los helados de *stracciatella*?». Razón no le faltaba, pero el olor acabó convocando a una infinidad de alimañas en torno a las lápidas, lo que precipitó el veto a los helados de *stracciatella*. El Campo Santo de Gôlubev probablemente sea el único del mundo con un cartel en la puerta que prohíbe depositar en las tumbas cucuruchos de *stracciatella*.

Dieciséis años después, Slatan, montado en un Boeing 747 con salida Moscú y destino Nueva York, con doscientos cincuenta gramos de amonal adheridos al pecho y la intención de matar a trescientas treinta y dos personas, se acordaría de su papá y de aquellos helados de *stracciatella*. Así fue.

La mamá de Slatan, Kosla, era la pragmática de la familia. Generosa en carnes, con el mentón poblado de pelusa blanca y las manos acartonadas por la artrosis. Concentraba en su escaso metro sesenta la fuerza bruta de un hombre y la mente precisa de un reloj suizo al que no hiciese falta dar cuerda. Recordaba cada cumpleaños, cada aniversario, cada céntimo que había escondido en el jardín y, por supuesto, quién la había ofendido o engañado alguna vez en su vida. Por eso tenía muy presentes los insultos, las risotadas y las blasfemias de los cuatro soldados rusos de no más de veinte años que, armados con K-42 y fusiles de asalto, entraron a desvalijar su casa el 7 de diciembre de 1971 a las ocho y doce minutos de la mañana. Grabó la fecha y la hora en la memoria pétrea del rencor y el odio.

La mamá de Slatan jamás salió de su pueblo, Instalood, de cuarenta y dos habitantes, doscientas cabezas de ganado, un síndrome de Down y un jugador de

hockey hielo que llegó a jugar en la segunda división nacional. «¿Para qué voy a ir a otro sitio? —decía—. Si Dios me dejó aquí, que cuando vuelva a buscarme no tenga que buscar mucho».

La mamá de Slatan tenía la costumbre de lavarlo todo a mano. Incluso las bolsas de plástico que traía de la carnicería. Sostenía que las lavadoras no servían para nada. Que se metía la ropa sucia para frotarse con ropa sucia y que de ahí solo podía salir más ropa sucia. Tampoco le gustaba la luz eléctrica, ni el agua embotellada, ni los teléfonos móviles. Y mientras papá obligaba a su hijo a aprender inglés viendo los noticieros de la BBC que entraba en casa gracias a una rudimentaria antena parabólica, mamá Kosla salmodiaba, sacaba brillo a los zapatos con mantequilla, y se sentaba en el porche después de cenar para escuchar el murmullo de un pueblo temeroso de Dios y envejecido en sus raíces.

La mamá de Slatan no era una revolucionaria, ni tenía ideas políticas, pero decía que los rusos eran un cáncer que había que extirpar. Por la noche, expuesta a los vapores de los pucheros repletos de lentejas con zanahoria, costillar de vaca y puerros con acelgas, concretaba sus ideas nacionalistas: «El pueblo karadjo algún día se sacudirá la opresión soviética. Es cuestión de tiempo. Y la independencia no pasa por las Conversaciones de Unificación Territorial auspiciadas por la ONU, sino por los K-42 que venden los chinos y las bombas lapa P-18 excedentes soviéticos de la guerra de Angola».

El tiempo le dio la razón. En 1991 un presentador de la BBC con la corbata torcida y las comisuras llenas de baba anunció en una televisión de catorce pulgadas, en blanco y negro, la independencia de Karadjistán. La mamá de Slatan no lo llegó a ver. La inteligencia rusa la destripó por colaboracionista con el terrorismo karadjo. Realmente no era colaboracionista, ni acudía a las asambleas, ni aportaba dinero a la causa, ni había amamantado a ningún hijo terrorista. Pero tenía lengua larga y carácter temperamental. Dos certificados sellados para molestar al KGB.

La última vez que Slatan vio a su madre, lo miraba con aire distraído desde la cama. «Cuando vuelvas trae jabón. No queda», le dijo. Parece que las últimas palabras debieran tener algo profético u oculto. Pero no es así. Slatan se despidió de mamá con un «regresaré antes de las dos» y no volvió a verla viva. Así fue.

Slatan recordaría, meses después, la fecha del último día feliz de toda su vida: el 28 de abril del 2011. Fue un día normal. Había salido el sol y la primavera empujaba los primeros brotes tímidos para que se atreviesen a romper. Por la mañana buscó las cabezas de ganado en la montaña, cerca del collado del Morózov. Comió pronto. Tripa de cordero rellena de verdura. Durmió una siesta de media hora, después leyó una revista donde elogiaban la dureza de los tractores Lakid, con tracción a las cuatro ruedas. Por la noche, quedó con los chicos de la fábrica de troqueles y tomaron vodka y cerveza hasta que hubo que llevar a Gregory a casa porque no se tenía en pie. Eso fue todo. No ocurrió nada especial. Lo justo para ser un día más. Pero, aunque entonces no lo sabía, sería el último día feliz de su vida. Así fue.

La gente suele recordar días repletos de tristeza y desgracia. Todo el mundo sabe dónde estaba el 11-S o qué hacía el día que sonó el teléfono y le dijeron que su padre había muerto. Pero a Slatan le habían enseñado a recordar los días felices. Su padre se empeñó en diseñar un absurdo calendario compuesto de días optimistas. Subrayando la fecha del primer diente de leche de su nieto. El día que la biopsia descartó que el bulto en el pecho de mamá fuese otra cosa que un bulto sebáceo. La semana que comenzaba el otoño en Instalood...

Pero a partir de aquel día: el 28 de abril de 2011, los rusos obligaron a Slatan a elaborar un calendario muy diferente. Un calendario edificado en el rencor y la rabia que se inauguraría con el abdomen abierto de mamá Kosla. Apareció a doscientos metros de la puerta de casa. Desprendía un olor nauseabundo. Cuando Slatan la encontró tirada detrás de un fajo de alfalfa, las tripas desparramadas supuraban un líquido ocre y denso. Los rusos le habían hecho la corbata Sverof. Llamada así porque era un corte desde el esternón hasta la vejiga. Slatan se tapó la nariz para no vomitar y se oprimió los labios con los puños para impedir que se le escapara un gemido. Eso le avergonzó. Por las mañanas, su mamá olía a jabón y por las tardes a cecina y leche. Pero aquella mañana olía como una despensa repleta de carne macilenta y podrida. Sus vísceras se mezclaban en la tierra llena de pisadas de botas militares, como un puzle de más de cinco mil piezas. Sin orden aparente. Imposibles de rehacer.

También de eso se acordó Slatan meses después en un Boeing 747 con destino Nueva York, con doscientos cincuenta gramos de amonal adheridos al pecho y la intención de matar a trescientas treinta y dos personas. Del olor de su mamá. Así fue.

DOS

Cuando su antiguo compañero de pupitre de cuarto curso de infantiles del colegio público de Instalood, Huvlav Kovalenko, miembro del Comité de Unificación de Karadjistán, convocó a Slatan en el vestíbulo del hotel Emperator, Slatan no pensó en nada especial. Hay mucha literatura sobre lo que piensan los terroristas suicidas cuando toman la decisión de convertirse en mártires. La gente se cree que barruntan conceptos como la patria, el honor, la familia o los enemigos que la metralla destrozará. Pero Slatan no pensó en nada. La certeza física de la muerte le sorprendió con la vulgaridad de las noticias cotidianas: una espinilla en la barbilla. No queda aceite en la despensa. La rueda de atrás de la Lambretta pierde aire. Nada épico ni reflexiones grandilocuentes con las que poner estribillo a una canción patriótica.

Slatan cambió la foto de su perfil de Facebook, sabía que después del atentado, medios de comunicación de medio mundo *hackearían* su página para conseguir información y fotografías. Sustituyó la foto en la que aparecía sonriente y afeitado por una actual con barba cerrada, ojos profundos y mirada desafiante. Aunque su cara era de natural afectiva y bondadosa, la fotografía le devolvió una imagen angulosa y agresiva. Con un rostro desencajado y una barbilla decididamente brutal. Después improvisó un escueto testamento que escondió en la segunda balda de la despensa, detrás de los botes de legumbre y mojama seca. No tenía gran cosa, pero la ley de sucesiones especificaba que en caso de no encontrar testamento, los bienes de cualquier karadjo pasaban directamente al Estado.

A sus amigos les dijo que iba a pasar unos días en la casa de su primo, Rasmousen, en Semiónov, al otro extremo de Karadjistán, cerca de Krova. Todo normal, creíble. Quizá lo único extraordinario que alguien pudo observar en el comportamiento de Slatan aquellos días fue que, poco amante de los helados, compró varios cucuruchos de *stracciatella* y se fue a comerlos al cementerio de Gôlubev. Junto a las tumbas desconchadas y cubiertas de maleza en las que descansaban los cuerpos fríos de sus padres. Todo esto ocurrió un día radiante de otoño. La primera helada había afectado a las lechugas y los tomates y los caminos aparecían llenos de charcos. Aquel fue un día hermoso. Como son los primeros días de otoño. Así fue.

Ninguno de los huéspedes del hotel Emperator sospechó nunca lo que sucedió la mañana del 5 de diciembre del 2011 en la habitación cuarenta y uno situada en la planta cuarta. El precio de la habitación doble, mil seiscientos rublos, incluía desayuno continental, plaza de garaje y wifi una hora gratis. Ninguno de los tres

hombres que ocupaban la habitación desayunaría, ocuparía la plaza de garaje ni se conectaría a Internet. Tampoco abrirían la cama de metro ochenta, ni utilizarían el albornoz ni el jabón marca Krusa del baño.

Los tres hombres permanecieron de pie, en el centro de la habitación, con las dobles cortinas cerradas y un flexo encendido orientado hacia la moqueta carcomida por la humedad del suelo. Un hombre, al que Slatan no había visto nunca, y que parecía el malo de la película *Goldeneye* de James Bond, le hablaba con voz monótona y distante desde las sombras:

—Desnúdate.

La voz sonó neutra y desprovista de emoción, como el resultado de una autopsia de un hombre que se ha arrojado a las vías del metro. «Murió porque el metro lo reventó». Punto. No hay literatura en eso.

Slatan se desprendió de la camisa y los pantalones. Dudó si quitarse los calzoncillos. Eran de licra y tenían un estampado de raquetas de tenis. Aquel estampado no se correspondía con la solemnidad del momento. Se debería haber puesto calzoncillos oscuros, sin estampado de raquetas de tenis.

—¿Los calzoncillos también?

Nadie contestó. Finalmente, se los quitó. A través de la pared se escuchaba la llegada de una pareja a la habitación contigua. Sus voces felices contrastaban con el mutismo y la solemnidad de la habitación en penumbra donde Slatan permanecía desnudo. Si una señora de la limpieza abriese la puerta en ese momento, tendría tema de conversación para un mes con sus compañeras de planta. «Abrí la puerta para hacer la habitación y ¡zas! Allí estaban. Uno en pelota picada y los otros dos mirándolo. Qué gente más rara, de verdad. Es por el Internet ese, se graban y después lo meten en el Internet».

—Pon los brazos en cruz y no te muevas —dijo el hombre desconocido interrumpiendo las reflexiones.

Slatan obedeció. El hombre abrió una maleta de tela y extrajo un chaleco negro con doce pequeños compartimentos. Como el chaleco de un explorador meticuloso. Esos exploradores de la Asociación Geográfica Inglesa que desaparecían en África durante diez años y cuando regresaban a casa, antes de besar a su mujer y sus cinco hijos, pedían un té con dos terrones de azúcar.

El desconocido manejaba el explosivo con sumo cuidado. Casi con delicadeza. Eso le hizo sentirse poderoso a Slatan: lo que diferenciaba a aquel hombre y a Slatan es que él no tenía miedo. La muerte había pasado a ser un miembro más de la familia. De los pocos que le quedaban.

—La mezcla de explosivos es muy inestable. Si se moja o humedece, se apelmaza el compuesto químico —comentó mientras abría uno de los compartimentos del chaleco—. Si esto ocurre, adquiere un color marrón y explota.

El terrorista miró el contenido de los cilindros. Parecía imposible que aquellos ridículos polvos blancos pudiesen provocar una explosión asesina que se llevase por

delante a trescientas treinta y dos personas.

—Es importante que no sudes, no bebas nada y sobre todo, no golpees el detonador. Saltarías en pedazos, ¿está claro?

Slatan se limitó a un ligero asentimiento con la cabeza. Seguía con los brazos en cruz y completamente desnudo. Quizá no debería haberse desnudado del todo — pensó—, quizá el hombre se refería tan solo a la camisa y los pantalones, pero quedaría ridículo ponerse ahora los calzoncillos estampados con raquetas de tenis. Pasaría a la historia de Karadjistán como el terrorista pudoroso. A Huvlav y al desconocido les daban igual los calzoncillos con raquetas de tenis, concentrados en instalar el chaleco con doscientos cincuenta gramos de amonal y un detonador de frecuencia en el pecho.

Desde la aparición de Belamí Sufuf, en el avión de la Delta en el 2004, el terrorismo aéreo había cambiado. Sufuf pasó cien gramos de explosivos escondidos en la suela de sus deportivas de baloncesto. Poca cantidad para producir una gran explosión, pero suficiente para abrir un agujero en el fuselaje del avión.

Dos años después, en Afganistán, los soldados estadounidenses descubrieron una nueva y revolucionaria técnica terrorista: meter un obús en el ano de una vaca. De esa forma, un pastor vestido con harapos y armado con una inofensiva vara de madera se convertía en un arma letal. Con solo acercar el animal a un puesto policial o esperar el paso de alguna patrulla de soldados y hacerlo estallar provocaría decenas de muertos. ¿Quién podría sospechar de una vaca escuálida y un harapiento pastor?

Sin embargo, el salto de calidad en esta disparatada carrera armamentística lo dieron una vez más los iraquíes. Los cuerpos de inteligencia americanos descubrieron en el otoño del 2009 un grupo yihadista dispuesto a implantar quirúrgicamente bombas en el cuerpo de terroristas suicidas. Quizá la máxima y definitiva expresión del término *hombre bomba*. Este tipo de artefactos serían «invisibles» desde el punto de vista de detección de escáneres. Con este revolucionario sistema ningún aeropuerto, embajada u hotel estaría libre de la amenaza terrorista. Los actuales sistemas de detección de bombas están diseñados para alertar sobre algo que esté sobre el cuerpo, no dentro del cuerpo. Además, los escáneres pueden detectar tornillos o prótesis de metal, pero no plástico o productos químicos. La implantación de unos pechos en una mujer, una liposucción en las nalgas o una cicatriz en el abdomen parecería una rutinaria operación de apendicitis o una intervención en el colon, pero podría ocultar un líquido denominado *peróxido de acetona*, que mezclado con unos gramos de PTAT provocaría una reacción química que lo haría estallar.

El chaleco de explosivos que Slatan llevaría adherido al pecho era mucho menos sofisticado, pero cumplía la misma función. Un total de doce compartimentos rellenos de amonal sujetos con cinta americana. Un detonador de frecuencia y un cordel escondido en el brazo izquierdo para accionarla. Sencillo y mortal.

Sin embargo, la cinta americana se despegaba debido al poblado vello del pecho de Slatan. El adhesivo le producía pequeños tirones al desprenderse. Mordisquitos

secos, casi infantiles. Rectificados pegajosos. Slatan pensó que debería haberse afeitado el pecho en casa.

—La seguridad del aeropuerto solo cachea a uno de cada diez pasajeros —dijo el hombre mientras colocaba una segunda vuelta de cinta americana que tampoco acababa de adherirse.

Ahora estaba seguro: se debería haber depilado. Estuvo a punto, incluso se enjabonó el pecho para poder rasurarlo mejor, pero al final le pareció algo afeminado. Alejado de la épica terrorista.

—Detona la bomba cincuenta segundos después del despegue. En ese momento, los motores del Boeing estarán a máxima potencia con veinte mil litros de queroseno en los depósitos.

—Si todo sale bien, cuando estalles —intervino Huvlav— estaréis sobrevolando el núcleo urbano. Así te asegurarás de que haya más muertos. Más muertos es igual a más minutos en la televisión y más titulares en los periódicos. Más ojos mirándonos. Todo el mundo hablará de Karadjistán. Por fin sabrán que vamos en serio, como los chechenos.

Pero Slatan no pensaba en los muertos, ni en los chechenos, ni en los veinte mil litros de queroseno quemándose. Solo pensaba que en el tiempo que emplearía en afeitarse el pecho, un cohete de la NASA con Neil Armstrong dentro recorrería veinticinco mil kilómetros acercándose a la Luna. En ese tiempo Louis Armstrong cantaría con voz de arena *What a wonderful world* y tres soldados del Regimiento Cuarto de Unificación Territorial romperían la puerta de casa, insultarían a su mamá, la llamarían bastarda terrorista y le harían la corbata Sverof.

—¿Y si surge algún problema? ¿Qué hago?

Los dos hombres se miraron en silencio. La pregunta de Slatan no había gustado. Nada podía salir mal. En la lógica terrorista ningún contratiempo podía prevalecer ante la causa justa de la venganza: su causa. Huvlav habló primero.

—Si pasa algo o tienes alguna duda, nos encontrarás en este número. —Le entregó un papel doblado en cuatro partes. Dentro, con caligrafía de niño, aparecía escrito un número de teléfono—. No llevarás móvil. Si tienes que llamarnos, aléjate varios kilómetros del aeropuerto y busca una cabina. Si no, rastrearán las llamadas y nos encontrarán, ¿está claro? Estamos seguros de que la inteligencia rusa no nos tiene pinchados, pero con esos hijos de puta nunca se sabe. Tenemos que ir tres pasos por delante de ellos. Tienen satélites, ingenieros informáticos, infiltrados. Lo tienen todo menos a gente como tú, Slatan, un mártir dispuesto a morir por tu pueblo.

Slatan asintió. La explicación práctica sobre cómo detonar la bomba continuaba. Con la naturalidad del vendedor de coches que indica dónde se encuentran las luces antiniebla y el regulador de la calefacción.

—Con el cordón del pecho accionas la bomba del chaleco. Si te descubren o te inmovilizan —le mostró un botón a la altura de su mano izquierda—, tienes un botón auxiliar. La bomba explotará con un retardo de tres minutos. Cuando tengas a la

policía encima. Nunca te cogerán vivo...

Las últimas palabras quedaron flotando en la habitación como motas de polvo vistas a contraluz. Con una presencia luminosa y abstracta.

Huvlav abrazó a Slatan. Un abrazo torpe y protocolario. Como son los abrazos de la gente que no acostumbra a dar abrazos ni a recibirlos. Después sonrió, sus dientes paletos, con fundas de oro, brillaron en la penumbra de la habitación cuarenta y uno de la planta cuarta del hotel Emperor.

—Slatan, eres un héroe. Vas a morir por tu pueblo. Los niños aprenderán tu nombre en las escuelas de Instalood. Las mujeres tejerán bordados con tu rostro.

La voz cavernosa de Huvlav entonó una canción repetida como un mantra en las reuniones de la Asamblea: «Rusia hundió nuestro honor bajo tierra. Aniquiló nuestra esperanza..., cien años de opresión ya son suficientes. Este es el momento en el que van a morir..., van a morir..., van a morir...». Slatan asintió.

—Ahora tienes que irte —añadió, como si el tiempo de terapia de psicoanalista hubiese terminado y tuviese que abonar la sesión en la salida.

Slatan asintió y se vistió en silencio. En la puerta se cruzó con otro hombre que entraba en la misma habitación a disfrutar de su media hora de terapia patriótica. Una cicatriz brutal le cruzaba la cara separando el rostro en dos hemisferios. Como un puzle cuyos bordes no encajasen entre sí. No era la primera vez que Slatan veía ese tipo de cicatrices. Las bombas de racimo prohibidas en 1994 por Naciones Unidas y que el ejército soviético seguía usando contra la población civil ocasionaban malformaciones. La metralla levantaba la carne como cecina tierna y la quemaba. Probablemente, aquel hombre era otro Mártir de Instalood. Quizá cada diez minutos un nuevo terrorista suicida entrase en la habitación cuarenta y uno del hotel Emperor para que le instalaran un chaleco cargado de amonal. Como una cadena de montaje donde un operario ajustase piezas sueltas sin saber exactamente qué máquina resultaría al final. Qué aparato logístico y frío apresuraría la muerte ajena.

Dos horas después, en la intimidad de casa, las dudas seguían taladrando obsesivamente su cerebro: ¿Por qué no se depiló en casa? ¿Por qué mamá no supo mantener la boca cerrada? ¿Por qué papá llevaba cucuruchos de *stracciatella* al cementerio? ¿Por qué un padre tenía que sobrevivir a la muerte de su hijo? La cinta americana se desprendió por tercera vez de su pecho arrancándole caracolas oscuras de pelo. Así fue.

TRES

El peso. Doscientos cincuenta gramos de amonal pesan eso: doscientos cincuenta gramos. Slatan pensó en la incongruencia del peso. No era justo. Si unos gramos pueden reventar las vidas de trescientas treinta y dos personas, deberían pesar más. Mucho más. No compartir la misma carga que doscientos cincuenta gramos de arena, de pechugas de pollo o mermelada de grosella. Esos doscientos cincuenta gramos debieran responder a un peso prorrateado. Una ecuación matemática que sopesase la carga añadida de dolor, miedo y angustia que iban a ocasionar.

Todo eso pensaba Slatan al llegar a la puerta de la terminal internacional del aeropuerto Yul Moscova, en Moscú. Llegó pronto, cuatro horas y media antes de la hora de embarque. Huvlav había diseñado un recorrido para aproximarse al aeropuerto y asegurarse de que no lo seguían. Cogió el metro en la parada Koltsevaya hasta Liúblinsko, allí enlazó con el autobús R26, hasta la parada Arbatsko. Caminó dos manzanas y cogió un taxi en la calle Moskovski. Doscientos rublos hasta la puerta de la terminal internacional. Hora y cincuenta y dos minutos hasta completar el trayecto. El taxista intentó entablar conversación aludiendo a la tormenta de nieve que anunciaban sobre Moscú, pero Slatan se refugió en ásperos asertos guturales y en un exhortativo «no hablo su idioma». Bajó del taxi con veintidós dólares en el bolsillo y un bolígrafo azul. Colgada del hombro una bolsa de viaje marca Asperto con cuatro compartimentos: en el primero, un paquete de folios y un suéter; en el segundo, un cepillo de dientes y una maquinilla de afeitar eléctrica con tres niveles de rasurado; en el tercero, un calzoncillo y un par de calcetines; el cuarto estaba vacío. El equipaje aséptico de cualquier representante de productos farmacéuticos obligado a enlazar puentes aéreos. No facturaría maleta.

Al atravesar la puerta de salidas internacionales creyó sentir cientos de miradas que lo diseccionaban, intuyendo la presencia de un extraño bulto en forma de chaleco debajo de la americana, pero no era verdad. Nadie podía saber que Slatan llevaba encima el suficiente explosivo como para volar el Burger King y medio *lobby* y causar decenas de muertos.

Atravesó decidido la entrada del aeropuerto, repleta de cafeterías y tiendas de ropa con rebajas de hasta el cincuenta por ciento. Los aeropuertos son microuniversos que se reinventan cada día. Bioesferas pobladas de idénticas especies absurdas. Pantallas de información. Franquicias de comida rápida. Encías con ortodoncias. Pasaportes sellados. Cajeros automáticos. Parejas llamándose cariño. Sobres con sucedáneos de azúcar que ni engordan ni saben a nada. Espuma de afeitar donde regalan el cuarenta por ciento. Cuerpos que se rozan sin disculparse. Tarjetas de

embarque. Mercancías perecederas bajo anuncios de oferta. Un sotechado diáfano donde nunca llueve. Sin embargo, venden paraguas con empuñaduras de marfil. Una mujer entrada en kilos lo abre. No es supersticiosa. ¿Qué se echa de menos? Asientos. Hay pocos asientos en los pasillos de los aeropuertos. Nadie se puede detener. Son lugares de paso. Tránsitos a otros lugares. Dentro de un escaparate, una videocámara lo graba. Slatan ve reflejado su perfil poblado de barba en un monitor de cuarenta pulgadas. No se reconoce. Resulta gordo y vulgar.

Continúa su procesión silenciosa hacia el control de seguridad. Los escaparates siguen ofreciendo su muestrario infinito. Bicicletas estáticas para no salir de casa. Para no avanzar. Una cámara que dejan probar durante quince días sin ningún compromiso. Un iPad que dejan quince días sin compromiso. Un secador de pelo que dejan quince días sin compromiso. Una cadena de música que dejan quince días sin compromiso. Un sofá reclinable con tres posiciones que permiten disfrutar quince días sin ningún compromiso. ¿Se podría devolver el chaleco de explosivos a los quince días? «Una vez en casa, si no le gusta, tráiganos el amonal. No olvide el tique de compra». Quince días para probar si mata con efectividad. Si la onda expansiva le satisface. Si los muertos se despedazan a su gusto.

Nada compromete dentro de un aeropuerto. Todo el mundo pasa de puntillas. Como en unas escaleras mecánicas donde no se puede permanecer parado.

Por fin, Slatan desemboca en el control de seguridad. Había formada una pequeña cola de pasajeros que esperaban pacientemente mientras se desprendían de líquidos, cremas y pequeñas tijeras para cortarse las uñas. Una chica joven, con rasgos orientales, protestaba airadamente aferrada a un bote de crema que la policía de frontera le requisaba.

—¡No es justo..., me ha costado más de mil rublos! ¿Por qué no puedo pasarlo...? ¡Mire —decía mientras se extendía la crema por la cara—, es solo tonificante facial!

El guardia de seguridad, impertérrito, escuchaba como quien oye llover. Con una mezcla de crueldad maquillada de servicio público.

—Lo siento, el envase tiene más de los cien mililitros permitidos. Lo tiene que dejar aquí, es por su seguridad.

Slatan, indiferente a la discusión, mostró su tarjeta de embarque a un encargado de Air Moscú y se colocó al final de la cola. Frente a los agentes de seguridad que flanqueaban el arco de seguridad.

El traje gris de cheviot con americana de tres botones que le había facilitado Huvlav estuvo de moda hace veinticinco años. La americana, con hombreras, le venía grande. Sin embargo, las mangas eran demasiado cortas. Slatan parecía un prestidigitador que quisiese decir «¡miradme, no guardo nada debajo de la manga!». «En el fondo —pensó Slatan—, tenía sentido. Un traje prestado para una vida prestada». Huvlav se lo había dejado muy claro desde aquella primera visita nocturna en casa, dos días después del entierro de mamá. No había marcha atrás. Lo habían

escogido entre otros mártires por su perfecto manejo del inglés, pero una vez aceptada la misión suicida, su vida ya no le pertenecía, pertenecía al pueblo karadjo, el siguiente paso: el sacrificio heroico. En este negocio no existían prerrogativas ni cambios de opinión. Slatan lo aceptó.

Tiempo después recordó un bloque de edificios que habían derribado cerca de su casa, en la calle Miutska, junto al teatro Olga Popov. Varios operarios ayudados de una máquina excavadora habían tirado la fachada y los suelos, pero dentro, en las paredes desconchadas, todavía se conservaba el papel pintado de los muros y algunos adornos de las antiguas viviendas. El esqueleto visible de una cotidianidad desaparecida, de unas vidas extirpadas de las que solo quedaban unos cuantos azulejos agrietados, alguna escarpia oxidada y los remates de las esquinas en escayola. Si alguien pudiese asomarse al interior de Slatan, no vería mucho más. Las paredes resquebrajadas y a punto de derrumbarse de una vida que estuvo llena de calor y que ahora solo transmitía miseria y desahucio.

A los lados del arco de seguridad que daba acceso a la zona de embarque, columnas de bandejas de plástico se hacinaban esperando a que los pasajeros depositasen allí todos los objetos metálicos. Una orquesta de relojes, cinturones, monedas, iPhones y llaves caía estrepitosamente sobre la superficie deslizante de las bandejas.

Slatan, como el resto, también cogió un recipiente y rebuscó en el fondo de sus bolsillos prestados. Huvlav había pensado en todo y le había entregado una lista de objetos que un representante de productos farmacéuticos (como rezaba el carné profesional que llevaba en la cartera) podría llevar encima en un vuelo. «Tienes que parecer un pasajero más —le dijo Huvlav—, eres nuestra bala de plata, no puedes fallar ni levantar sospechas».

Del bolsillo derecho del pantalón sacó un llavero con una insignia náutica donde podía leerse: *Club de Regatas Trpaki*, cinco llaves colgaban del extremo. ¿A dónde pertenecían esas llaves? Puede que una de ellas abriese la puerta principal de un chalé adosado con jardín y barbacoa en el porche. El acceso a un hogar que Slatan desconocía. Un espacio indefinido de pasillos alfombrados, edredones de pluma y muescas en el marco de la puerta de la cocina que recordasen la altura de los niños año tras año. Slatan suplantaba la vida de un hombre con un traje, unas llaves y un pasado que no era el suyo.

Tampoco conocía las vidas de las trescientas treinta y dos personas que iba a arrebatar. Para él, comprendían el mismo misterio que las llaves de su bolsillo con la insignia náutica donde se leía: *Club de Regatas Trpaki*. No significaban nada. Absolutamente nada.

Huvlav se lo había advertido en el hotel Emperor. «El momento de pasar por el arco de seguridad es lo peor. Fracasas a tan pocos metros del objetivo es intolerable. Muchos compañeros (esa palabra, *compañeros*, la deletreaba y subrayaba deteniéndose en cada sílaba: *com-pa-ñe-ros*) se han jugado la vida para que tú

denuncies el olvido internacional del pueblo karadjo. Para que se acuerden de nuestro sufrimiento».

Quizá tenía razón. Los niños no aprenden canciones sobre un terrorista suicida que fracasa. Las mujeres no tejen bordados con el nombre de quien se hace estallar frente a un arco de seguridad. Con las vísceras alfombrando los suelos del *lobby*. Con trozos de seso diseminados en la antesala del *duty free*. Espolvoreando chocolatinas Toblerone (dos por una), cámaras digitales con descuento de hasta el treinta por ciento y bolsos Louis Vuitton.

El corazón de Slatan se retorció dentro del pecho como un bote de melocotones en almíbar. Golpeando por los lados.

El vello de la nuca erizado.

Los ojos ardiendo.

Las manos heladas.

El tipo que le había colocado la bomba en el hotel Emperor se lo había repetido seis veces: controlar la sudoración. No humedecer el amonal. Es inestable y explota. Era de idiotas quedar diseminado en el *lobby* porque le sudasen los sobacos.

El último pasajero que quedaba delante de él pasó por debajo del arco de seguridad sin llamar la atención. Cacheaban a uno de cada diez, pero ¿sería él el número diez? Su turno había llegado. El gran momento, si lo cacheaban estaba perdido. Si algo llamaba la atención de los guardias, tiraría del cable y estallaría allí mismo. No tenía miedo a morir.

Y entonces apareció Eugene y lo cambió todo.

CUATRO

La primera presencia que Slatan tuvo del hombre que iba a dar la vuelta a su vida como un calcetín fue el olor. Antes de oírlo, de saber su nombre o estrechar su mano, Slatan lo olió. Un profundo olor a sudor condensado. A sauna húmeda o toalla olvidada en las duchas del vestuario de un colegio público. Después sintió su peso, la masa circular y desbordada de unas carnes prominentes y excesivas. Eugene personificaba la claudicación definitiva a la disciplina de una docena de dietas. El fracaso de la disociación de proteínas e hidratos. La inutilidad de la dieta de la piña, del pollo y del pepino. El sonrojo de cuatro dietistas, un endocrino y doce gimnasios expertos en el tratamiento de la obesidad. Ciento cuarenta y dos kilos condensados en metro setenta con tendencia a la sudoración, la psoriasis y los herpes cutáneos. Así fue.

—Perdón, perdón, perdón, dejen paso, por favor..., es urgente —dijo Eugene saltándose la cola y apartando a la gente con sutiles empujones y codazos—. Los codos, cuidado con los codos. Retírense, por favor..., no se amontonen..., es urgente.

Eugene, vendedor de zapatos de Marks and Brothers, con un fijo de mil dólares al mes, más un quince por ciento en comisiones, dietas aparte, avanzó al margen de la cola, con pasitos cortos y rápidos. Haciendo oídos sordos a las quejas y protestas de los pasajeros que dejaba a su espalda.

Al atravesar el arco de seguridad, por delante de Slatan, un ruido estridente alarmó de la existencia de metales en los bolsillos de su ajado traje azul adquirido en los saldos de Primark, con los codos tazados por el uso, y los bajos ennegrecidos. El guardia de seguridad, con guantes de látex, lo detuvo.

—Hágase a un lado, señor, le tengo que cachear.

—¿Cachear? ¿Tengo cara de terrorista? —dijo levantando teatralmente los brazos—. ¿Cuántos terroristas de ciento cuarenta y dos kilos conoce? ¡Tengo el colesterol en trescientos cincuenta! ¿De verdad cree que voy a llevar una bomba encima?

Eugene habla más con las manos que con la boca. Gesticula de forma exagerada y cómica. Como una estrella del cine mudo. Articula en un lenguaje internacional de aspavientos generales con los brazos y usa los dedos regordetes y ágiles como signos de puntuación.

—Vacíe los bolsillos y deposite todo su contenido sobre el mostrador.

Eugene, con gesto de profundo desagrado, rebusca en el fondo de su americana. El tamaño de los bolsillos es descomunal. Sacos terreros. Con capacidad para albergar unos Juegos Olímpicos. Eugene va depositando sobre el mostrador un teléfono, tres chokolatinas, restos de galletas, un paquete de cacahuets y un número

indeterminado de emanems sueltos (que se derriten en tu boca, pero en el caso de Eugene, se derriten también en sus bolsillos). Siente la obligación de explicarse:

—Es para evitar una bajada repentina de azúcar. Por prescripción médica, ya sabe.

—Quítese los zapatos, por favor...

—¿Los zapatos? ¿Qué cree que voy a llevar en los zapatos? ¿Metralletas? ¿Plutonio? ¿Armas de destrucción masiva?

El guardia de seguridad no se inmuta.

—Los zapatos...

Eugene reacciona airadamente. Mientras se descalza, saca una servilleta con manchas de grasa del bolsillo y un lápiz reducido por el uso.

—¡Esto es un abuso! Conozco mis derechos. Hágame el favor de escribir aquí su nombre y su número de placa. Voy a informar a sus superiores. Soy íntimo del consejero de seguridad aeroportuaria.

El guardia de seguridad no le presta atención, lo cachea a fondo. Eugene no para de hablar y protestar. Slatan, descolocado por la sorpresa, mira desde la distancia los zapatos que Eugene ha dejado sobre la moqueta. Unos discretos zapatos de mujer con dos dedos de tacón. Slatan observa los zapatos, alucinado. No entiende por qué ese gordo calza zapatos de mujer. No entiende cómo todo ese peso puede concentrarse en unos tacones tan pequeños y finos. No le da tiempo a pensar mucho más. El pequeño empujón de un pasajero impaciente le indica que ha llegado su turno de pasar por el detector.

Las palabras de Huvlav acuden terapéuticas, en su ayuda. «Cachean a uno de cada diez pasajeros...». Si habían parado al gordo, él no tendría problemas. La estadística se ponía de su parte. La estadística también afirma que un 70% de la gente muere de un ataque al corazón, un 20% de cáncer, un 12% en accidentes de tráfico... y tan solo el 0,02% por un atentado terrorista suicida. La estadística es una ciencia caprichosa.

Slatan comienza su particular paseo de la fama patriótica, de las estrellas de Karadjistán, solo que la alfombra no es roja, es azul. Desgastada por millones de pisadas. Con estampados mohosos y huellas de cocacolas y trozos de sándwich de pollo pisoteados. Un paso, dos pasos, tres pasos. Slatan, nacido en Instalood, hijo de Kosla y Nizzka y con el objetivo de morir en un Boeing 747 rumbo Nueva York, pasa por debajo del arco de seguridad. Su cuerpo es descompuesto en partículas. Radiografiado en fotones. Barrido en ondas electromagnéticas que buscan metales, pistolas, líquidos, cuchillos. Un sondeo que intenta detectar la corporeidad de la muerte. La fisonomía de la desgracia, la envergadura de la tragedia en forma encapsulada. Pero no detecta nada.

El arco de seguridad permanece en silencio. Nada hace saltar la cédula fotovoltaica del detector. Los fotones de emulsión no detectan ningún compuesto metálico. Nada en los doscientos cincuenta gramos de explosivos que lleva en el pecho provoca la alarma. Ningún pitido delata la existencia de un detonador. Nada

metálico. Nada suena. Nada anticipa el horror. Solo las protestas de Eugene, vociferantes, absurdas, acompañan el paso del nombre de Slatan a los libros de texto de los niños karadjos y a los bordados de las mujeres de Instalood. Slatan, con la tarjeta de embarque en una mano y el pasaporte en la otra, está dentro. El cinturón de explosivos está dentro. La muerte está dentro. Así fue.

CINCO

Puerta de embarque número cuatro. Vuelo JF 4583. Dirección: Nueva York. Hora aproximada de embarque: dieciocho cuarenta. Slatan, impertérrito, entra en una sala de espera con grandes ventanales que dejan ver un cielo negro y tormentoso. El taxista que lo trajo al aeropuerto tenía razón. Una tormenta de nieve se aproxima a Moscú. Sobre un asiento de plástico azul algún pasajero ha dejado olvidada la revista *Touch*. Tiene las hojas manoseadas y sucias. En la portada aparece la foto de la casa de Brad Pitt y Angelina Jolie en Miami. Tiene más de cuatro mil metros cuadrados, helipuerto y playa privada. Slatan aparta la revista y se sienta frente a unas gigantescas vidrieras que permiten ver el despegue de los aviones. Una suerte de limbo para el suicida. «Lo más difícil está hecho —dice para sí—. Lo has conseguido. Vas a ser un mártir».

Por los ventanales una intensísima tormenta de nieve comienza a golpear los cristales. Tac tac tac. Taquigrafiando un mensaje indescifrable de lluvia helada. Por megafonía advierten al pasajero Sean Judkins que embarque inmediatamente en el vuelo a Londres, que se ha despistado, que no se entera, que se largan sin él.

Los pasajeros se mezclan en la sala de espera cada vez más llena. Frente al mostrador de embarque, cinco o seis personas hacen cola para ser los primeros en entrar al aparato. Un par de recién casados de veinticinco años (se les conoce por el brillo immaculado de sus anillos) sonríen, se besan y se acarician constantemente. Sacan una novela de Stephen King (él) y de Henning Mankell (ella). Inician su viaje de novios viajando a Nueva York y cogiendo un enlace a Hawái, pese a que la madre de ella insistió mucho en que Hawái no merecía la pena. «Es una isla donde solo hay gente en chanclas y mosquitos». Ante lo que el novio argumentó: «Señora, soy moscovita. La última vez que vi un mosquito estaba dentro de un bloque de hielo en el Museo de Ciencia Natural de San Petersburgo; además, ¡un moscovita en chanclas es un animal en extinción!».

A la derecha, un anciano enjuto y arrugado de no menos de ochenta años juega con habilidad con un pañuelo. Lo hace aparecer y desaparecer para entretenimiento de un par de críos que aplauden cada truco. Después guarda el pañuelo y saca de las orejas de los niños dos caramelos. Risas y aplausos. Más allá, tres o cuatro hombres de negocios conectados a iPads y Blackberrys. Cuellos almidonados, zapatos pulidos, corbatas grises, caras rasuradas y billetes en primera clase. Sus gestos denotan cierta incomodidad que desaparecerá cuando accedan a las zonas VIP sin niños ni turistas que mascan chicles y llevan bocadillos envueltos en servilletas grasientas. No hay nada extraño en los pasajeros que se amontonan en la zona de embarque. Una

geografía común de paseos al baño, a la máquina de refrescos y a las pantallas de información.

Más tarde alguien revivirá esos momentos en la sala de embarque como premonitorios. Preguntado por alguna periodista local de la televisión Moscú-2, afirmará que sintió algo. Un palpito que no era normal. Que los trescientos treinta y dos cadáveres le susurraron algo al oído, pero no supo escucharlo.

Cerca de Slatan, cuatro asientos a la derecha, se sienta mamá July con su bebé de dos meses en brazos. Sus otros dos hijos de siete y nueve años la siguen detrás. Todos muy rubios, muy nórdicos. La mamá y su prole perfecta. A una mamá con dos niños y un bebé recién nacido siempre le falta un tercer brazo. Una tercera pierna. Un ojo en el mastoideo. Alguna mutación genética que le permita afrontar el reto de portear maletas, biberones, Game Boy y no dejarse olvidado un crío en Zara Kid's.

Mamá July tenía muy clara la vida que deseaba desde que a los doce años, junto a su amiga Amn, se subía a la buhardilla de la casa de sus padres en Brixton, en esas interminables tardes de lluvia. Cuatro o cinco hijos, una finca para el verano en Sundford y vacaciones en Mallorca o Saint-Tropez. Cualquier sitio menos el aburrido y húmedo Brixton. No fue así. Embarazada a los veintiuno. Vuelta a embarazar a los veintitrés y vuelta a embarazar a los treinta. Allí se debieron de ir las vacaciones. La finca y los sueños lejos de Brixton se esfumaron unos meses más tarde, al casarse con el bueno de Alexander Burulov, un gestor inmobiliario de Kaliningrado al que conoció un verano en Londres.

El niño de siete años, Alex, saca una baraja de cartas usadas. La mayoría dobladas por las esquinas. Hay patos, gatos, vacas. Son familias de animales. Las dispersa por el suelo. Mamá July, discreta, se desabotona la camisa, se suelta el tirante del sujetador, saca el pecho y da de mamar al bebé. Tiene pequeñas grietas en el pezón que convierten cada toma en una íntima tortura, pero el olor infantil y la carita de placidez del bebé al tomar el pecho la compensan por todo. Con Alex fue peor, una mastitis el quinto mes le hizo prometer que nunca más daría el pecho. Que antes se lo cortaba. Las promesas de July nunca duraban más allá de la hora del almuerzo. La familia, vista desde la distancia de Slatan, tiene algo de bodegón familiar. Instantánea bucólica y feliz.

Mamá July mira a Slatan y sonrío cómplice. Slatan desvía la mirada hacia el ventanal nevado. Impertérrito. Un millar de huellas dactilares dejan su rastro invernal en el cristal sucio y manoseado de la zona de embarque. El informativo de la mañana anunciaba la llegada de una gran nevada. Tormentas al norte de Insbrook, borrasca en el centro de las rocosas y anticiclón al este de Bahrén, pero ¡se equivocan tanto!

Cuando Slatan deja de mirar el cielo plomizo, se encuentra al niño Alex, que ha dejado de lado las cartas de animales y lo observa a medio metro de distancia. Mamá July (con el tercer brazo), sin dejar de dar el pecho al bebé, sacude un cilindro ruidoso. Como un sonajero similar al que usan en submarinismo para llamar a alguien dentro del agua. Lo mueve hacia arriba y hacia abajo produciendo un sonido mate.

Alex, el niño de las cartas de animales, mira a mamá. En el oído se le distingue un aparato para la sordera. La mamá vocaliza exageradamente haciendo gestos con una mano en lenguaje para sordos.

—Alex, nooo moooleeestes. Ven y siéééntate.

El niño de las cartas de animales vuelve a sentarse a su lado sin dejar de mirar a Slatan. La mamá se siente obligada a explicarse.

—No es sordo..., tiene un ocho por ciento de audición..., por una infección que tuvo cuando era bebé Los médicos dicen que cuando sea mayor se podrá operar.

Lo que mamá July no cuenta es que durante los primeros meses de la infección, ella y su marido, el bueno de Alexander Burulov, pensaron que Alex era un crío despistado. Los niños de la escuela primaria de Brixton le pusieron el mote de *el ruso zumbado*. Después de la visita al pediatra, el bueno de Alexander dejó de ser el bueno de Alexander y se convirtió en Alexander el que trajo una infección vírica a casa. El bueno de Alexander gustaba de los clubs del norte de Londres y tenía cuenta abierta en Night Dreams. Dos visitas semanales. Casi siempre con Nancy Loops. Una rubia con algo de sobrepeso, pero dispuesta a gritar y golpear el cabecero de la cama como si la estuviesen rompiendo por dentro y que lo llamaba *Alexander el terrible* al tiempo que gritaba que se corría. Eso a Alexander le gustaba. Lo de la infección vírica le gustó menos. Que la infección se le transmitiese a Alex y le dejase medio sordo no le gustó a nadie. El bueno de Alexander dejó de ser el bueno de Alexander, y el malnacido de Alexander acabó dejando el coqueto y húmedo pareado de Brixton donde vivía con mamá July y sus tres hijos y se mudó de nuevo a Kaliningrado, dejando atrás dos estafas inmobiliarias y un pleito abierto no tanto por la custodia de los niños, sino por la asignación mensual que tenía que pasar a mamá July y sus tres hijos. Así fue.

—No puedo con ellos. Están en una edad imposible. Menos él, claro —dice señalando al bebé al tiempo que le quita el pañal para cambiárselo—. Les encanta montar en avión. No han pegado ojo en toda la noche pensando en el viaje... y claro..., si ellos no duermen, yo tampoco. ¿Tiene hijos?

Slatan no contesta, no devuelve la sonrisa cómplice, no sacude el flequillo rubio del niño Alex ni dice en voz alta: «¡Qué preciosidad, qué niño más rubio!». Un segundo antes de que mamá July coloque el pañal al bebé, un chorrillo infantil salpica la chaqueta a Slatan. Mamá July no sabe dónde meterse, muy azorada, coloca el pañal al bebé para cortar la hemorragia cálida e inocente.

—Perdón, perdón..., es que es quitarle el pañal y parece que lo hace adrede..., ¿le he manchado?

Mamá July le tiende un paquete de toallitas húmedas. No sabe qué hacer, cómo disculparse. Slatan no contesta. El bebé le ha salpicado un chorrillo pequeño en la chaqueta, se limpia con la mano y se levanta sin decir nada. No cruza la mirada con mamá July, ni mira al bebé ni le quita hierro al incidente. Los «com-pa-ñe-ros y Mártires de Instalood» le advirtieron que no sudase, que no golpease el detonador,

que tirase del cordón cuando sobrevolase el centro urbano de Moscú con veinte mil litros de queroseno en los depósitos. No le dijeron nada de entablar conversación con mamá July, ni de salvaguardar el explosivo de meados infantiles.

Slatan, sin pronunciar palabra, se aleja y se sienta lejos de mamá y los críos, de espaldas a los ventanales donde sigue acumulándose la nieve. Por un momento recuerda lo que le gustaba de crío sentarse en un banco de la plaza de Perh, frente a la comisaría, observando a la gente. Estudiando sus gestos y su forma de caminar. Inventando obsesivamente la historia de sus vidas. Guionizando lo que ocurriría esa misma noche cuando volvieran a casa. Biografías dramáticas llenas de giros inesperados del destino. Repletas de amantes, despedidas épicas y promesas de amor adolescente. ¿En qué momento abandonó ese juego? ¿Se le acabó la imaginación? ¿Qué sucedió para olvidar las tardes felices que vivió simplemente imaginando?

En el asiento de atrás, cabeza con cabeza, escucha la conversación que Nancy tiene por teléfono.

—... claro que lo podemos arreglar..., todas las parejas tienen movidas y malos rollos, Ray..., pero no somos cualquier pareja... ¡Somos nosotros!

La vida de Nancy hubiese sido distinta si a los doce años no hubiese descubierto un disco de Jason Judd en una tienda de discos de vinilo en Camden Road esquina con Lancaster Avenue. A partir de ese día, Nancy adoptó el negro como color oficial. Se vistió de negro, se perfiló el ojo con rímel negro, se tiñó de negro el pelo y un tatuaje que representaba la puerta del infierno ocupó su espalda. Todo eso añadido a la palidez extrema de su piel contribuyó a que se convirtiese en una chica espectral y gótica. En cuanto a su carácter, la melancolía y una tristeza endémica se convirtieron en pautas marcadas de su ADN. Tampoco ayudaban sus constantes conversaciones sobre el suicidio como única salida no se sabe muy bien a qué.

A sus padres, miembros del Rotary Club y tranquilos dueños de una próspera cadena de carnicerías, lo de Judd y la estética gótica los pilló fuera de juego. No sabían qué hacer. Su hija había sido educada en el colegio privado bilingüe de Hampton Court House, con uniforme obligatorio de doscientas libras, escudo bordado con hilo de plata y clases complementarias de música, danza y chino. No entendían de dónde venía esa obsesión por la muerte y la oscuridad.

Sus amigas invertían el tiempo libre probándose vestidos extravagantes en las tiendas de Liberty y Straight. Se disfrazaban con entusiasmo en los probadores y se sacaban fotos atrevidas con los teléfonos móviles que mandaban por WhatsApp a sus novios. ¿Por qué Nancy no podía ser igual? Una chica con dolores los días de menstruación y dudas con el color del vestido de su graduación.

El primer mes le confiscaron los discos satánicos de Judd, dos meses después la apuntaron a un campamento de verano en España, e incluso la obligaron a dos visitas semanales a un psiquiatra. No sirvió de nada. Si a Nancy le preguntasen su canción favorita, diría *Crazy crazy* (tercer álbum de Judd, cara B), el contenido del tema: una adolescente se corta las venas en un hotel. Su color favorito, el negro; su actor

preferido, Baby Jang (se suicidó al abandonarlo Irina Kirk en la décima planta de un hotel de Bangkok) y su paisaje preferido, el cementerio de Arizona a las doce de la noche. Demasiado gótica, demasiado guapa, demasiado joven para saber que la vida lleva aparejada su dosis de drama y no es necesario salir a su encuentro.

Nancy habla por su iPhone. A sus pies, el estuche de una guitarra acústica llena de pegatinas de conciertos como único equipaje de mano. La conversación que mantiene con su novio, Ray (batería del grupo Furius y futuro ex), tiene el mismo aspecto que el día. Gris plomizo, cada vez más negro y con abundante nieve y rachas de aire ártico. Nancy pega su boca al teléfono y habla, casi suplica.

—Volveremos a ser los mismos..., recuerda la letra de los Baby Short, «todo puede cambiar, solo necesitas tirar la llave de tu habitación al río».

Nancy había tomado la costumbre de hablar con letras de canciones. Sabía cientos de letras de memoria. Solía decir que las canciones eran estados de ánimo, y que todo lo que sentía se podía resumir en letras.

—¡¡Cómo puedes decir eso..., cómo puedes...!!

Silencio, mira al techo, más suave. Lo que Ray dice al otro lado del teléfono parece el estribillo de la canción de los Rolling, *Angie*, que habla de la pasión pasada, del aburrimiento y de no querer convertirse en un funcionario del amor. Nancy insiste.

—Si me dejas, voy a matarme. Voy en serio. Acabo con todo, sabes que soy capaz...

Al batería de Furius no le amedrenta el chantaje emocional. Probablemente, Ray se ha fumado unos porros y un amigo le ha pasado algún gramo. Llevan quince días de «bolos» en Moscú. Saltando de la sala Simariev a la discoteca O2 Lounge. Nancy lo ha seguido como una perrita fiel, pero ya está harto. Quiere que desaparezca, que se volatilice, que vuelva a Londres y lo olvide. No necesita teloneras en su vida. Por eso no parece importarle mucho su amenaza desesperada. Ni sus súplicas telefónicas, ni su voz quebrada y frágil. Puede que Ray le esté diciendo que pasa de malos rollos y de discusiones de fin de semana y que Nancy lo ha acabado agobiando. Que él es un espíritu libre y la cama de los espíritus libres se llena fácilmente de veinteañeras después de los conciertos. También le dirá que no le quiere hacer daño, pero que la vida es una putada, una guerra continua y que cada uno tiene que defender su trinchera y que nunca le mintió. Que sabía lo que había cuando se enrolló con él y se apuntó a la gira de conciertos en Moscú.

La llamada acaba abruptamente. Nunca se sabrá si Ray colgó el teléfono o si un fallo en la cobertura aceleró los tiempos de la ruptura. El caso es que la comunicación ha terminado dejando preguntas en el aire. Reproches en el aire. Ilusiones en el aire. Estribillos en el aire. Si Nancy lo hubiese pensado, se habría dado cuenta de la metáfora. La acababan de abandonar en una sala de embarque, un cruce de caminos que se pierde en el aire. El punto de arranque de una dirección distinta.

Sus ojos enmarcados en rímel negro se quedan clavados en el techo. Como si los

conductos de ventilación del aeropuerto fuesen palmas abiertas donde pudiese leer el futuro. La línea de la vida, la línea de la felicidad y el amor. Todas las líneas hablan del calendario inmediato. Como si el mañana realmente no existiera. Nancy no piensa en Ray, ni en la conversación que acaban de tener. Mira al techo pensando que las salas de embarque son universos fríos y melancólicos. Como piscinas vacías en invierno. No hay nada más triste que una piscina vacía con hojas otoñales aplastadas en los rincones. Los ojos vidriosos de Nancy se anegan de lágrimas que, al caer, se funden con el rímel y se tiñen de negro.

En la megafonía suena por décima vez el nombre del pasajero con destino Londres, Sean Judkins, que ya puede correr, que la está cagando y tiene al sobrecargo hasta las pelotas y van a tener que buscar su maleta en las bodegas del avión y sacarla porque no aparece. Está claro que Judkins no volará esa noche y se tendrá que buscar un hotel con desayuno incluido cerca del aeropuerto.

Nancy, sentada en la butaca, se abraza las rodillas, en posición fetal. El iPhone cae al suelo. La relación con el batería de Furius está acabada. *Caput*. Ni siquiera se le ocurre un buen estribillo. El pequeño balanceo de su cuerpo habla de dolor sin estridencias. Slatan ha presenciado toda la escena, pero mira al frente sin reaccionar a nada. Contenido. Concentrado en la sudoración. Acariciando el cordel que accionará la bomba. Mirando caer la nieve.

De pronto, por los altavoces anuncian su vuelo: «El vuelo JF 4583 con destino Nueva York está en la pista. Los pasajeros del asiento quince al cuarenta diríjanse al mostrador veinticuatro y vayan embarcando».

Nancy lo ignora, pero no tiene de qué preocuparse. Todo acabará pronto.

SEIS

Slatan piensa, mientras se acomoda en su asiento junto a la ventana, que le hubiese gustado hablar con los pasajeros. Decirles por qué sucedió todo. Por qué se convirtieron en víctimas y levantaron un monolito en su memoria en la autopista del aeropuerto. Contarles por qué montaron en un Boeing 747 con destino Nueva York y volaron en pedazos. Enumerarles los motivos; Karadjistán, la corbata que le hicieron a mamá, la infinita crueldad de los rusos, los helados de *stracciatella* de papá. Las manos inertes de su hijo.

Que todos esos pasajeros con hipotecas, sobrepeso, anillos de casados, cuentas en facebook y tarjetas Master Card supieran por qué dos segundos después de que tirase del cordón del chaleco, los miembros se les separaron del cuerpo. Por qué la piel se fundió como el plástico, por qué la descompresión, el estallido de tímpanos, la carne desgarrada, los ojos derretidos, los dientes partidos, los zapatos volando, los jirones de ropa, el pelo quemado. La abrasión.

Decirles.

Contarles.

Que supieran.

Que no se repitiese lo de las Torres Gemelas. O lo del metro de Madrid. O lo del autobús de Londres. Todos esos muertos sin saber por qué. Saltando de un piso ochenta mientras piensan en un accidente de avión. Quizá un incendio. Una explosión de gas. Suponiendo las razones de una muerte absurda. Preguntándose qué sucedió. Que todos supiesen. Morir sabiendo lo que ocurrió. El camino del desastre, las razones. Los argumentos de los Mártires de Instalood.

Slatan querría hablar con ellos. Uno por uno. Mirarlos a los ojos y contarles. Pero no sucederá así. Se levantará. No, no se levantará. Probablemente se incorporará un poco en el asiento. Quizá salga al pasillo del avión como quien va al baño. Puede que chille algo. Aún no sabe qué. Las palabras, en momentos así, adelgazan y se vacían de contenido. Las palabras están diseñadas para significarse a sí mismas y no son capaces de transmitir el horror y el resentimiento que llevan dentro. Después tirará del cordón que acciona el detonador. Una, dos, tres veces. Las que sean necesarias para dejar de sentir. Para colmar la venganza.

Todo esto piensa Slatan viendo cómo la gente acaba de acomodarse en sus asientos y pronuncian frases banales sin saber que están ante el viaje de sus vidas. «¿Tiene otra manta? ¿Puede quitar el aire acondicionado? ¿Me cambia el asiento de la ventana? Creo que ese es mi sitio. ¡Mi maleta no cabe...!».

Y en ese momento, por la cola del avión, aparece Eugene. Avanzando por el

estrecho pasillo, torpe, vociferante, golpeando a los pasajeros en las rodillas. Pasando por encima de sus zapatos, atropellando los tobillos.

—Perdón, Perdón. Cuidado con los pies. Los pies...

Arrastra un *trolley* rígido de ruedas, con pasitos cortos de hipopótamo, sobre sus zapatos de tacón y mira alternativamente su tarjeta de embarque y los números de los asientos que va superando.

—Háganse a un lado, disculpen. Despejen el pasillo. No molesten.

Una pasajera moscovita se queja cuando la golpea con una esquina de la maleta en la rodilla, «cuidado, hombre».

—No es culpa mía, señora, la culpa es de los chinos, que hacen todo a su medida —se defiende Eugene sin dejar de avanzar a trompicones con su maleta—. Por eso el pasillo es tan estrecho. —Da otro golpe con la maleta en la rodilla de un pasajero—. Los chinos están conquistando el mundo y lo construyen a su medida. ¡Dentro de poco quitarán el cuchillo y el tenedor y pondrán palillos en las bandejas de comida!

Eugene protesta hasta que se encuentra con un hombre de rasgos orientales en uno de los asientos del pasillo mirándolo con gesto serio. Eugene esboza una generosa sonrisa y lo saluda con una inclinación de cabeza, ceremonial.

—Y sin embargo..., ¡¡me encanta Jackie Chan!! No me pierdo una sola de sus películas... Y el cerdo agridulce también me gusta, y los rollitos de primavera con picante.

Mira de nuevo la tarjeta de embarque, comprueba que está frente a su asiento, encaja con dificultad el *trolley* rígido en el compartimento (aparta dos maletas) y se deja caer pesadamente en una butaca definitivamente enana para su volumen.

Dos asientos más atrás, Slatan, al lado de la ventanilla, mira caer la nieve. En la parte inferior del cristal se acumulan los copos. Apenas se distingue la punta del ala del avión. La tormenta arrecia.

Una chica joven se sienta a su lado. Ni la mira. Al momento nota que alguien lo toca en el hombro e, instintivamente, se lleva la mano al cordel que acciona la bomba. Cuando vuelve la cabeza, encuentra al novio que lee a Stephen King, que lo mira sonriente desde el pasillo.

—Perdona, tío... —su acento es moscovita—, me acabo de casar con el ángel que tienes a tu izquierda, pero el espabilado que nos asignó los asientos no tenía muchas luces y nos los dio separados... ¿Qué te parece?, de locos, ¿no?

A su lado, la novia, que leía a Henning Mankell, sonrío tímida. El novio continúa.

—Y creo que no soy capaz de soportar un viaje de once horas separado de ella, vamos, ni de once horas, ni de cinco minutos, ¿te importaría cambiarme el asiento? Yo estoy ahí, dos filas delante.

El novio que lee a Stephen King señala con el dedo su asiento. Justo al lado de Eugene. Slatan, hierático, afloja un poco la tensión de la mano con la que sujeta el cable del detonador. A su derecha, la novia que lee a Henning Mankell le sonrío suplicante. Slatan, imperturbable, niega con la cabeza y vuelve a mirar por la ventana

a la tormenta de nieve que se desarrolla en el exterior del avión.

Nadie en el hotel Emperor le dijo que entablase conversación con madres ni que cediese el asiento a una pareja de recién casados. No figuraba dentro del plan. Las órdenes solo hablaban de no levantar sospechas, atravesar el control de seguridad, no sudar y hacer saltar por los aires a trescientos treinta y dos pasajeros cuando sobrevolasen el centro urbano. Eso era todo. El novio que lee a Stephen King, contrariado, se mueve en el estrecho pasillo del avión como si no supiese volver a su asiento, desconcertado. La azafata pasa a su lado diciéndole que tiene que ocupar su asiento y abrocharse el cinturón. Dentro de unos minutos el avión enfilará la pista de despegue.

Pero en ese momento la voz de Eugene se eleva sobre la explicación de cómo colocarse el chaleco salvavidas.

—¡¡Yo os lo cambio!! Parejita... ¡¡Yo os lo cambio...!! *No problem*. Que triunfe el amor...

Eugene y sus ciento cuarenta y dos kilos se levantan con sorprendente agilidad golpeando el asiento de adelante y el de al lado para desencajar todo su cuerpo. Abre el compartimento de equipajes, golpea a dos o tres personas más al bajar su *trolley* rígido y se dirige por el estrecho pasillo hacia la fila donde espera la novia que lee a Henning Mankell deshaciéndose en agradecimientos.

Slatan, ajeno a todo, mira caer la nieve por la ventana del avión. La oscuridad de la noche contrasta con la luminosidad de la nieve acumulándose en las alas.

Si Eugene hubiese llevado acoplado un chaleco de explosivos al pecho, a estas alturas sería papilla humana. Sus axilas parecen dos cataratas en primavera. Todo su cuerpo suda y se agita gelatinosamente. Cuando Eugene se deja caer en el asiento, junto a Slatan, la fila entera se agita, el avión entero se agita. Él, ajeno a todo, saca un pañuelo de tela y se limpia el sudor que perla toda su frente. Slatan, obsesionado en controlar el sudor, no podía imaginar el cuerpo superlativo y húmedo que se le echaba encima e invadía el pequeño espacio de su asiento.

—Me querían hacer pagar dos asientos al facturar. ¡Dos asientos! «Si quieren viaje en la zona de carga —les dije—, me meten en una caja con barrotos, me colocan al lado de los perros y los gatos y me ponen un letrero con el nombre».

Slatan mira por la ventanilla, no quiere conversar, pero Eugene no necesita que lo miren para hablar. Ni siquiera necesita un interlocutor. Veinte años vendiendo zapatos de mujer y más de doscientos mil kilómetros recorridos por carreteras secundarias en Estados Unidos le han hecho desarrollar un piloto automático cerebral que le permite hablar sin recibir contestación. Hablar sin que le presten atención. Hablar sin que nadie quiera que hable.

—Hasta me preguntaron mis medidas. Noventa, ochenta, noventa, les contesté. Noventa de muslo, ochenta de cuello y noventa de contramuslo, no te fastidia. Ni que sea delito estar un poquito pasado de peso. Me estaban llamando gordo, sin llamarme gordo, ya me entiendes. Pero qué estamos, ¿en la portada del *Sport Illustrated*? ¿En

Woman Secret? El *prêt-à-porter* está haciendo un mundo de anoréxicos y amargados. Las patatas *light*, los donuts *light*, los solomillos *light*, ¡vamos a acabar tirándonos pedos *light*!

Encienden los motores del avión. Eugene coge los dos extremos del cinturón de seguridad para abrochárselo, pero necesitaría tres cinturones para abarcar el entorno de su cintura. Después de un corto forcejeo, desiste y deja el cinturón reposando sobre sus muslos. Un pequeño suspiro certifica que para Eugene así está bien. En caso de accidente aéreo, Eugene tenía pocas posibilidades de salir eyectado por la inercia. Probablemente se quedase taponado entre los asientos. Era imposible imaginarse todos esos kilos volando grácilmente por la cabina de un avión.

Sin embargo, piensa Slatan, tras la explosión del chaleco los ciento cuarenta y dos kilos de grasa prensada que se encuentran a su lado se cuartearían, se despiezarían en minúsculas partes y el sebo actuaría a modo de metralla dispersándose en todas las direcciones. Penetraría en los cuerpos escuálidos de los pasajeros como cuchillos afilados y dulces. Metralla grasa y alta en colesterol. Eugene, ajeno a todo, continúa su disertación.

—Si eres ciego, minusválido o autista, una azafata te lleva de la manita al asiento. Pero si eres gordo, te conviertes en unapestado grasiento y pagas doble. ¿Eso es justo? Discriminación, así lo llamo yo. Discriminación a las tallas XXXL.

El terrorista mira al frente, concentrado. El avión se empieza a mover. Las ruedas efectúan ruidos de desacople. Pisan la nieve esponjosa que se acumula sobre el cemento de la pista. El hecho de intuir que son los últimos minutos de vida hace que el tiempo transcurra con mayor lentitud. Un ralentizado que viola las leyes de la lógica. El tiempo detenido provoca un bombeo alocado en el pecho del futuro mártir. Sísmicas reverberaciones que le agitan el cuerpo y le hacen temblar. Eugene, ajeno a todo, le tiende la mano.

—Eugene Peters. Encantado, amigo.

Tras unos fugaces segundos de tensión, Slatan suelta por un momento el cable del detonador y estrecha la mano que le tiende. Musita un escueto y casi inaudible:

—Slatan.

Los cuatro motores tupolev de Mercedes con más de doscientos mil caballos de potencia resuenan atronadoramente. Toda la cabina se estremece. En unos segundos enfilarán la pista de despegue.

—Un placer —dice Eugene sonriendo—, vamos a pasar once horas juntos, más tiempo de lo que duran los matrimonios de hoy en día, ¿no cree?

Los recién casados giran las cabezas ante el comentario de Eugene. Él, infantil, les devuelve una amplia sonrisa y los saluda afectuoso con la mano.

—¡¡No como los recién casados que tenemos en el avión!! ¡Felicidades, hijos! ¡Larga vida a los casados...!

Se incorpora con dificultad en el asiento conminando al resto del pasaje con ampulosos gestos.

—¡¡Que llevamos una parejita de recién casados en el avión!! ¡Que se han casado! ¡¡¡Vivan los novios!!! ¡¡Hip, hip, hurra!! ¡¡Hip, hip, hurra!! Vamos, chicos, todos juntos. ¡¡Hip, hip!!

Tres o cuatro timoratos «hurra» responden a las voces de Eugene. Suficientes para darse por satisfecho y recostarse de nuevo en el asiento. Slatan mira al frente deseando que todo acabe de una vez, que el avión despegue, que los veinte mil litros de queroseno sobrevuelen Moscú y él pueda tirar del cordón y dejar de oír, oler y sentir al gordo que tiene al lado.

El representante de zapatos empieza a manipular las salidas de aire acondicionado que tiene a su alcance. Abre todos los conductos y un chorro de aire gélido golpea la cara de Slatan y la suya. Eugene sonrío aliviado.

—Todos los aviones son iguales —continúa Eugene—, al principio ponen la calefacción a tope para que compres refrescos. Y luego ponen el chorro polar para que no puedas pegar ojo y compres perfumes y peluches. Un negocio. Lo tengo comprobado.

Los motores rugen, varios pasajeros se santiguan. Otros comienzan a adormecerse por efecto de los orfidales y la tranquilizante que tomaron minutos antes de embarcar. En la cabina, el capitán Landkla y el comandante Brovsky están preparados para subir el tren de aterrizaje y elevar los flaps y slats para poder empezar a acelerar y alcanzar el nivel de vuelo.

Pero, de pronto, los motores del avión se apagan. Los veinte mil litros de queroseno se enfrían. Los cientos de caballos amalgamados en los motores enmudecen y los trescientos treinta y dos pasajeros comparten la misma cara de incredulidad y sorpresa. La única diferencia entre ellos y Slatan es que él tiene un chaleco con doce compartimentos llenos de amonal y un detonador de frecuencia adherido al pecho.

SIETE

Si un hombre de treinta y tres años, de complexión atlética, que no fuma ni bebe alcohol tiene alrededor de sesenta pulsaciones por minuto, Slatan tiene cien, ciento setenta y subiendo.

—Pasa algo raro —comenta Eugene estirando el cuello—. Han apagado los motores.

Junto a la puerta de la cabina, las azafatas se levantan. Hablan entre sí, confidenciales. Quizá lo han descubierto. Alguien pudo sospechar al verlo entrar en el aeropuerto. «Ese hombre caucásico con traje de cheviot oculta algo». «Está nervioso». «No ha facturado equipaje». El avión sigue en la pista con los motores apagados. Eso no estaba en el plan. Los pasajeros se empiezan a impacientar, suenan varios clics de cinturones de seguridad abiertos. Un par de cabezas se elevan sobre los asientos. Slatan cierra el puño sobre el cordel del detonador como un náufrago aferrado a un salvavidas. Aferrado a la muerte. Duda si hacerse estallar allí mismo y no correr más riesgos. Huvlav le había dado órdenes concretas: «Si te descubren, tira del cordón». Pero no estaba seguro de que lo hubiesen descubierto. ¿Qué debía hacer?

De pronto, la escotilla delantera del avión se abre y junto a la cabina aparecen varios operarios del aeropuerto con *walkies* y chalecos reflectantes. Tras ellos, una azafata de tierra. Entre los pasajeros, la incertidumbre es total. Un pasajero de primera grita en ruso.

—¿Qué pasa...? ¿Por qué no despegamos?

Los músculos de Slatan parecen cuerdas de violín. Tensos y vibrantes. Aferrados con desesperación al puño cerrado sobre el detonador. Las venas del antebrazo se hinchan sometidas al esfuerzo físico de la incertidumbre. Ahora sí que está sudando. Nota cómo salobres gotas le recorren la espalda, el pecho, los doscientos cincuenta gramos de amonal y la vida.

Varias voces más increpan a las azafatas.

—Que alguien nos diga qué pasa.

—¿Huele a gasolina?

—¿Es por la tormenta?

El sonido de varios teléfonos conectados acompañan las protestas. Eugene parece casi divertido, saca un ventilador portátil del bolsillo del pantalón, lo enciende y lo dirige a su cara sudada. Al ver la cara descompuesta y sudorosa del karadjo, se lo ofrece.

—¿Quieres? Te lo presto.

El terrorista niega sin mirarlo y focaliza toda su atención en los movimientos de las azafatas cerca de la cabina. Varios pasajeros, impacientes, se levantan y salen al pasillo del avión. Eugene suspira.

—Esto va para largo, te lo digo yo. Una vez, volando de Madison a Milwaukee, detuvieron el avión en la pista durante más de tres horas. Se había colado una ardilla en uno de los motores.

Habla mientras se da aire con el ventilador de mano. Ríos de sudor bajan de su frente a la barbilla.

—Vaya faena..., he comido poco pensando que aquí nos darían un tentempié... —Alza el brazo llamando la atención de una azafata—. Señorita..., ¿puede traer unos aperitivos? Pistachos, cacahuetes..., lo que tenga a mano.

Nadie le hace caso. Después de unos minutos interminables, una azafata de tierra se planta en mitad del pasillo y eleva la voz sobre el murmullo.

—Presten un poco de atención, por favor.

—Los pasajeros se callan. La azafata, vestida con un traje de pantalón y chaqueta azul y con un *walkie* en la mano, adquiere el tono más profesional que puede.

—Air Moscú lo lamenta, pero van a tener que salir del avión. Se ha cancelado el vuelo.

Varias protestas se lanzan apenas la azafata termina la frase.

—¡Yo tengo que estar mañana en Nueva York!

—¿Y mi enlace...? ¡Lo voy a perder! Tengo un enlace a Hawái.

—No me lo puedo creer, ¡qué mierda! ¡Es increíble!

La voz de la azafata resuena de nuevo autoritaria.

—La compañía Air Moscú no puede hacer nada, hay quince centímetros de nieve en la pista, y los partes anuncian la llegada de una gran tormenta de hielo. Se han cancelado todos los vuelos previstos en Yul Moscova. Al menos, hasta mañana a las tres de la tarde. Es por su seguridad.

Un suspiro colectivo de desesperación y protesta reverbera entre los trescientos treinta y dos pasajeros.

—¿Y qué piensan hacer? Nos tendrán que indemnizar. Pagar los gastos. Conozco mis derechos —grita Eugene.

La azafata de tierra sigue hablando.

—Aquellos que lo deseen serán realojados hasta que el vuelo se autorice. Estamos gestionando su traslado en autobuses antes de que la tormenta empeore, pero entiendan que hay muchas cancelaciones.

Nuevos decibelios inundan la cabina del avión. Planes rotos. Reuniones abortadas. Viajes, vacaciones, lunas de miel. Todo al traste por una maldita tormenta. La voz de la azafata de tierra suena aséptica sobre la indignación general.

—Quien disponga de alojamiento porque tenga familia o amigos en Moscú, se lo recomendamos, por su comodidad. Quien no, la compañía les facilitará un hotel, aunque es posible que esté alejado del aeropuerto. Les ruego tengan paciencia. Les

trasladaremos en autobuses de la compañía. Cualquier duda será resuelta por nuestro equipo en tierra.

Slatan cierra los puños, impotente, pero no dice nada. Sus dudas no pueden ser atendidas por azafatas de tierra. Nadie le puede aconsejar si debe tirar del cordel en ese momento. ¿A cuántos pasajeros mataría? ¿Qué le diría Huvlav? ¿Qué debía hacer? ¿Detonar la bomba con los motores apagados? ¿Los doscientos cincuenta gramos de amonal serían suficientes para hacer estallar el avión? ¿Se incendiarían los veinte mil litros de queroseno o tan solo abriría un agujero en el fuselaje? Huvlav le dijo que si lo descubrían, se hiciese estallar. Donde fuese y como fuese. Pero nadie sospechaba de él. Tan solo era un retraso por la tormenta de nieve. Cuando le colocaron el chaleco, en la habitación cuarenta y uno del hotel Emperor, no le dijeron cómo debía actuar ante una cancelación por mal tiempo. Le dijeron que no habría problemas, que pasaría al libro de los héroes de la patria, figuraría entre los Mártires de Instalood y los niños inventarían canciones con su nombre. ¿Qué debía hacer?

OCHO

El traslado al hotel es lento y penoso. Slatan sube al último autobús para evitar las aglomeraciones y los empujones de los pasajeros nerviosos y desorientados. El autobús va medio vacío. Se sienta junto a la ventana. Copos de nieve se le pegan en la barba y el pelo como adheridos por velcro. Se asoma al pasillo y por el retrovisor interior del vehículo distingue las caras de algunos pasajeros. Sus gestos denotan aburrimiento, contrariedad, cansancio y frío. No saben que a estas horas sus restos deberían estar esparcidos en un radio de cincuenta kilómetros y sus nombres apareciendo por cuentagotas en informativos de medio mundo. Los forenses de la UAR (Unidad Antiterrorista Rusa) se verían obligados a realizar minuciosos análisis de dentadura para identificar correctamente los restos. Muchos de los cadáveres nunca aparecerían. «La combustión del avión fue tan brutal que se evaporaron literalmente», informarían los noticiarios. Pasó lo mismo en el atentado de Lockerbie (Escocia), doscientos setenta cadáveres diseminados por una zona urbana. Tan solo cincuenta cuerpos se pudieron recomponer para enterrarlos dentro de un ataúd.

Pero entre los pasajeros del vuelo con destino Nueva York, nadie lo sabe. Desconocen que sus cuerpos no se han diseminado en trozos de carne de treinta centímetros porque una corriente de aire frío proveniente de Moscú se ha condensado a veinte mil metros de altura y ha chocado con un frente de aire más caliente. Veleidades de la naturaleza. Así fue.

El anciano que hacía trucos de magia en la sala de embarque sube el último al autobús. «Estamos todos —anuncia una azafata—. No queda nadie, tira para el hotel». El anciano avanza por el pasillo del autobús balanceado por el arranque del vehículo. Sus pasos son ligeros, como los de un peso pluma que bailase sobre la lona. Retando a la ley de la gravedad con su cuerpo esquelético y grácil. El anciano se detiene a la altura de Slatan y señala el asiento vacío que hay a su lado.

—¿Está libre?

Slatan niega con la cabeza y coloca su maletín de cuero negro en el asiento vacío dejando claro que está ocupado. Lo último que necesita ahora es compañía. Todos sus pensamientos se centran en cómo ponerse en contacto con Huvlav. Preguntarle cuál es el siguiente paso y aclararle que Slatan sigue con el plan: hacerse estallar por su país. Su vida ya no le pertenece, pero no sabe cómo sacrificarla por la causa karadja. El anciano, ajeno a las reflexiones de Slatan, sonrío.

—No hay problema, hijo. Hay muchos asientos libres.

El anciano prosigue su baile de púgil crepuscular por el pasillo del autobús. Sus huesos gráciles y huecos encuentran otro sitio dos filas más adelante.

El viaje dura más de dos horas y media. La autopista M10, al norte de Moscú, tiene más de quince centímetros de nieve y la tormenta empeora por momentos. Ni la sal ni las máquinas quitanieves dan abasto para orillar la nieve. El autobús apenas puede avanzar ayudado por las cadenas situadas en las ruedas de tracción. El conductor teme verse obligado a detener el autobús y pasar la noche en la autopista. Con la frente apoyada en el cristal, Slatan piensa qué hacer. Alejándose a treinta y dos kilómetros por hora del aeropuerto de Moscú. Alejándose a treinta y dos kilómetros por hora del Boeing con trescientos treinta y dos personas y veinte mil litros de queroseno. Alejándose a treinta y dos kilómetros por hora de su sacrificio heroico y de su muerte. Así fue.

Respira aliviado cuando por fin, a lo lejos, aparecen las luces del hotel. A los pies del valle Umland, en plena montaña nevada.

—Estamos lejísimos del centro de Moscú —dice un pasajero que salió hace más de doce horas de su casa en Irkutsk—. ¿No había un alojamiento más cercano?

—Es una vergüenza —ratifica otro afectado.

—Los hoteles más cercanos al aeropuerto están llenos —aclara la azafata.

El hotel Limbads no aparece en las guías turísticas de *Sun Travel Network*, ni en los dípticos turísticos facilitados por el Ministerio de Turismo ruso. Tampoco alardea de estrellas ni de excesivas comodidades. Entre las pocas virtudes de las que se sienten orgullosos se encuentran el trato familiar, el entorno natural, cercano a las montañas de Kozlov, y el hecho de que hace tres años se alojó allí Elton John con su novio durante una noche. Evento que atestiguan varias fotos enmarcadas en la entrada.

Dentro del hotel todo son carreras, nervios y protestas entre los pasajeros. La información atropellada que sueltan los recepcionistas se mezcla entre el barullo de la distribución de equipajes: desayunos de siete a diez, dos ordenadores en el vestíbulo que funcionan con fichas y aire acondicionado y calefacción regulable en cada habitación. Tras un rápido *check-in* y asignación de habitación, Slatan huye escaleras arriba. Atraviesa un pasillo decorado con litografías en blanco y negro de gestas de alpinistas y entra presuroso en una habitación con dos camas de ochenta, televisión de treinta pulgadas y suelo de moqueta. Con dificultad y temblor de manos, consigue arrancarse varias vueltas de cinta americana del pecho y, con sumo cuidado, se desprende del chaleco de explosivos.

¿Qué debe hacer con los doscientos cincuenta gramos de amonal? No puede llevarlo encima, su maletín es demasiado pequeño para ocultarlo y no puede dejarlo a la vista. Tras muchas dudas, decide sacar uno a uno los compartimentos de amonal del chaleco, envolverlo en una toalla de ducha y ocultarlo debajo del colchón, a los pies de la cama.

Antes de que le dé tiempo a comprobar la idoneidad del escondite, se abre la puerta de un portazo y entra Eugene como un huracán, incontinente, sudoroso, arrastrando el *trolley* rígido y una maleta verde de grandes dimensiones. Sonríe y

avanza torpemente pisando la moqueta roída con los zapatos de tacón. Lleva el traje mojado y sobado, aunque hace frío, su cara está enrojecida y sudorosa. En eterno agosto de canícula. Al reconocerlo, sonrío y le da dos palmadas en el hombro, afectivo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué casualidad! —exclama al ver a Slatan sentado en la cama—. Compañeros de asiento, compañeros de habitación..., ¡es el destino! ¡Yo creo en esas cosas! ¿Tú no?

Al pasar por su lado, le golpea la rodilla con el pico del *trolley* rígido.

—Una vez, en el oeste de Estados Unidos, coincidí cinco veces con un vendedor de piscinas de riñón a lo largo de una semana. Iba a Tuxon, allí estaba él. A Cleveland, otra vez él. Así son las casualidades. —Eugene le da un cachete familiar en la mejilla—. ¿Eugene, recuerdas? ¿Y tú... a qué te dedicas?

Slatan duda un segundo. Pero rápidamente echa mano de su pasado ficticio, de su tarjeta profesional falsificada.

—Farmacéutica. Vendo medicinas.

—¿Medicinas? ¡Somos del gremio! Yo vendo zapatos, tú medicinas... ¿Y sabes lo que es un buen zapato? Salud. Igual que las medicinas, salud para tus pies, para tu mente y para tu cuerpo... Mira. —Eugene se remanga la pernera del pantalón mostrando sus zapatos de tacón—. Sí. Son zapatos de mujer. ¿Y sabes por qué?

Slatan lo mira fijamente.

—No soy sarasa, ni salgo del armario ni me gusta morder almohadas..., vamos, que no me van los hombres. Aunque no tengo nada contra los gays, entiéndeme, si llevo zapatos de tacón, es por mi trabajo. Porque ese es mi eslogan. —Abre los brazos teatralmente como si estuviese leyendo un cartel de neón situado en la pared—: «Son tan cómodos que hasta un hombre puede llevarlos». Veinte años recorriendo el mundo con zapatos de mujer. ¿Y sabes por qué? Porque yo mismo soy la demostración andante de los zapatos más cómodos del planeta. Cinco continentes pateados y ni un callo, ni una dureza, ni un maldito sabañón. No está mal, ¿eh? ¿Cómo era tu nombre? ¿Vladimir?

Antes de que Slatan pueda contestar, Eugene se quita la chaqueta, la corbata y la camisa, y se queda en camiseta de tirantes y pantalones. Su perorata continúa. Eugene hace preguntas, pero no da tiempo a obtener una respuesta.

—Yo tengo muchos nombres. Por mi profesión, ya sabes. En Michigan gustan los nombres compuestos como John Smith o Aldo Jordan. Y amigo, ahí va un consejo, con los años he aprendido una cosa: nadie le compra zapatos a un tipo con un nombre horrible. —Sin pudor, Eugene se quita los calcetines mojados y los coloca sobre el radiador del cuarto de baño. Sus dedos son gordos. Percebes tremendos—. En el este son más prácticos. Les gustan nombres sencillos, así que allí soy simplemente Pat, Tod. Pero te voy a confesar una cosa: mi verdadero nombre es Eugene. ¿Quién llama a un niño Eugene? Mis padres eran protestantes. ¡Suerte tengo de que no me pusieron Jeremías!

Se detiene un momento mirando al karadjo.

—Perdona, no recuerdo tu nombre.

Todo se para a su alrededor. El silencio inunda la habitación. El ruido de la nieve golpeando los cristales adquiere presencia en la conversación.

—Slatan.

Eugene lo mira intentando descifrar algo en la expresión de su rostro. Finalmente, se da por vencido y sonrío.

—Por tu acento apuesto a que no eres de Michigan, ¿eh? —bromea—. Déjame que lo adivine. Yo tengo un don para las fisonomías. Puedo distinguir un chino de un japonés. Déjame que te mire.

Slatan, que estaba metiendo sus calcetines en los zapatos, nota como la mano de Eugene le levanta la barbilla, invadiendo su espacio físico sin ningún recato para mirarlo. Slatan lo mira fulminándolo. Finalmente, Eugene sentencia.

—¡Eres ruso! ¿A que sí?

Slatan nota cómo le crujen los tendones de la nuca y cuenta hasta diez y hasta veinte para recuperar la calma. Si algo odia en el mundo es a los rusos. Responsables de todo lo malo que le ha pasado en la vida. Sin embargo, asiente levemente para que lo deje en paz. Para que le suelte la barbilla, para que Eugene se aleje y deje de estorbar, de inundar toda la habitación de kilos en movimiento. El representante de zapatos sonrío satisfecho.

—¡Lo sabía! Te lo dije. Dame una cara y te diré de dónde viene.

Eugene levanta la pesada maleta verde y la deja caer con todo su peso en la cama de Slatan. Golpeando el lugar donde está escondido el chaleco de explosivos.

—Pesa como una condenada. Es el muestrario de zapatos. Luego te los enseño y te hago precio de amigo si te gustan para un regalo... ¿Tienes mujer?

—No.

—¿Novia?

—No.

—Pues para una amiga especial. Porque te digo una cosa; regalar zapatos es ir a tiro hecho. Acierto seguro. Y no tiene que ver que yo los venda. Que el zapato lo dice todo de una persona. Enséñame el zapatero de un matrimonio y te diré si son felices. No falla. Muchas parejas ahorrarían dinero si en lugar de ir a un abogado matrimonial, renovasen su zapatero. Porque, al final, ¿qué estamos pisando todo el día? Los zapatos. ¿Qué es lo más importante en un coche? Los neumáticos. ¿Y qué neumáticos tiene una persona?

Eugene se queda callado esperando a que Slatan complete la frase.

—Los zapatos.

—¡Eso es! Lo has entendido a la primera. Por eso yo no soy un comercial de zapatos... ¿Sabes lo que soy?

El karadjo niega.

—Un consejero, un amigo..., alguien que sabe que la felicidad empieza o acaba

por los zapatos. Dime un país y yo te diré los zapatos que gasta y el grado de felicidad de sus ciudadanos..., no falla.

La mente del karadjo hace un recorrido fugaz. No piensa en zapatos ni en ciudadanos felices. Piensa en el detonador y en las recomendaciones que le han dado: no lo debe golpear ni humedecer. Todo sería más fácil si asesinara allí mismo a Eugene. Es la única forma de evitar que ese obeso haga estallar la habitación 457 del hotel Limbads donde una noche se alojó Elton John con su novio. Se imagina la cara que pondría Huvlav leyendo los titulares de la prensa: «Muerte de un karadjo y un gordo de ciento cuarenta y dos kilos en una habitación perdida de las afueras de Moscú». Nadie lo entendería. Pensarían en un accidente, en asesinato pasional. Si el amonal estallaba, pedazos de carne de Eugene se incrustarían en trozos de hueso de Slatan y viceversa y quedarían para siempre absurdamente unidos. Lejos de la dramática terrorista y cerca de los titulares de periódicos sensacionalistas.

Eugene, ajeno a todo, no para de sonreír. De pronto, parece recordar que se meaba.

—Espera. Lo primero, cambiar el agua al canario. Con tanto trajín tengo la vejiga a punto de reventar.

Eugene deja la maleta verde bamboleándose en la cama por efecto de los muelles y desaparece en el baño. Slatan se levanta, coge la maleta con delicadeza y la deja en la otra cama. Eugene desde el baño sigue hablando.

—Me gustaría saber quién diseña los baños de los hoteles. ¿Por qué son tan pequeños? ¿Qué quieren? ¿Que acabemos meando en el plato de ducha?

De pronto, se comienzan a escuchar unos gritos de mujer en el pasillo:

—¡No, no, déjame en el suelo!

Eugene sale del baño con la bragueta aún abierta para cotillear de qué se trata. Abre la puerta de la habitación y se asoma. En el pasillo del hotel forcejean cariñosamente el novio que lee a Stephen King y la novia que lee a Henning Mankell. Él la sostiene en brazos e intenta abrir la puerta de la habitación 407 con el pie. La novia tuerce el gesto, casi enfadada.

—¡Que me dejes en el suelo, no quiero entrar...!

—Venga, cariño, igual no es la suite del Áncora Beach que habíamos contratado, con *jacuzzi* en la habitación, pero cuando apague la luz no vas a notar la diferencia.

La novia lo mira dolida, casi a punto de romper a llorar.

—¿Que no voy a notar la diferencia? Creo que sí, voy a notar la diferencia, ya la noto, Sergey. No cogeremos el enlace a Hawái. No habrá palmeras, no habrá arena de playa, ni cuarenta grados, ni la luna de miel que me pasé más de un año organizando. Solo nieve y frío. Para eso nos podíamos haber quedado en Moscú. ¡¡Creo que sí voy a notar la diferencia!!

—Vale, vale..., no te puedo prometer que nos despertemos en Hawái, pero te prometo una cosa: mañana vas a tener agujetas por todo el cuerpo..., ¿compensa?

A la novia no le compensa. Se mira las uñas como si allí estuviese escrita la hoja

de ruta de su viaje de novios arruinado por la nieve. Ni los besos, ni las carantoñas de su novio le hacen cambiar el gesto. En la agencia, especializada en viajes de novios y cuyo eslogan reza: «Luxury Trip (viajes hay muchos, pero viajes con Luxury solo hay uno)», todo parecía sencillo. El paquete *Dreams Marriage* incluía todo lo que una novia podía desear. Viaje con enlace, hotel de cinco estrellas, tratamientos de *spa*, masajes, *peeling* facial y suite con una cama de dos por dos metros. ¿Qué contaría a sus amigas al volver a Londres? Fijo que la interrogarían: ¿Dónde están las marcas del bañador? ¿Fue el viaje soñado? ¿Me enseñas las fotos? ¿No? ¿Problemas con el enlace? ¡Qué faena!, ¿no? ¿Una tormenta? Sí, me suena haber escuchado algo en la televisión.

Pues sí, la maldita tormenta perfecta. Se imaginaba las miradas comprensivas de Susan y Karen (tan amigas desde el instituto, tan sentidas y tan secretamente felices de que todo hubiese salido mal), escuchando su relato sobre las voces que llenarían el Pub Lions, cerca de Camden. Voces ebrias y exaltadas de los hinchas de los Gunners frente a una pantalla gigante de televisión soportando una nueva derrota frente al Manchester United. Susan y Karen la mirarían con condescendencia. Mojarían sus labios en cerveza caliente y con caras de infinita comprensión suspirarían:

—Pobrecita mía. Lo que has tenido que sufrir. ¿Veinte grados bajo cero? Dios..., no me lo quiero imaginar. Tu marido, como es ruso, estará acostumbrado..., ¡pero nosotras somos británicas...!

Karen le cogería la mano. Se la llevaría a sus generosos pechos (ciento cinco de copa de sujetador) y le diría:

—Lo importante es que os habéis casado y os queréis.

Karen sentía la necesidad del contacto físico para transmitir sus estados de ánimo y exclamar sus frases de autoayuda extraídas de algún libro de Paulo Coelho. Susan, sin embargo, era más práctica y visceral.

—Chica, pues hacéis otro viaje para celebrar el primer aniversario de boda, tampoco es un drama —le espetaría.

—Sí, pero no te engañes, viaje de novios solo hay uno.

—¡¡Uno por matrimonio!! —gritaría Susan entre risotadas.

Eso pondría fin a la conversación. Después, al quedarse solas apurando la Heineken de barril, se les escaparía algún comentario mordaz.

—Eso le pasa por querer tenerlo todo atado —diría Susan—. Si hasta las damas de honor tuvieron que ensayar cuatro días el paseíto al altar.

—Es verdad..., las niñas en la iglesia parecían R2-D2 en *El imperio contraataca*. Risas cómplices.

—¿Y quién se casa en invierno? Más tarde de septiembre te la juegas. Si se hubiesen casado en verano o en primavera, no les habría pasado esto, vas sobre seguro. Pero en invierno, ya sabes lo que hay.

—Es que en invierno te sale el viaje más barato porque los hoteles están fuera de temporada.

—¡Pues se han lucido! Han llegado para la temporada alta..., ¡pero de esquí!

En las risas vergonzosas y apuradas de Susan y Karen terminaría su frustrado viaje de novios. Sin fotos, sin cenas en playas idílicas y sin noches sudorosas y juegos eróticos.

No. La novia que leía a Henning Mankell no estaba de buen humor y nada le podía compensar. Por la mañana no tendría agujetas ni chupetones y se habría pasado toda la noche acurrucada en el margen derecho de la cama de uno veinte. Mirando hacia la puerta, deseando abrir los ojos y notar un noventa y cinco por ciento de humedad y el arrullo de las mareas vivas que le habían prometido en la agencia de viajes. Sin embargo, la mañana solo le devolvería un día nublado, gris y ventoso. La novia no tenía ganas de escenitas ni sentido del humor. Solo le apetecía ponerse dos jerséis, unos *leggings* y dormirse pronto.

—Sergey, déjame en el suelo..., no estoy de humor, ¿vale? Para ya y no montes más numeritos.

Varias puertas más se abren en el pasillo. Cuatro o cinco pasajeros contemplan la escena sonriendo. El novio no cede y acaba consiguiendo abrir la puerta con el pie.

—No monto numeritos..., pero aviso a las habitaciones contiguas. Aquí se van a perpetrar uno, dos y hasta tres actos de extremo amor. Así que no se alarmen aunque salgan gritos, gemidos o golpes de esta habitación..., todo está bajo control.

Varios pasajeros sonrían, animan y jalean al novio.

—¡A por todas, tío!

—¡No dejes nada para mañana!

—Derrite la nieve de las ventanas, campeón.

Las quejas y protestas de la novia se escuchan unos segundos más y se pierden dentro de la habitación. Slatan asoma fugazmente la cabeza por el hueco que deja libre el cuerpo de Eugene. En ese momento hay gente en casi todas las puertas del pasillo. El novio se asoma un segundo, a modo de despedida teatral. Hace un gesto reverencial a ambos lados inclinando la cabeza.

—Pueden decir en recepción que saldré cuando deje de nevar o cuando mi mujer me mande a dormir a la calle.

Eugene, alegre, comienza a aplaudir y silbar. Todos los curiosos del pasillo lo secundan y se forma una ovación cerrada y de buen rollo. El novio desaparece en el interior de la habitación. En el pasillo se quedan flotando algunos aplausos y la sonrisa afectuosa de los viajeros.

Unos minutos después, Slatan y Eugene están tumbados en las camas. Slatan tiene cuidado de permanecer sentado, junto a la almohada, para no presionar la zona inferior del colchón. Cualquier golpe podría detonar la bomba. Eugene, espatarrado en la cama de al lado, en calzoncillos y camiseta interior de tirantes, sigue parloteando mientras cambia compulsivamente de canal.

—Tengo una teoría: para qué voy a ver un canal, si puedo ver veinte a la vez. Puedo ver cuatro películas, dos *talk shows* y un par de documentales y seguir el hilo

de todo. Lo tengo comprobado: desde que el guapo y la guapa de la peli se miran antes del beso y el beso en sí, puedo cambiar y ver cómo un cocodrilo se come a un ñu al cruzar un río. ¡Y no me pierdo nada! Cuando vuelvo a la peli, los guapos están empezando a rozar los labios. Hay mucho tiempo muerto en esto de la televisión, te lo digo yo.

Apenas acaba de salir la última palabra de su boca, Eugene se queda dormido instantáneamente con el mando en la mano y presionando el botón para cambiar de programa. Los ronquidos suben gradualmente de volumen como si los estuviera manejando desde el mando a distancia. Slatan lo mira ahora con detenimiento, como un taxidermista analizando la pieza que rellenará de cartón y espuma. Las facciones del vendedor de zapatos de mujer se han relajado y la grasa se apelmaza en la boca, en las cuencas de los ojos, en la papada. Eugene se mueve un poco y la sábana se desliza dejando uno de sus pies al aire. Está lleno de heridas, rozaduras, tiritas y durezas. Los zapatos de mujer, laureados a lo largo de cuatro continentes, no parecen tan cómodos al fin y al cabo.

NUEVE

Al asomarse por la ventana de la habitación el paisaje nevado de la mañana le devuelve una impresión blanca y brillante en las retinas. Su iris se contrae adaptándose al brillo y la luminosidad. Un paisaje monótono de nieve y más nieve se extiende delante de él. Slatan recuerda las mañanas frías de su infancia, en Instalood. Algunos inviernos la temperatura era tan baja que las tuberías de casa se rompían y la ropa que estaba colgada en el tendedero del jardín se congelaba. Los pantalones y las camisas, con solo doblarlos, se partían con un crujido suave y delicioso. Sin oponer resistencia. La mamá de Slatan entonces se enfadaba mucho y le gritaba que dejase la ropa en paz. Slatan a menudo se acordaba de eso. Lo frágil que era la ropa cubierta de escarcha y frío. Tardó unos años en darse cuenta de que hay un momento en la vida en el que todos somos tan frágiles como unos pantalones tendidos en mitad de una helada. Lo único que desconocía era si llegaría alguien a doblarlo por la mitad para disfrutar del crujido que hacía al romperse.

La voz de Eugene lo saca de su ensimismamiento.

—Vaya pedazo de nevada, hoy fijo que no sale el vuelo. Hay más nieve que ayer. Una vez, en Oklahoma, me sorprendió una tormenta de arena. No te lo creerías, no se veía a dos palmos, la arena se te metía en la boca, en las orejas..., dos meses después me seguía sacando arena del ombligo, como te lo cuento, amigo.

Dice todo esto mientras se lava los dientes con un cepillo eléctrico y trajina por la habitación, trasladando con sorprendente agilidad sus ciento cuarenta y dos kilos de una esquina a otra.

—¿Te has fijado? —dice señalando el cepillo de dientes que lleva mordido en la boca—. Hay dos tipos de personas, las que se lavan los dientes sin moverse del lavabo y los que podemos lavarnos los dientes, leer el periódico, hacernos el nudo de la corbata y abrocharnos el reloj a la vez. Es lo que tenemos los representantes. Optimizamos nuestro tiempo.

Dice esto mientras un rastro de espuma y crema dental ensucia la moqueta de la habitación.

—También me ducho y me afeito a la vez, ¿qué hay de malo? Gasto menos agua y gano tiempo. El tiempo, amigo, el tiempo es nuestro gran enemigo..., ¿no crees?

—Claro.

—Conozco a gente que se ducha, se afeita y mea a la vez..., pero tranquilo, no es mi caso. Yo las aguas menores y las mayores las dejo en el retrete. —Sin esperar respuesta, engarza la siguiente conversación—: ¿Tienes hambre?

—No.

—Yo estoy a punto de desfallecer. Y te digo una cosa..., vamos tarde con el desayuno. Conozco estos bufés baratos, son la guerra, se acaban los cruasanes y luego empiezan con las excusas, «que no esperaban tantos huéspedes», «que están desbordados», «que nos hagamos cargo»; total, que acabas desayunando tostadas integrales y *muesli*, que es lo mismo que desayunar comida de pájaros.

Slatan no añade ningún monosílabo más a la conversación. Confiaba en que la tormenta amainase al día siguiente, pero la nieve y el frío han adquirido la cotidianidad de los eventos que han venido para quedarse. Como los dolores de muelas o las rozaduras de los zapatos. Molestos y pertinaces. En algún lugar de Karadjistán se estarían preguntando por qué su nombre no aparece en la prensa. Por qué el mapa de Karadjistán no está superpuesto en las televisiones detrás de los presentadores con gestos serios y por qué tres o cuatro analistas internacionales no están hablando de las razones del terrorismo suicida y la precaria seguridad de los aeropuertos.

¿Cuándo saldrá el vuelo? Puede esperar hasta la noche, incluso hasta el día siguiente, pero si esa situación se prolonga, tendrá que contactar con Huvlav y pedirle instrucciones. Su vida no le pertenece y el nuevo propietario sabrá qué hacer.

Slatan baja a recepción. Una docena de pasajeros se hacinan en el mostrador pidiendo toallas de ducha, quejándose del tamaño de las habitaciones y exigiendo a los recepcionistas que ejerzan de meteorólogos improvisados y les digan cuándo va a remitir de una maldita vez la tormenta de nieve para coger su vuelo y volver a sus confortables chalés adosados para ver por cable partidos de los New Jersey Nets y gritar ¡*Go, go!*, cuando Jordan Farmar avance hacia canasta para encestar.

El karadjo espera su turno pacientemente. Delante de él, Nancy, la chica de las canciones, aguarda también en la cola. Tiene cara de haber pasado la noche llorando y tarareando en la soledad de la habitación el estribillo que Sid Vicious le cantara a Nancy Spungen antes de asesinarla en el hotel Chelsea, entre la séptima y la octava, en Nueva York. Con *speed* y cocaína haciendo una carrera de velocidad por el riego sanguíneo de la estrella del punk.

La joven tiene los ojos enrojecidos, las manos temblorosas y la certeza de que su vida es una larga y penosa autopsia realizada a un cuerpo todavía caliente, pero muerta en su interior. Al menos, así se siente después del abandono de su novio Ray, batería de los Furius. Cuando llega su turno en recepción, su voz es casi inaudible, dubitativa. La de una niña a la que le preguntasen los ríos de Europa y no supiese dónde está Europa.

—Perdón..., le va a sonar raro..., pero necesito unas cuchillas —sonríe cómplice—, me quiero depilar y esto de la tormenta me ha pillado con el paso cambiado. Ya sabe, con lo justo en el neceser; corrector de ojeras, alguna barra de labios..., pero sin crema depilatoria. Igual le parezco tonta..., pero es que sin depilarme... me siento sucia.

La recepcionista, una mujer rubia de cincuenta años, con dos divorcios a sus

espaldas y una hija tres años más joven que Nancy, le devuelve la sonrisa cómplice. Cualquiera lo hubiera hecho, la chica con los ojos excesivamente manchados de rímel, que se acoda al otro lado de recepción, parece un castillo de naipes levantado en mitad de un huracán. Siempre a punto de derrumbarse y salir volando. Su aspecto es débil, ojeroso y frágil. Un mirlo blanco sorprendido por una tormenta de nieve, un vuelo cancelado y unas ingles sin depilar. La recepcionista divorciada se agacha detrás del mostrador y busca en el fondo del cajón.

—Te entiendo perfectamente, hija. Me pasé un fin de semana en Múnich con una axila depilada y la otra no. Una buena faena, ¿eh? El idiota de mi exmarido ni siquiera se dio cuenta.

Nancy asiente con una sonrisa amarga y la recepcionista le tiende una cuchilla de plástico con crema de afeitar.

—Es todo lo que tengo, cariño. Un kit de afeitado. Espero que te saque del apuro.

Nancy asiente sin convicción. Probablemente en su cabeza suene una mala letra de los Red Shots que recomienda desayunar un café solo, dos cucharadas de azúcar y un buen puñado de cuchillas de afeitar. La recepcionista intenta entrever el estado de ánimo de Nancy asomándose a sus ojos cubiertos de rímel negro azabache.

—¿Has dormido bien, niña? ¿Necesitas algo más? En la cantera de la montaña trabajan día y noche y a veces es molesto para algunos huéspedes. Es la única maldita cosa que no ha parado con la nevada. La cantera dichosa y el martillo percutor. Tengo el ruidito metido en la cabeza día y noche.

Nancy vuelve a forzar su sonrisa amarga y musita un inaudible «estoy bien, gracias». Coge el kit de afeitado del mostrador y se da la vuelta para desaparecer con tanta precipitación que se topa de bruces con Slatan, que aguarda detrás de ella haciendo cola. Nancy hunde la cara en el pecho de Slatan, que no se inmuta. La joven levanta los ojos y lo mira. Barba abundante, pelo oscuro, mirada vacía. Quizá, por su aspecto, le recuerde a algún integrante de Led Zeppelin, o de los Skeletons. Tiene la misma pinta que el vocalista de los Hustler. Un aire de vagabundo violento y malhumorado. Como Viggo Mortensen en la adaptación de *The Road*. Sus ojos coinciden a escasos veinte centímetros, presurosos y esquivos, como en un andén atestado de gente con prisa. Sus intensas pupilas azules se cruzan parpadeantes con la mirada oscura del terrorista. No encuentra calidez ni afecto. Solo una luz escrutadora como la lente de un microscopio descomponiendo los tejidos de una biopsia anónima y muerta. Después Nancy se disculpa de forma maquinal y se aleja por el vestíbulo para entrar en el baño de la planta baja.

Slatan sabe perfectamente lo que acaba de ver en las pupilas azules de Nancy. Lleva suficientes horas arrastrando doscientos cincuenta gramos de amonal por Moscú como para no identificar una mirada suicida asomada a veinte centímetros de la suya. Unos ojos vacíos de esperanza. Unas pupilas fosilizadas que miran sin mirar.

—¿Le puedo ayudar en algo?

La recepcionista con dos divorcios a sus espaldas lo aleja del abismo que acaba

de ver en los ojos de Nancy. Slatan tarda unos segundos en apresar de nuevo el hilo de su pensamiento. De nuevo retoma su propio destino suicida. Por casualidad, en ese hotel, dos cronómetros avanzan al abismo al mismo tiempo.

—¿Cuándo viene a buscarnos el autobús para llevarnos al aeropuerto...? — pregunta Slatan.

—No creo que vengan hoy, señor, ahí fuera hay más de veinte centímetros de nieve y las previsiones son nieve, nieve y más nieve. No es culpa de nadie. En Moscú pasan estas cosas. Se inventa el comunismo en una noche y se cancelan vuelos en otra... —comenta irónica.

Slatan intenta ocultar su absoluta contrariedad. Cierra los puños con fuerza e inclina todo el peso del cuerpo sobre el mostrador.

—Quiero cambiar de habitación. Estoy alojado en la 457, comparto habitación con un vendedor de zapatos, Eugene creo que se llama. Quiero una habitación individual.

La recepcionista pone la misma cara que cuando informó a su segundo marido, Svenson, de que lo suyo había terminado. Que a él le gustaban los programas de tuneado de coches y que ella disfrutaba con el punto de cruz. Que no tenían por qué acabar mal y que no se preocupase por los niños, que tendrían custodia compartida. Una cara que informaba de una mala noticia a la vez que transmitía una infinita condescendencia.

—Vaya, solo tengo malas noticias para usted. No quedan habitaciones individuales... Limbads es un hotel pequeño y no está preparado para esta avalancha de huéspedes. La tormenta lo ha trastocado todo. Se tendrá que conformar con la habitación compartida. Lo siento. Si quiere, puede rellenar esta solicitud con su nombre y apellidos, y cuando quede libre alguna habitación, lo aviso y se instala allí. Eso es todo lo que puedo hacer.

Se desliza sobre las ruedas de su silla ergonómica hasta un cajón a su espalda, extrae un formulario azul y se lo entrega. Sobre la recepción hay un bolígrafo atado por el extremo superior con una cuerda. Parece que la clientela del hotel Limbads deja mucho que desear. Slatan se lleva el formulario, aunque sabe que no valdrá de nada. Todos los pasajeros están en su misma situación. Atados de pies y manos por un temporal de nieve y compartiendo habitación con un extraño.

Un cliente norteamericano de cincuenta años ocupa el sitio del karadjo en el mostrador. Saca su pasaporte, pide la hoja de reclamaciones y comienza un discurso ininterrumpido de protestas. Por el frío, por el retraso, por la improvisación de la compañía aérea y los escasos medios del hotel. Desconoce que a esta hora, pasadas las nueve de la mañana, su nombre debería engrosar una lista facilitada por fax y pegada con chinchetas en el corcho del grupo de inteligencia antiterrorista ruso. Un funcionario con acreditación azul M-2 estaría marcando los dígitos de su casa en Delaware, en la costa atlántica, e informando con voz afectada que su marido había sido víctima de la tragedia de Air Moscú. Que todavía se desconocían las causas y

que era muy pronto para sacar conclusiones, pero que no se descartaba ninguna posibilidad y que sí que estaba seguro: no había supervivientes en la catástrofe del Boeing 747 con salida Moscú y destino Nueva York. Los trescientos treinta y dos pasajeros habían muerto. Al parecer, el avión había estallado en el aire. Lo sentía terriblemente. Había psicólogos a su disposición y la mantendrían informada en todo momento.

La familia, a los dos o tres meses, comenzaría la dolorosa tarea de vaciar los armarios atestados de recuerdos íntimos y dolorosos. Regalaría a la beneficencia la ropa y los zapatos, y enterraría en el sótano los esquíes y los cuatro o cinco trofeos que ganó a los veinte años en unos campeonatos de natación en la Universidad de Newark. Ese sería el escueto legado de una vida arrasada por el terrorismo nacionalista. Después se abriría un archipiélago en torno a su memoria. Como las estrellas que continúan brillando en el cielo desnudas de materia y forma.

DIEZ

Slatan mira las casillas vacías del formulario. Se le antoja que son nichos vacíos esperando cadáveres. En lugar de rellenarlo, se lo mete en el bolsillo y atraviesa la recepción hasta el inicio del pasillo de la planta baja. Al final hay unos servicios. Avanza hacia ellos, abre la puerta del baño de mujeres, comprueba que no hay nadie y entra. Dos retretes tienen el pestillo roto. En una de las puertas alguien ha escrito con rotulador rojo: *Nazis working: don't disturb*. Silencio. De pronto, un sollozo callado resuena detrás de la puerta cerrada de uno de los excusados. Se agacha, coloca su cabeza a dos palmos del suelo y ve los pies infantiles de Nancy. Sentada en el retrete. Encogida. Quizá tarareando compulsivamente un estribillo de los Crazy Louds, un grupo holandés, de los noventa, que vivió su momento de gloria el 28 de mayo del 2011, en el festival *Sound Spring*, celebrado en el estadio de Twickenham, de Londres, delante de ochenta mil personas. Un día después, el cantante de la banda, Stefan Lanka, murió por sobredosis. Lo encontraron sentado en un vagón de metro de la línea de Tottenham Court. Tardaron siete horas en darse cuenta de que el cantante de los Crazy Louds no estaba dormido en su asiento, sino que estaba muerto. El estribillo de la canción que le hizo famoso decía: «El viaje de este tren acaba en las vías muertas de tus venas». Así fue.

El terrorista apoyó las manos sobre la loseta blanca con olor a lejía y detergente y esperó en silencio hasta que unas gotas livianas y rojas comenzaron a estrellarse contra el suelo cadenciosamente.

ploc

ploc

ploc

Con el ritmo constante de la vida en fuga. Slatan sabía perfectamente lo que estaba pasando al otro lado de esa puerta. Sabía que el kit de afeitado no serviría para depilarse las ingles.

El karadjo podría haber intervenido. Podría haber golpeado la puerta, apartado la cuchilla de las muñecas transparentes de Nancy y decirle que estaba loca. Podría haber detenido la hemorragia abierta presionando las incisiones horizontales con papel higiénico. O podía haber dado la alarma en recepción, gritar que una chica se estaba intentando suicidar en los baños del hotel Limbads. Que él el día anterior había presenciado una bronca con su novio Ray, batería de los Furius, en la sala de espera del aeropuerto, y estaba deprimida y al borde del abismo. Ray la había abandonado y Nancy se habría sentido huérfana y rechazada aquel oscuro miércoles de cielos plomizos y vuelos cancelados. Quizá se encontrase en uno de esos momentos de

fragilidad extrema que sufren algunas amas de casa tras veinticinco años de casadas y tres cesáreas. Donde la rotura de un plato en el fregadero o una taza hecha añicos contra el parqué desencadena un llanto de varias horas. Un llanto espasmódico e incontinente que les agita todo el cuerpo y no tiene nada que ver con la vajilla destrozada. Que surge de la frustración de un título universitario enmarcado en el salón, pero nunca ejercido, una copia de la Master Card de su marido con límite de seiscientos euros para los gastos de la casa, y una orientación perfecta en los Seven Eleven y los Lidl que les permite ir de la sección de carnicería a la de frutería sin titubeos.

Radiografía de vidas lisérgicas con estudiados planes de pensiones a treinta años, inversiones en hidroeléctricas y bonos del Estado, seguro de vida que incluye las pompas fúnebres y un apartamento en una playa de Calgary, comprado con dinero negro.

Pero Slatan no dio la voz de alarma. Permaneció con la oreja pegada al suelo. Sintiendo el contacto gélido de la loseta en las yemas de los dedos. Era extraño, pero de alguna manera, que Nancy se cortara las venas en los aseos de un hotel perdido de las afueras de Moscú le permitía no sentirse solo del todo. Una absurda comunión con la muerte los hermanaba. Ambos habían iniciado una lenta claudicación de la vida. Sin estridencias. Escuchando el palpito vital del mundo alejándose por las comisuras desinfectadas de las losetas del baño.

Cuando el terrorista regresa a recepción, nuevos pasajeros rellenan formularios de quejas y reclamaciones. El mostrador está lleno de solicitudes para cambiarse a una habitación individual. Slatan coge el bolígrafo del mostrador y comienza a completar el suyo. Saca del bolsillo de la chaqueta su pasaporte y escribe su nombre y la dirección falsa que le facilitó Huvlav hace veinticuatro horas. La identidad del hombre que suplanta es dos años más joven que él. Vive en Moscú, trabaja en el sector de las parafarmacias y tiene dos hijos: Boris y Petra.

Solo ha tenido tiempo de rellenar las casillas de su nombre y sus apellidos cuando por la puerta del comedor aparecen Eugene, los novios, mamá July (con sus tres hijos) y el anciano. Vienen hablando y riéndose. La convivencia obligada ha empezado a formar pequeños grupos de afinidad entre los pasajeros del vuelo retrasado 4583 destino Nueva York. Muchos de ellos mezclan idiomas, nacionalidades e ideologías distintas, incluso opuestas. Pero no importa. Un retraso aéreo supone una especie de limbo donde los pecados veniales son permitidos y hasta perdonados. Las direcciones y los teléfonos intercambiados se borrarán dos días después de las BlackBerry, como si nunca hubieran existido. No volverán a encontrarse en París ni en Miami, ni pasarán un fin de semana en la casa de madera que tienen junto al lago Red, Minnesota, y que, afirman, «está libre prácticamente todo el año, a tu disposición. Las llaves están escondidas en el porche. De verdad,

podéis ir con toda confianza. Es una pena tenerla vacía».

—No tiene pinta de dejar de nevar —dice mamá July.

—Si hubiesen echado sal en la pista del aeropuerto, porque lo difícil es despegar..., una vez arriba, hasta hace sol —responde Eugene.

La novia mira el reloj de recepción, mohína.

—A esta hora deberíamos estar llegando a Hawái..., todo el viaje perdido... de verdad.

El novio, inasequible a la tristeza, responde en positivo.

—Pues habrá que disfrutar de unas vacaciones en la montaña, ¿no...?

No parece consolarla. El novio le coge la mano, afectivo, y le acaricia sutilmente la barbilla. Se cuidan. Eugene interviene.

—Yo una vez estuve en Hawái. Calor, camisas de flores y una humedad del noventa y cinco por ciento. Un suplicio. Me pasé abrazado al aire acondicionado los cinco días. Además, Hawái es mercado de zapato plano y chanclas. El zapato de tacón no tiene penetración...

Al acercarse a recepción, entre los pasajeros vociferantes e indignados, Eugene distingue a Slatan apoyado en el mostrador. Aislado. Concentrado en completar el formulario. Desde la distancia le grita.

—¡Amigo! ¡Eh! ¡Slatan! ¡Te había guardado un sitio a mi lado en el comedor! ¿Has desayunado?

Eugene se acerca con una sonrisa franca y saca, de debajo de su sobaco, un gurrño de servilletas de papel.

—Los bufés en los hoteles de menos de cuatro estrellas son la guerra, Slatan. O estás vivo, o te zampan el desayuno..., pero mira lo que te he conseguido.

El representante de zapatos desenvuelve las servilletas de papel y le entrega tres cruasanes aplastados y desmigados.

—Casi tengo que llegar a las manos con una pareja de chinos, pero lo conseguí.

Slatan mira los bollos sin saber qué decir. Los deja sobre el mostrador y continúa con el formulario como si fuese un problema de termodinámica que exigiese toda su concentración. Eugene, sin acusar su mutismo, le da una palmada en el hombro y se asoma al formulario de Slatan con interés. Con la actitud del que ayudaría si pudiese. Con la naturalidad con la que un niño se asoma a una partida de canicas o contempla una peonza girando. Con una atención difusa y lúdica. Sin pensar que a Slatan le podría molestar esa intromisión en sus asuntos, en sus asuntos privados. El anciano mira a ambos lados de la recepción. Buscando a alguien.

—¿Dónde está la chica joven?

—¿Quién?

—La chica triste, la que viste toda de negro.

Está claro que han hablado de ella con anterioridad. Quizá a todos les había llamado la atención. El *look* melancólico y los colores oscuros de Nancy no habían pasado inadvertidos en ese ecosistema tan pequeño. Era difícil no fijarse en el aura de

tristeza permanente.

—La he visto antes en recepción —dice mamá July mientras limpia la baba del bebé—. Está en la habitación de al lado. —Baja a un tono confidencial—: Se ha pasado toda la noche llorando. La oía cuando me levantaba a dar el pecho.

Slatan lo escucha todo mientras rellena con letra de orfebre cada casilla del formulario. Sin intervenir. Sin indicar con el dedo la dirección de los baños donde Nancy estará con las venas deshilachadas y vacías. Con los ojos amoratados, la lengua hinchada y el veinte por ciento del líquido de su cuerpo vertido sobre las losetas desinfectadas del excusado. La novia que debería estar camino de Hawái interviene.

—En la sala de embarque del aeropuerto estaba teniendo una discusión de las gordas con un chico. Creo que era su pareja. Por lo que escuché, debe de ser depresiva o así...

Ante la mirada interrogante del novio, aclara.

—¿Qué pasa? ¿Qué miras?

—Que solo te ha faltado decir minuto y resultado para hacer la crónica entera de la ruptura. Y luego dices que no estás con la antena puesta todo el día.

—Chico, no es culpa mía, estaban montando el pollo delante de todo el mundo. Había que tener algodones en los oídos para no enterarse.

—Pues yo no me enteré.

La novia lo mira con ternura.

—Chico..., tardaste dos días en saber que habían atentado contra las Torres Gemelas..., no eres precisamente Sherlock Holmes.

—Igual por eso soy tan feliz —se defiende—, además..., yo pensaba que la cotilla de la familia era tu madre. La misma que me vigilaba desde un coche en nuestra primera cita. Bueno, en la primera, en la segunda, en la última...

—No empieces.

—No empiezo, solo digo que cuántas suegras conoces que sigan a su hija por la noche para saber con quién va.

—Es mi madre, se preocupa por mí, punto.

El novio se lleva una mano a la oreja y otra a la boca simulando una comunicación, e imposta voz robótica.

—Aquí tierra llamando a madre cotilla, sabemos que nos ha seguido hasta el hotel Limbads... Confiese: ¿en qué habitación se aloja?

—Idiota.

—Cotilla.

—Voy a pedir la anulación del matrimonio —amenaza la novia falsamente dolida, juguetona.

—Demasiado tarde, la cagaste hace dos días cuando dijiste el «sí quiero» y eso de «para siempre» delante de trescientos invitados, un juez de paz y doscientos hojaldres rellenos de cangrejo y salsa de marisco con baño de coñac.

—Me da igual, alegraré... —Piensa un segundo—. Que estaba borracha..., me habías emborrachado de amor y que te has casado conmigo para conseguir el pasaporte británico... Todos los rusos sois iguales...

—¿Eso dirás?

—Sí..., y pondré estos ojitos —dice mientras cierra y abre infantilmente las pestañas— y fijo que me creen.

La conversación acaba con un mordisco de la novia en el brazo del novio y una palmada del novio en su trasero.

Eugene corta el intercambio de caricias de los recién casados.

—Todavía me acuerdo de la discusión que tuve con mi última pareja, hace tres años. Trabajaba en Madison. La bronca duró exactamente dos baterías Nokia. De las baterías de antes..., esas que duraban un par de días.

Mamá July sonrío interesada. Eugene continúa.

—Os lo juro. La única manera de zanjar aquel torrente de hostilidad fue decirle que no tenía el cargador a mano y que las baterías estaban finito.

—Entonces, tampoco acabó tan mal —dice mamá July.

—Acabó mal, te lo aseguro. La siguiente llamada duró un suspiro de batería. Sonó el teléfono dos veces, lo cogí y antes de que pudiese decir esta boca es mía, chilló: «¡Se acabó, gordo de mierda!». Y colgó. Duración: tres segundos. En algunas convenciones de *marketing* de la Costa Oeste, utilizan esa llamada como ejemplo de optimización de tiempo y nitidez en el mensaje. —Eugene toma aire. Pensativo—. Y tampoco acabé de entender aquello de «gordo de mierda». Por aquel entonces pesaba veinte kilos menos que ahora.

Todos ríen menos Slatan, que intenta revestirse de un neopreno emocional que lo aisle de la charla. De las bromas y la imagen suicida de una chica de veintipocos, sensible y deprimida. Con la mirada fría clavada en el fluorescente del baño y con dos tajos abiertos en las muñecas. A menos de quince metros de donde la vida continuaba.

De repente, por el fondo del pasillo de recepción aparece Nancy. Lívida, titubeante, con varias vueltas de papel higiénico a modo de gasa envolviendo la muñeca izquierda. Al verlos, duda, pero es demasiado tarde para retroceder y esconderse en el baño de nuevo. Azorada, avanza por el pasillo de recepción intentando sonreír.

—Me he perdido el desayuno, ¿no? Siempre me pasa lo mismo en los hoteles. No soy persona antes de las nueve de la mañana.

Sin abandonar la sonrisa, señala el papel higiénico que envuelve rudimentariamente la muñeca ensangrentada.

—Pero ¿qué te ha pasado? —dice mamá July preocupada y cogiéndole con delicadeza de madre la muñeca.

—Me he cortado con un bote de colonia de Yves-Saint-Laurent, ¿os lo podéis creer? ¡Qué tonta!, ¿no? Cuarenta y cinco euros del *duty free* tirados por el desagüe.

Es un corte superficial, nada importante. No se veía hueso —añade intentando destensar.

Mientras el anciano pide un botiquín a la recepcionista, media docena de ojos escrutan las muñecas delgadas e infantiles de Nancy. Como cartílagos de pollo. Finos y quebradizos. Después de un segundo de desconcierto, todos sonrían, destensan una situación extraña. Un corte sospechoso y que podría haber sido fatal. Eugene toma el mando de la conversación. Más de treinta años iniciando conversaciones desde cero y llamando a puertas hostiles para ofrecer zapatos le han dotado de las tablas necesarias para rellenar los tiempos de silencio y las situaciones incómodas.

—Una vez me corté la mano con un rollo de papel higiénico.

Mamá July lo mira riéndose ante lo extravagante de la afirmación.

—¡Qué exagerado!

—Lo juro —afirma levantando teatralmente la mano como si jurase sobre la biblia en un juicio—. Fue en una gasolinera de Tuxon. Me hice una herida de por lo menos ocho centímetros en el pulgar. Imaginaros cómo era de áspero el papel. Después, no me atreví a limpiarme el culo.

Más risas. El anciano limpia la herida de la muñeca de Nancy con betadine y la cubre con gasas. Eugene continúa.

—Acabé limpiándome el trasero con una edición del *USA Today*. A día de hoy... todavía tengo la sección de contactos tatuada en un moflete.

Risas.

—¿No me creéis? Si me bajo los pantalones, podréis leer «mujer madura busca joven para amistad y lo que surja». Eso sí, el número de teléfono se ha borrado.

Más risas. Buen rollo. Todos desechan agradecidos la idea de que Nancy ha estado a punto de suicidarse. Prefieren pensar que un bote de colonia de Yves se escurrió de sus dedos, se rompió en mil pedazos y seccionó ligeramente la arteria radial. Quizá sea cierto eso de que realmente ningún suicida quiere acabar con su vida. Que lo único que buscan es que alguien venga a salvarlos. A apartarles la cuchilla de la muñeca, a cerrar la espita de gas, a separarlos de la azotea, a resguardarlos del bote de barbitúricos y susurrarles en el oído que no están solos y que cuando el juego de las sillas acabe, si no están sentados, si no encuentran una silla libre, se pueden quedar de pie, que no pasa nada. En este juego nadie pierde.

Ningún miembro de la improvisada pandilla del vuelo 4583 se pregunta qué llevó a Nancy al baño de la planta de recepción, ni qué hacía allí con un bote de colonia, ni por qué el tajo de la muñeca es limpio, como de cuchilla de afeitar. Es mejor no ahondar y creer a pies juntillas la versión oficial.

Así se vive mejor. Pensando que hay cosas que, sencillamente, no suceden. No es posible que un hombre retenga a una niña en el sótano de su casa y la viole sistemáticamente durante catorce años. Tampoco podía suceder que cinco soldados americanos del Tercer Regimiento Aerotransportado entrasen en una casa de civiles en Afganistán. Acorralasen a la familia en el comedor. Matasen al padre y a la madre,

violasen a las tres hijas menores de edad y acabasen asesinándolas de un tiro en la cabeza con sus cetmes reglamentarios. No podía ser. El mundo no es lo suficientemente atroz como para admitir que esas cosas suceden.

Ninguna chica de veinticuatro años podía cortarse las venas en el aseo público del hotel Limbads, a ochenta kilómetros de Moscú, donde un cantante gay pasó una noche con su novio. Se podían afrontar tragedias menores: el retraso de un avión por la nevada, los cruasanes agotados, la ausencia de wifi, las habitaciones compartidas. Pero nada más. El mundo era mucho mejor que todo eso. El mundo no era una helada nocturna ni ellos la ropa tendida esperando partirse por la mitad ante el menor soplo de viento. Slatan no abre la boca. Así fue.

ONCE

Slatan sale al porche del hotel en busca de aire fresco. Dos ventanales lo protegen del frío bajo cero. Sin embargo, abrigado tan solo con una camisa de franela, pequeñas rachas de viento ártico se cuelan por las juntas de la ventana y le hacen estremecerse. Algo a sus espaldas, en la recepción, huele a moridero. A matadero suspendido por inclemencia meteorológica. Horas antes ha escondido el chaleco de explosivos debajo del colchón. La muerte hiberna paciente en la habitación 457.

Ahora, plantado delante del paisaje monocromático, lo ve claro: lo mejor para su misión suicida es no relacionarse con ningún pasajero. No quiere ver sus caras, conocer sus nombres ni estrechar sus manos. No soporta que le guarden cruasanes para el desayuno ni que le den los buenos días por el pasillo. Evitará conocer las pequeñas historias del centenar de pasajeros que aguardan impacientes la reanudación del viaje de muerte y sacrificio por Karadjistán.

Solo debe resolver una pregunta:

¿Morir ahora o esperar?

Tarde o temprano la tormenta remitirá y todos los pasajeros del vuelo 4583 destino Nueva York volverán a embarcar en el avión. ¿Debe aguardar e inmolarsse en el avión con el riesgo que ello conlleva de pasar los controles de seguridad del aeropuerto? ¿O debe hacerse explotar en el mismo hotel? Necesita contactar con los Mártires de Instalood y preguntarles. Su vida no le pertenece, su corazón no le pertenece, su cerebro no le pertenece y como un trozo de carne muerta expuesta al sol, necesita que alguien le diga en qué momento debe comenzar a pudrirse y llenarse de moscas y gusanos.

Mira al frente. A cincuenta metros, en la linde del bosque, se distingue la figura de la novia que lee a Henning Mankell, que camina con dificultad entre la nieve. A cada paso, sus piernas se entierran bajo medio metro de nieve. Su expresión denota enojo y frustración. Avanza oculta bajo un plumas oscuro. El mismo color que ahora tiñe su estado de ánimo después de que el viaje de novios que con tanto mimo había diseñado se haya arruinado.

De pronto, recibe un bolazo de nieve en la espalda. El novio que lee a Stephen King va detrás de ella. Sonríe feliz. Como un chiquillo. En cualquier parte del mundo hay gente feliz. Probablemente en Auschwitz también había gente feliz. Y en las plantas de oncología. Y detrás de un hijo con síndrome de Down. Gente feliz que habita el mundo y lo hace un poco mejor. Probablemente el novio es así y no le importa estar en Hawái o tirado en un hotel de tercera. Le da igual porque es feliz.

Ella se da la vuelta y lo mira seria, casi enfadada. El novio responde a la

hostilidad con una sonrisa. Tarda un segundo en darse cuenta de que su recién estrenada mujer no está para bromas ni batallas a bolazos. La luna de miel a quince grados bajo cero ha congelado las instantáneas sonrientes que se hicieron hace menos de cuarenta y ocho horas vestidos de boda y con un trozo de pastel en la boca.

De pronto, un sonido mate, a sus espaldas, devuelve a Slatan a la realidad del hotel Limbads. Se trata del llamador que usa mamá July para que Alex, su hijo sordo, la oiga. Slatan ignora el sonido y concentra su mirada en el ventanal exterior donde la nieve sigue decolorando las hayas y los abetos. La madre, con el bebé en brazos, se acerca preocupada.

—Perdone..., ¿ha visto a mis hijos? Alex y Oliver..., los dejé en el comedor hace un minuto y ya no están, ¿los ha visto pasar?

En la hoja de ruta que le entregaron en el hotel Emperor cuando le adosaron doscientos cincuenta gramos de amonal en el pecho pone claramente cómo actuar en estos casos: no hablar con nadie, no relacionarse, no interesarse por sus vidas y sus problemas. Slatan, sin mirarla, niega con la cabeza. La madre escruta el exterior del hotel, preocupada.

—Siempre igual, me doy la vuelta y salen corriendo..., no puedo con ellos, de verdad. Después veo el programa de *Supernanny* en televisión, y chico, todo parece fácil. Coser y cantar. Pero que me digan cómo se hace con dos niños y un bebé colgado al pecho veinticuatro horas... —Vuelve a mirar hacia el bosque, inquieta. Tras los cristales todo está blanco y nevado—. Hace demasiado frío para que los niños estén fuera jugando, pero, claro..., ¡son niños!

Mamá July mira al bebé y duda. No tiene el don de la ubicuidad. Probablemente sus hijos estén jugando en la nieve y sabe cómo acaba el juego: antitérmicos, antibióticos y semana y media en la cama con cuarenta de fiebre. Finalmente, desesperada, le tiende el bebé a Slatan.

—¿Me podría hacer un favor...? ¿Me puede sostener al bebé un minuto? He prohibido salir del hotel a los niños, pero seguro que están jugando con la nieve... y no quiero que el bebé coja frío. ¡Tardo un minuto, se lo prometo!

Antes de que pueda reaccionar, Slatan sostiene entre los brazos a un bebé que le sonríe. Antes de que pueda reaccionar sujeta cinco kilos de carne, huesos y leche materna entre los brazos. Antes de que pueda reaccionar unos ojos infantiles color almendra lo escrutan. Y antes de que pueda reaccionar una manita infantil, con olor a primavera y potito de fruta, le repasa la barbilla, la nariz y los pómulos dejando un rastro de inocencia y baba en la mirada suicida de Slatan.

La mamá sale fuera llamando a gritos a los niños al tiempo que agita el cilindro sonoro. Slatan, convertido en piedra, sostiene al bebé como el que sostiene una ristra de chorizos. Ortopédico, incómodo, perdido. Sabe cómo cargar un subfusil de asalto, sabe desactivar una mina y esconderse de los aviones no pilotados de los rusos, pero no sabe cómo sostener a un bebé que lo mira y le sonríe.

Hace menos de treinta segundos ha enumerado su manual de supervivencia: no

mezclarse con los pasajeros, no hablarles, no conocerlos. Entonces, ¿qué demonios hace con un bebé en brazos?

Desconcertado, sale detrás de la madre para devolverle el bebé, mira a ambos lados, pero no hay rastro de mamá July. Se ha debido de internar en el bosque buscando a los niños.

Fuera hace frío. Un vaho denso y culpable se escapa por la boca del karadjo. Evita mirar al bebé, que gorjea a quince centímetros de su cara. Ve un columpio en el porche. Se acerca, limpia de escarcha y nieve la superficie y deja al bebé encima. La criatura se ríe mecida por el columpio oxidado. Hace ruidos graciosos e infantiles. El frío extremo debe de ser una nueva sensación en sus escasos meses de vida. Una novedad excitante y prohibida. Cuando Slatan se da la vuelta para irse, se encuentra de bruces con Nancy. Los dos se miran varios segundos. Finalmente, Nancy habla.

—Tú... estabas al otro lado de la puerta, en el servicio, ¿no?

Silencio. Solo el lenguaje ininteligible del bebé penetra el helador mutismo del paisaje. Slatan arranca con un discurso profesional. Frío y desprovisto de valoraciones.

—Si quisiera suicidarme, me tomaría un bote de somníferos y me tumbaría en la nieve. Es una muerte sin dolor. —Nancy lo mira sin sorpresa. Triste. Se frota la muñeca vendada—. Pero si has escogido cortarte las venas, hazlo con incisiones en zigzag y en vertical, en el sentido de las venas. Así son imposibles de suturar.

El bebé, desde el columpio, acompaña la conversación con una risa eléctrica. Inocente. Nancy le mira y coge al bebé del columpio.

—... después, métete en una ducha con agua caliente. El calor acelera la hemorragia y el sueño. Morirás en pocos minutos.

Nada más. Ruido de respiraciones. Slatan se da la vuelta y se va. Nancy, sobrecogida, acerca el bebé a su cuerpo para transmitirle calor humano, vida. El contacto de la piel contra la piel. Una lágrima silenciosa cae por su mejilla. El bebé, inmerso en un mundo paralelo de olores y sensaciones, vuelve a reír. El sonido mate del cilindro y los gritos de mamá July, en la lejanía, indican que sigue buscando a los niños.

Slatan atraviesa la recepción de cuatro zancadas pasando por delante de la puerta del comedor camino de su habitación. Eugene y el anciano están subidos al pequeño escenario. Afinan un viejo piano. En realidad el anciano afina el piano mientras Eugene cuenta cómo una vez le tocó bajar un piano de un octavo piso sin ascensor.

—Era una mudanza, al final dejamos el piano en el quinto y allí sigue. En el recibidor.

Eugene, al ver pasar al karadjo, le grita.

—¡¡Slatan...!! —El terrorista se detiene—. Estamos preparando un karaoke para esta noche, para dar un poco de vidilla al retiro, ¿te apunto y te cantas un *rock and*

roll?

Slatan ni los mira, ni les contesta. Sigue andando camino de su habitación con la firme determinación de no volver a hablar con ningún pasajero. El anciano que afina el piano mira extrañado al representante de zapatos.

—No creo que tu compañero de habitación sea de cantar en un karaoke.

—¿Que no? Ya verás cómo al final se anima y se lanza con algo. En la habitación ya va cogiendo confianza.

El anciano, sin dejar de presionar los agudos del piano, niega con la cabeza.

—A ese chico le pasa algo.

—¿A Slatan? Claro que le pasa..., que es ruso y los rusos son muy suyos. De perestroika lenta. Se abren, pero a su ritmo, como las ostras.

—Igual tienes razón..., pero tengo más de ochenta años, he superado un cáncer de colon y he vivido dos guerras... —Eugene lo mira sin entender—. Lo que quiero decir es que he visto sufrir a mucha gente en mi vida... y todos tenían esa misma cara.

Eugene se queda un segundo pensando.

—Pues ahora que lo dices..., no lo he visto ir al baño todavía. Hay tipos que si no es su váter, nada, no se sueltan. Igual lleva dos días con el tapón..., estreñido y no suelta lastre. Le dejaré caer que tengo laxantes en la maleta.

El anciano se ríe y niega con la cabeza.

—Me refiero a otro tipo de sufrimiento, hijo. Algo que no se arregla con un laxante...

Slatan avanza por el pasillo de la cuarta planta, camino de su habitación. Si tiene que pasarse encerrado entre cuatro paredes hasta que deje de nevar para no volver a hablar con nadie más, lo hará. En unas horas acabará todo. Los muertos no hablan, no dan abrazos ni organizan karaokes. De pronto, se detiene. A cuatro puertas de su habitación, escucha unas voces y un sonido chirriante de muelles forzados. Se acerca a su habitación, nervioso, y comprueba que la puerta está abierta. Centímetro a centímetro la empuja y palidece ante el escenario que ve dentro. Los dos niños de mamá July no están jugando en el bosque, ni haciendo muñecos de nieve. Los niños están brincando sobre el colchón de la cama donde está escondido el chaleco de explosivos. Juegan y se ríen pisoteando la cama del karadjo. Con sus zapatillas Nike con cámara de aire del número treinta y uno. Ajenos al peligro, con el liviano peso de la inocencia.

El tiempo se detiene en el cerebro de Slatan. Su corazón empieza a bombear al ritmo alocado y caótico de los muelles oxidados de su somier. Los doscientos cincuenta gramos de amonal son zarandeados y golpeados por cuatro pies infantiles. Las risas y los empujones se solapan en el juego suicida de saltar encima de las camas. Mamá July no tiene por qué preocuparse. Sus hijos no han salido al bosque a

jugar a diez grados bajo cero. Sus manos no están amoratadas de escarbar en la nieve, ni mañana tendrán placas infecciosas en la garganta. Han preferido colarse en la habitación de Slatan y saltar sobre doce compartimentos de explosivo en polvo.

¿Cómo podría explicar a los Mártires de Instalood que dos niños detonaron el amonal?

Se imagina la conversación:

¿Traspasar el control policial del aeropuerto?

Un juego de niños.

¿Subir al avión?

Sencilísimo.

Pero no fui capaz de mantener fuera del alcance de dos niños de siete y nueve años la bomba. Lo siento. Tanto esfuerzo, tanto predicamento nacionalista, tanta frase engolada y sentenciosa. Todo, para que el pasatiempo infantil de dos niños traviesos lo truncase todo.

¿Por qué tenía que pasarle a él? ¿Por qué el odio concentrado que sentía por los rusos no podía circunscribirse en un minuto, en un segundo de irracionalidad que le permitiese apretar el detonador y terminar con todo?

Slatan entra loco en la habitación. De su boca salen escupidas palabras en karadjo. Gritos de rabia y miedo. Maldice y grita al mismo tiempo. Al escucharlo, Oliver, el hermano mayor, salta de la cama, aterrorizado, y sale corriendo de la habitación. Sin embargo, Alex, el niño sordo, no ha escuchado nada y continúa encima de la cama mirándolo sin atisbo de miedo. Para Alex, la boca desencajada de Slatan no significa rabia. El karadjo tarda un segundo en traducirle al lenguaje corporal su estado de ánimo. Lo agarra de las pecheras y lo levanta en volandas. Fuera de sí. Slatan estampa al niño sordo contra la pared tirando la litografía de Caravaggio que representa a san Pablo cayéndose del caballo. Sostiene a la criatura a cuarenta centímetros del suelo. Oliendo su aliento. Se miran retándose. Las caras muy cerca. El niño sordo no aparta la mirada, no intenta escapar, no tiene miedo.

Slatan, después de unos segundos, consigue recuperar cierta cordura y deja al niño en el suelo. El niño sordo se rasca la cabeza. Quizá molesto por el final de su aventura y sin atisbo de arrepentimiento. Se da la vuelta y sale andando de la habitación. Quizá vaya a la calle a jugar con la nieve. Desde que a los tres años perdió el noventa y dos por ciento de audición, su universo sensorial se basa en el tacto, el olfato y la vista. No entiende ese mundo adulto de frases categóricas y ruidos ensordecedores. Tampoco tiene una memoria sonora de lo que escuchaba antes de la infección. Ni siquiera recuerda la infección. Recuerda los médicos. Todos esos aparatos de metal frío que le introducían por el oído. También recuerda el dolor y las lágrimas de mamá. Y poco más. Después se fue sumergiéndose en un mundo cada vez más silencioso que convertía las voces de la gente en ruidos producidos lejos, en las afueras. Tampoco lo echó de menos. Tenía su propio vocabulario silencioso. Con solo mirar a los ojos sabía cuándo alguien estaba enfadado o tenía miedo.

Por eso, cuando Slatan lo sostiene a cuarenta centímetros del suelo y su boca se abre y se cierra escupiendo palabras que él ni entiende ni oye, Alex mira dentro de los ojos desencajados del terrorista y lee en ellos como en dos libros abiertos. No hay odio. Ni enfado. Solo una infinita y dolorosa soledad. Alex no tiene miedo de Slatan, tiene pena. Así fue.

El terrorista cerró la puerta y la bloqueó con una silla encajada en la base del pomo. Levantó el colchón y sacó la bolsa de los explosivos con mucho cuidado. Casi con mimo. Escrutó los escasos veinte metros de habitación, preocupado, buscando dónde esconder el chaleco. Dónde meterlo para evitar que dos críos de siete y nueve años reventasen el atentado orquestado durante dos años por los Mártires de Instalood. Fue hacia un rincón junto a la ventana y comprobó que un trozo de la moqueta estaba despegado. Pegó un tirón seco y lo levantó como una tirita mojada. Depositó los explosivos y volvió a extender la moqueta en el suelo. Después puso encima las tupidas cortinas de la ventana y colocó una silla para que nadie pisase esa zona de la habitación. Se alejó dos pasos y quedó satisfecho. Nadie podía percatarse de que en ese rincón se escondía un chaleco de explosivos. Además, no era una zona natural de paso. Quedaba libre de los zapatos de tacón del cuarenta y cuatro de Eugene.

Se tocó la frente llena de sudor. El cupo de mala suerte lo tenía completo. Estaba harto de niños, de bebés y de compañeros de habitación. Miró por la ventana y el reflejo de un cielo gris color antracita le comunicó la enésima mala noticia del día: no dejaría de nevar. La noche estaba cayendo y se sentía incapaz de proseguir en ese limbo suicida. Esperando. Esa misma noche, después de cenar, saldría a buscar nuevas instrucciones de los Mártires. Necesitaba, deseaba que alguien le diese permiso para morir.

DOCE

Los dedos ligeros y ágiles del anciano arrancan del viejo piano de cola del hotel Limbads sonidos moderadamente afinados. Es la hora de la cena y el menú no se distingue precisamente por figurar en la *Guía Michelin*. Tampoco sus habitaciones son las más lujosas y limpias, ni sus empleados los más diligentes, pero los noventa y dos pasajeros que soportan el monacal encierro no tienen opción hasta que el temporal amaine.

El menú para la cena está compuesto de dos platos (sin posibilidad de elegir otros). De primero, crema de calabacín. De segundo, redondo de ternera con guarnición de guisantes que presentan un verde chillón artificial. Postre: tarta de manzana con un copete de helado de vainilla a medio derretir. El café no entra en el menú acordado con la compañía aérea y se paga aparte.

Los pasajeros se distribuyen en las mismas mesas que por la mañana. Existe una especie de seguridad en la repetición que hace que la mesa y la silla ocupada en el desayuno se convierta en algo propio. Una manera de ubicarse en ese mundo ajeno y nevado.

Eugene se sube al escenario y coge el micrófono. Mira a los pasajeros afanarse en los primeros platos. Tiene preparada una pequeña actuación para amenizar la cena.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un cementerio? ¡Qué digo...! He visto cementerios más animados, pero no se preocupen, tengo un remedio. Calienten las manos..., peguen los culos a las sillas, olvídense de la nieve y la crema de calabacín. Con ustedes los innombrables, tan famosos que no tienen nombre artístico aún..., les presento al dúo imposible.

Nadie ha elegido a Eugene como animador del grupo, ni siquiera se lo agradecen, pero ahí está. En el centro del escenario intentando hacer la vida de la gente un poco mejor. Cuando el anciano hace un gesto con la cabeza, da entrada al escenario al novio que lee a Stephen King y a mamá July, que entran cantando juntos. Las risas del público del comedor son generalizadas. Un alivio entre tanto libro de reclamaciones y quejas que acabarán traspapeladas.

Mamá July, ataviada con una especie de túnica a lo ABBA, que no es otra cosa que una sábana, y el novio, con un vestido de lentejuelas robado a su esposa, entran ejecutando una poco ensayada coreografía de claqué y se arrancan con una versión casera de *Money Money*, de Cabaret. Probablemente ni Liza Minnelli la hubiese reconocido, pero la canción y el histrionismo de la extraña pareja sobre el escenario son un pequeño alivio cálido en esa noche fría y ventosa.

Algunos tararean el estribillo de la canción, otros siguen el ritmo con los pies o

golpeando los tenedores contra las mesas. Nancy, sentada en la mesa más cercana al escenario, sostiene al bebé en el regazo, a su lado los niños, Oliver y Alex, miran divertidos bailar a su madre sobre el escenario. Alex no puede parar de reír. Aunque no oye la música, disfruta viendo a su madre. Hacía meses que mamá no estaba tan feliz, tan radiante. Cuando vivían con papá, siempre estaba enfadada y miraba por la ventana deseando estar a miles de kilómetros de casa. Hoy es diferente: mamá vuelve a ser ella.

Slatan, ajeno a todo, cena solo en una esquina del comedor. Hasta el último momento estuvo pensando en no acudir a la cena. Pensó en encerrarse en la habitación y no bajar. Cuando volviese Eugene se haría el dormido y unas horas después amanecería y todo habría acabado. Pero después lo había pensado mejor. Eugene era inasequible al desaliento y tomaría represalias emocionales. Si no bajaba a cenar, el representante de zapatos subiría a la habitación con una bandeja de comida. «Como no sabía si carne o pescado, te he subido los dos». Incluso puede que pidiera al cocinero un menú especial para su compañero de habitación. Empezaría a especular que no había bajado al comedor por encontrarse enfermo. Aunque Slatan lo negase. Aunque le intentase demostrar que no estaba enfermo, el representante de zapatos no cejaría. Es posible que acabara avisando a algún médico para que lo atendiese en la habitación. Para que le recetase algún antibiótico bajo cuerda. Las consecuencias de no bajar a cenar en la actitud solícita y exagerada de Eugene eran imprevisibles. Un efecto mariposa que podría acabar con una decena de personas visitándolo en la habitación.

El terrorista se concentra en el redondo de ternera. La carne está tan tierna que no es necesario el cuchillo para separar la carne. Se desmenuza en girones pequeños. No tiene hambre, pero se obliga a comer. Mastica cada bocado diez, doce, trece veces. Concentrado en no levantar la mirada hacia el escenario lleno de luz y vida. Concentrado en golpear los molares contra los premolares y los incisivos contra los caninos. No quiere pensar en nada. Se rasca la cabeza y la barba. Nunca había tenido el pelo tan largo y descuidado. Su mamá se enfadaría si lo pudiese ver. Mamá Kosla defendía las camisas por dentro de los pantalones, los cuellos almidonados y el pelo con la raya a un lado. El derecho para ser exactos. Qué lejos parecía ahora mamá de aquel comedor en mitad de la nada. Cuánto daría porque mamá lo riñese por su aspecto descuidado, lo condujese al porche y le lavase y le cortase el pelo. Pero eso no volvería a suceder. Mamá descansaba a cuatro pies de profundidad en una tumba podrida por el frío y la humedad. Un recuerdo arqueológico enterrado en un ataúd de segunda. Donde ni Google Earth la podría fotografiar.

Cuando terminan de cantar, el novio y mamá July se dan un abrazo y saludan al público con una reverencia excesiva y teatral. El comedor se llena de aplausos y silbidos. Slatan levanta la cabeza y se topa con los ojos de Nancy al otro extremo del comedor. El karadjo aparta la mirada y se esconde en su pequeño búnker de ternera y guarnición de guisantes. El público continúa con la ovación y se acaban poniendo en

pie. Como si en lugar de encontrarse en un comedor de tercera de un hotel perdido en mitad de la tempestad, estuviesen en la Scala de Milán viendo *Il trovatore*. Eugene sale al centro del escenario con el micrófono ejerciendo de nuevo de maestro de ceremonias. El tono de su piel es rosáceo y su respiración apresurada, como si hubiese estado bailando detrás del escenario.

—Muy bien, hijo..., ya entiendo por qué en tu boda nadie gritó... «¡que canten los novios...!».

Más risas. Buen rollo.

—¿Quién es el siguiente? Vamos, chicos, me quema el micro en las manos..., tengo los zapatos llenos de *swing*... ¿Quién se anima?

Eugene se coloca la mano a modo de visera para que no lo deslumbren los dos focos que iluminan precariamente el centro del escenario y escruta el patio de butacas. Las caras sonrientes de los comensales componen una postal familiar y cálida. Eugene acaba por reconocer a Slatan en el rincón.

—¡Slatan, compañero! Venga, arráncate, es imposible hacerlo peor que la pareja anterior. ¿Por qué no cantas algo de tu tierra, de Rusia?

Al escuchar *Rusia*, Slatan, instintivamente, levanta la cabeza, mira fríamente a Eugene y sus ojos oscuros y líquidos se sumergen aún más en las cuencas de su cara. Como dos topos asomados en el precipicio de una cueva infinita. Ochenta cabezas se vuelven hacia él. Ciento sesenta ojos escrutan su cara. Si su plan era pasar inadvertido cenando solo en esa esquinita del comedor, está claro que no lo ha conseguido. Eugene continúa.

—Venga, chicos, vamos a ayudarlo. Hay que calentar el ambiente. —Y mirando al anciano, que está frente al piano, comienza a entonar—. *Ka ka lín... ka ka lín...*

El pianista cabecea. No le parece una buena idea, pero inicia las primeras notas de la tonadilla clásica rusa y todo el comedor se arranca cantando y dando palmas.

—*Ka ka lín... ka ka lín...*

Lo hacen como deferencia con ese solitario viajero ruso. De la misma forma que a un francés le hubiesen cantado la marsellesa o a un español le hubiesen vitoreado los «oles» de una plaza de toros. El *ka ka lín* coge velocidad y corralidad al ritmo de las palmas de los presentes y los golpes en las mesas. Todos cantan. Eugene, con la boca pegada al micro, es al que más se oye. Enfebrecido. Infantil. Nancy observa sin cantar, sin dar palmas ni reírse. Algo en la arquitectura facial de Slatan le transmite desasosiego. La nariz, la frente, los pómulos, las manos conforman un laberinto lleno de aristas que la hacen estremecer.

Tras unos segundos interminables de ruido ensordecedor, Slatan se levanta, evita mirar a los pasajeros que se hacinan en las mesas y sale del comedor precipitadamente. La expresión confusa de su cara es la misma que la del niño de preescolar el primer día de clase. La del nudista sorprendido detrás de una duna.

El anciano improvisa el final de la canción en el piano y todos aplauden divertidos. Lo único que han creído presenciar es a un ruso vergonzoso escapando

apresurado del comedor. No sospechan que, a través de los ojos de Slatan, las risas y los aplausos se traducen en una epifanía sonora de muerte. No sospechan que esa podría ser la última noche de sus vidas.

Eugene no acusa el mutismo de su compañero de habitación y sigue ejerciendo de maestro de ceremonias.

—¿Os he contado que mi padre vendió un par de zapatos a Frank Sinatra?

Silbidos de cofia y varias voces gritan divertidas: «mentiroso», «no me lo creo».

—Os lo juro..., tengo fotos que lo prueban. En Las Vegas, en 1968. Frank los quería con alzas, estaba traumatizado con su altura... porque en el escenario Dean Martin era más alto que él.

Mientras tanto, Slatan atraviesa nervioso la recepción y desemboca en un pequeño bar, en el ala contraria al comedor. El local, con una disposición funcional y práctica, tiene una barra de roble barnizado en la esquina. En la pared opuesta, una chimenea crepita con dos leños encendidos. Junto a la pared, cuatro taburetes tapizados de rojo. Encima de las mesas brillan velas encendidas componiendo un escenario tranquilo y acogedor. Una televisión en una esquina emite la información meteorológica. El camarero, un joven con el cuello de la camisa desgastado, seca vasos detrás de la barra. A través de la ventana se ven caer gruesos copos de nieve.

Slatan se sienta en un taburete. Solo, concentrado. Cuando se acerca el camarero, le indica con la mano que no desea tomar nada. Aunque desearía un montón de cosas. Desearía acabar con todo de una vez. Subir a su habitación, adosarse el chaleco y explotar. Desearía que el retraso no lo hubiese encerrado en ese maldito hotel. Desearía refugiarse de nuevo en la frialdad de las salas de espera. Esas orografías construidas para transmitir asepsia: la sala de espera del aeropuerto, de los dentistas, de los despachos de abogados, los bancos y los tanatorios. Lugares donde la gente no se conoce, no tiene amigos y solo caben conversaciones protocolarias y vacías. Desvitalizaciones, subrogaciones de hipotecas o elecciones de ataúdes.

El camarero, ajeno a todo, continúa secando vasos con gesto aburrido. Los dos miran la nieve espolvoreada más allá de la ventana.

—No parece que mañana vaya a salir ese avión. No queda más remedio que tener paciencia.

Slatan no contesta, se levanta y sale del bar. «Otro pasajero ansioso por coger el avión y volver a casa», piensa el camarero mientras seca el último vaso de tubo.

Slatan sube a su habitación, se sienta en la cama y comienza la liturgia de todas las noches. Se quita los zapatos de rejilla y los coloca en paralelo con la cama, debajo de la mesilla. Saca del bolsillo su pasaporte, el pañuelo, unas monedas, una cartera de bolsillo vieja y raída y lo va dejando todo minuciosamente colocado en un orden aparente encima de la mesilla. Como si la pulcritud de ese pequeño universo de objetos cotidianos fuese la única área de control a la que no renunciase. Después se quita la camisa y la coloca encima de la silla. Se rasca la cabeza y la barba con violencia. Nunca le ha picado tanto el pelo. Tampoco lo ha tenido nunca tan largo, tan

sucio. Apaga la luz y se tumba en la cama. Los brazos reposando sobre el pecho, el mentón recto, los pies en paralelo. La misma posición que tenía su papá la última vez que lo vio en el cementerio de Gôlubev. Segundos antes de cerrar el féretro.

Al momento suena la puerta y entra Eugene en la habitación. Arrastra un vaho de sudor concentrado que lo inunda todo. Como el resquemor que se acumula en la cocina después de freír un filete de ternera. Viene excitado y sonriente. Todavía susurra algo entre dientes. Una melodía pegadiza. Se acerca a dos palmos de la cara de Slatan y le susurra.

—¿Estás dormido? Lo hemos pasado genial, al final hemos cantado todos juntos, ¿estás dormido?

El karadjo permanece inmutable con los ojos cerrados. Eugene acaba entendiendo que está dormido. Con cuidado, le tapa con el edredón de la cama. Como haría un padre con su hijo. Después se va al baño.

Slatan permanece unos segundos sin moverse. Con los ojos cerrados. Hay una especie de comunión general entre los pasajeros que se transmite a través de las paredes y las rejillas abiertas de la ventilación. Slatan escucha cómo llora el bebé de mamá July en la habitación de al lado. Sin querer recrea mentalmente lo que está ocurriendo a escasos tres metros: mamá July ha cogido al bebé de la cuna de viaje. Lo aprieta contra su pecho y el bebé comienza a aspirar leche materna. Cálida y placentera. El llanto se relaja y se convierte en un mantra de placidez casera. Mamá July empieza a tararear una nana. Slatan siente que su cuerpo se embalsama, por primera vez desde hace doce años, de paz.

El momento se diluye en ondas concéntricas al escuchar la cadena del váter y sentir a Eugene salir del baño tropezando con el bidé y la puerta. Viste camiseta interior y tirantes. Al pasar junto a su cama, da una patada a los zapatos de Slatan, que pierden la rigidez militar que los alinea bajo la cama. Por supuesto, Eugene no se da cuenta. Su caminar de paquidermo lo conduce directamente al colchón de ochenta cubierto con un edredón de estampados florales. Suspira de forma infantil y se deja caer pesadamente. Coge el mando de la televisión y zapea de forma indiscriminada. Los pantallazos confunden líneas argumentales de películas, documentales y teletiendas. El representante de zapatos de mujer tarda dos segundos en dormirse, dejando el sonido del monitor flotando en el aire. En la televisión, un presentador mira el mapa del tiempo intentando desentrañar el caos atmosférico que lo rodea: «El temporal se ha intensificado en las últimas horas con un frente polar de bajas presiones. Se esperan mínimas de veinte grados bajo cero acompañadas de fuertes ventiscas y nevadas, al menos durante los próximos cuatro días».

En mitad del parlamento, Slatan se incorpora y mira la pantalla luminosa de la televisión. Un mapa lleno de símbolos de nieve, temperaturas mínimas y fuerzas del viento se extiende ante sus preocupados ojos. Como si tuviese que confirmar la previsión meteorológica metiendo los dedos en las heridas abiertas de Cristo, se acerca a la ventana y la abre. Un viento gélido acompañado de nieve se cuelga en el

interior de la habitación. Eugene no se entera. Ronca sonoramente. El hotel se podría caer encima de su cabeza y el representante de zapatos seguiría durmiendo. Un tsunami se podría llevar por delante medio país y él seguiría durmiendo.

Por primera vez, Slatan se encuentra desarbolado y huérfano. ¿Cómo va a escribir su nombre entre los mártires del pueblo karadjo si no puede sacrificarse? ¿Si no le permiten marcar el camino de la opresión rusa con su propia sangre? Incluso un atentado fallido era mejor que la indolencia de la espera. A la frustración de la pasividad. De pronto piensa algo que le serena. Toma la única decisión que a un terrorista suicida le puede devolver la paz.

Decide precipitar su muerte.

TRECE

Frío. Oscuridad. Son las tres de la mañana y a través de la ventana solo se distingue la piel amoratada del suelo cubierto de una epidermis pálida. Eugene ronca a un metro, con la boca abierta. Con la nariz abierta, con la garganta abierta. Como esos centros comerciales sin puertas ni horario de cierre. Los ciento cuarenta y dos kilos aparecen desparramados. El cuerpo es demasiado voluminoso para un colchón de ochenta de ancho por uno ochenta de largo. Slatan se incorpora de la cama como un gato. Atento a cualquier ruido, alerta. Levanta con cuidado el sarcófago de moqueta y silicona sobre el que oculta el explosivo. El chaleco duerme una calma tensa y seca. Centenares de cadáveres hibernan en los doce compartimentos de amonal hasta que la nieve remita. Millones de gusanos aletargados en espera de germinar en los cuerpos destrozados y fríos de los trescientos treinta y dos pasajeros. Fracciones humanas mal etiquetadas y mezcladas en una promiscuidad mortuoria y definitiva. Ataúdes improvisados y confundidos transportados en los compartimentos de carga. Féretros golpeados en las esquinas y con el barniz levantado. Los empleados de pista se sorprenderían por lo livianos que resultarían al transportarse. Al fin y al cabo, los cuerpos carbonizados y desecados pesan poco y crujen como cortezas de cerdo calentadas a la barbacoa.

El karadjo sale al pasillo. Todo está vacío y silencioso. Baja al vestíbulo desierto de pasajeros y toca el timbre que hay sobre el mostrador de recepción. Dos minutos después, Vladimir, un recepcionista soñoliento de veinticuatro años, aparece por el pasillo deslizándose sobre las ruedas de una silla giratoria que se acaba estrellando con el mostrador. Cuando ve a Slatan, se frota los ojos e intenta sonreír. El sueño solo le permite intentarlo.

—Déjeme adivinar..., no está de vacaciones, le han cancelado el vuelo por la tormenta de nieve y se ha visto atrapado aquí, ¿no?

El chico bromea, probablemente lleva más de cinco horas sin charlar con nadie, aburrido y deseando que el turno de noche acabe de una vez. Pero la cara de Slatan no transmite sentido del humor, ni complicidad, ni buen rollo. La expresión de su rostro es un crucigrama imposible de descifrar. Donde las columnas verticales no coinciden con las horizontales y donde sobran letras y palabras enteras.

Vladimir se tensa al instante. No quiere problemas, sabe que muchos pasajeros están de los nervios y no quiere aparecer en el libro de quejas del hotel Limbads. La renovación semestral de su contrato depende en buena medida de no aparecer en ese libro de reclamaciones.

—Era el chiste de las tres de la mañana, perdone. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Dónde está la cabina de teléfono más cercana?

El retraso del avión obliga a Slatan a ponerse en contacto con Huvlav y los Mártires de Instalood. No ha sido un retraso de unas horas. La tormenta de nieve durará varios días y no sabe qué demonios tiene que hacer con los doscientos cincuenta gramos de amonal que tiene escondidos en una esquina de su habitación. ¿Cuál es el siguiente paso? Su problema no es que lo hayan descubierto. En ese caso tiraría del cordón y acabaría con todo. Su problema es que la maldita nevada lo ha retrasado todo, y quiere saber si el plan sigue adelante.

—¿Una cabina? Señor, disponemos de teléfono en el hotel. Lo tiene ahí, junto a la esquina, antes del comedor. Si lo desea, puede hablar desde la habitación marcando el cero.

—No, necesito una cabina pública..., ¿dónde está la más cercana?

El recepcionista lo mira limpiándose las últimas legañas. En realidad, él no debería estar ahí. La semana pasada había tenido turno de noche y esta le tocaba librar. Le había prometido a su novia, Alina, que la llevaría al Festival Rave de Strainch. «Dos días con la mejor música disco de Moscú», rezaba el cartel. Pero la nevada y el frío lo habían echado todo a perder. Estaban incomunicados en aquel maldito hotel. Y encima, lo tenían a tope, a reventar de pasajeros de Air Moscú enfurruñados e irascibles.

—¿Una cabina pública? Pero... ¿ha echado un vistazo ahí fuera, amigo? Hay más de treinta centímetros de nieve. La cabina pública más cercana está en Pletb, a doce kilómetros de aquí.

—¿En qué dirección?

Vladimir no sabe si el tipo que tiene delante es un idiota o no entiende bien su idioma. Repite el concepto vocalizando muy despacio.

—Pletb está a doce kilómetros, bajando la carretera principal, a la derecha. Pero las carreteras están cerradas y nadie va a llevarlo hasta el pueblo. Tendría que ir andando y estamos a veinte grados bajo cero. Es imposible, sería un suicidio. Sin embargo —añadió sonriendo, comprensivo—, dispone de un teléfono para usted solito a ocho metros. Antes del comedor.

—¿A qué hora comienzan los desayunos?

Vladimir piensa: «Por fin este idiota ha entendido lo que le decía sin que se lo tuviese que deletrear o escribir en un *post-it*».

—A partir de las siete de la mañana, señor.

Son las tres y diez de la mañana y el comedor lo abren a las siete. Tiene un margen de tres horas para bajar al pueblo, encontrar la cabina, pedir instrucciones y volver a su habitación antes de que Eugene se levante y empiece a preguntar a todo el mundo si han visto a su compañero de habitación, el representante de productos farmacéuticos ruso.

—Junto al teléfono tiene una máquina con chocolatinas y bollos si tiene hambre —añade el recepcionista solícito.

—No tengo hambre.

La cabeza de Slatan funciona con rapidez. No es idiota, los zapatos de rejilla que calza le pueden hacer pasar por un representante de productos farmacéuticos, pero no le servirían para andar sobre la nieve. Antes de veinte minutos se le habrían congelado los pies. Lo había visto muchas veces cerca de su casa, en el pico Larka, de tres mil metros de altura, a ochenta kilómetros de Instalood. Allí se solían reunir montañeros a pasar fines de semana escalando, pero siempre había algún alpinista principiante o temerario. El final siempre era el mismo. Dedos morados y seccionados como higos pasados de temporada. Narices hinchadas que se desprendían como hojarasca. Orejas, uñas y muñones seccionados. Pupilas quemadas por el frío. Venas reventadas. Veinte grados bajo cero no podían tomarse a broma.

Slatan zanja la conversación con Vladimir y sube por las escaleras camino de la habitación. Deja al recepcionista preguntándose si le devolverán los treinta y dos euros que pagó por las entradas del encuentro disco. «Al fin y al cabo, seguro que se ha cancelado por la nevada —piensa—, vaya mierda de tiempo y vaya mierda de trabajo».

A medida que sube las escaleras, empieza a escuchar los ronquidos de Eugene, que se expanden por toda la planta del hotel como réplicas de un terremoto. El karadjo entra en la habitación y coge la gigantesca maleta de su compañero de habitación. Abre la cremallera, que se atasca como si tuviese un trozo de ropa mordida, y rebusca entre las prendas XXL y los objetos protocolarios de un representante: maquinillas desechables, colonia en envase reducido, desodorante, clínex.

Siguiente compartimento: corbatas sucias, calcetines, un par de gemelos. Por fin encuentra lo que busca, unas botas. No son impermeables, pero tienen unas suelas de goma lo suficientemente gordas para poder pisar la nieve y mantener la temperatura de los pies. Después acude al armario y coge dos almohadas. Rasga la funda y extrae el relleno de gomaespuma. Abre dos botones de la camisa por la parte de arriba y se distribuye el relleno por el torso, la espalda y el abdomen. Después se abotona la camisa hasta el cuello. Se coloca el impermeable y sube la cremallera. Acaba de fabricarse un forro polar casero. Después, hace girones los restos de las fundas de almohada y se envuelve las manos, la nariz y los tobillos.

Slatan sabe que la circulación de la sangre es lo que hace que los miembros conserven el calor y no se congelen. Los dedos de los pies suelen ser las primeras extremidades atacadas. Invierte veinte minutos en recubrir cada dedo con una mortaja de tela cuarteada. Eugene sigue roncando en la cama de al lado. Si el representante de zapatos de ciento cuarenta y dos kilos se despertase en ese momento, no sabría qué historia le contaría. No sería fácil inventar un relato plausible que justificase su indumentaria. «Verás, padezco de insomnio y he decidido darme un paseíto hasta el pueblo. Sí, ya sé que estamos a veinte grados bajo cero. No te preocupes, vuelvo enseguida, sigue roncando».

Antes de salir de la habitación, el espejo del baño le devuelve un reflejo grotesco y extraño. Un hombre remotamente parecido a él se yergue en mitad de la habitación. Abridamente precariamente con trozos de ropa atada al cuerpo y una manta que le cubre los hombros. En la oscuridad de la habitación, la silueta parece una mezcla de *clown* y escalador. Como las fotografías que publicaba la revista *High Mountains*. Retratos de Reinhold Messner, en blanco y negro, minutos antes de afrontar el Karakórum acompañado por una docena de *sherpas* nepalíes. Con las narices enrojecidas por el frío y livianos vestidos de pana que empaquetan sus cuerpos temblorosos.

CATORCE

Vladimir, el recepcionista, no ve salir a Slatan por la puerta del hotel, de haberlo visto, probablemente hubiese avisado a la policía, o a la URAM (Unidad de Rescate de Alta Montaña). Les hubiese contado que un tipo con barba cerrada y complexión atlética había perdido la chaveta. Que se había lanzado a la montaña envuelto en harapos y calzado con unas botas de travesía. A veinte grados bajo cero en busca de una cabina de teléfono. Que debía de estar mal de la azotea, porque en el hotel había teléfono. Él mismo se lo había mostrado. Y también una máquina con chokolatinas y bollos con nata. No tenía sentido. Ese tipo debía de estar majara. Tenía acento extraño y cuando le hablaba no parecía escuchar. Lo encontrarían congelado en algún kilómetro de la carretera que llega a Pletb.

En lugar de eso, Vladimir continúa recostado en una silla giratoria de escay negro, en el quartucho trasero de recepción, con los ojos clavados en el canal 5. En ese momento emiten el *reality Survivor* donde un concursante, diseñador de moda, intenta pescar un pez en una playa desierta del Caribe valiéndose de una lanza de madera hecha por él mismo. El diseñador, muerto de hambre, lanza el palo afilado una y otra vez al agua sin conseguir trinchar el pez. Debía de tener más destreza para enhebrar agujas, pensó Vladimir.

Slatan descubre, nada más traspasar el zaguán de entrada del hotel, que las advertencias del recepcionista Vladimir tienen sentido. Un puñetazo de frío ártico le golpea el cuerpo, la cara, las manos y los muslos. El aire en movimiento escuece como si estuviese compuesto de agujas. La sensación de frío es aún peor que los veinte grados bajo cero que marca el termómetro debido al viento helado que sopla. Slatan recuerda el río Spet, cerca de su casa. En verano se bañaba con los amigos en la orilla, el agua bajaba helada de las montañas, pero, de vez en cuando, entraban pequeñas corrientes algo más calientes. Bolsas de agua caldeadas en algún recodo del río. Eran pequeñas y su calidez duraba tan solo unos segundos, pero eran momentos únicos. Como mearte en la cama y sentir fugazmente la lívida y obscena calidez de lo prohibido.

El karadjo no pierde el tiempo y se lanza a correr campo a través hundiendo las piernas hasta más arriba de las rodillas. Sabe que el sudor del cuerpo se congela a los pocos minutos y su única oportunidad sería llegar de un tirón a la cabina en menos de una hora, hablar con Huvlav y volver lo más rápido posible.

Moverse.

Sin pensar.

Antes de que todas sus articulaciones se amoraten y comiencen la falta de

sensibilidad y la parálisis. Antes de que un berbiquí invisible astille las rótulas y los tobillos. No le asusta una gripe, ni una neumonía, ni siquiera las congelaciones de los miembros. Tan solo le asusta morir y no tener tiempo de cumplir su misión suicida. Resulta cómico: un suicida con miedo a morir.

Si alguien pudiera ver a Slatan jadeando a través del paisaje helado de Pletb, pensaría que está soñando. Nadie en su sano juicio se lanzaría a la montaña con ese tiempo del diablo. Las carreteras están cerradas, los aeropuertos clausurados, la vida paralizada. Ni siquiera las máquinas quitanieves funcionan. Tampoco los operarios estatales lanzan puñados de sal al asfalto. El mundo está amortajado de blanco bajo un metro de nieve y rachas de viento ártico. No hay estrellas y se intuye en el cielo un desfile de nubes en movimiento.

Una hora y cuarenta minutos después, Slatan entra en las calles desiertas y nevadas del pequeño pueblo de Pletb. En la calle principal, Rustam, las farolas se alinean en perfecta formación proyectando círculos de tenue luz sobre la nieve. En verano, miles de turistas rusos pasean por las calles y disfrutan de montañas rebosantes de pinos, prunos y betulas. En agosto, las calles se animan con la presencia de puestos que venden miel, mantecados y dulces. Ahora no tiene nada que ver con las postales bucólicas que adornan las cervecerías de Logov. A las cuatro y cincuenta y siete minutos de la noche, el pueblo es como la panza de una bomba nuclear, inhóspita y fría. De los tranquilos paseos por el empedrado, las risas, los helados de frambuesa y los conciertos de cuarteto de viento, organizados por el Ayuntamiento, en la plaza Lazkala no queda ni rastro.

Tarda tan solo ocho minutos en encontrar la cabina de teléfonos sepultada en una montaña de nieve. Una eternidad cuando estás a veinte grados bajo cero y la humedad del cuerpo se congela en segundos. Cuando intenta abrir la puerta de la cabina, un tope de hielo lo impide. Escava con las manos y la puntera de las botas hasta que consigue abrir la puerta atascada. Para cuando entra en el féretro helado, síntomas de congelación le recorren los brazos y los dedos.

Dentro de la cabina, no hace tanto viento, pero la temperatura no es mucho mejor. Uno de los laterales de cristal le devuelve un reflejo extraño y cómico. La saliva se ha congelado alrededor de la barba negra construyendo absurdas estalactitas transparentes que le caen a ambos lados de la cara. La imagen duplicada de Slatan le retrata gordo, envejecido y triste. Con los dedos ateridos de frío y sin poder controlar el temblor, coge el auricular del teléfono y se intenta calentar las yemas de los dedos para marcar los nueve dígitos que le facilitó Huvlav en el hotel Emperator, después de colocarle una bomba en el pecho y decirle que no habría ningún problema. Que todo estaba controlado.

No se ve a nadie por las calles. Tenues halógenos amarillos aportan los únicos signos de vida en un Pletb posatómico. Un pueblo muerto, en mitad de un mundo helado.

El cerebro de Slatan trabaja perezosamente. El frío le afecta también a la

coordinación léxica. Intenta ensayar la frase con la que abrirá la conversación y un ruido gutural y ronco le sale de la garganta. Le cuesta enhebrar las frases, articular las vocales. De todas formas, el mensaje está claro. Solo tiene una pregunta que hacerle a Huvlav:

«¿Cuándo?».

Si espera a embarcar de nuevo en el avión o, por el contrario, se hace estallar en el hotel Limbads. Sabe que no es lo mismo detonar la bomba en un hotel que en un avión. No habría veinte mil litros de queroseno ardiendo, ni sobrevolaría el centro urbano de Moscú, pero si todo iba bien podría matar a doce, quince, treinta pasajeros en el comedor, mientras desayunaban y untaban rebanadas de pan con mantequilla y apuraban zumos de naranja en polvo.

Busca las monedas en el bolsillo de su pantalón. Carece de sensibilidad en los dedos, así que tiene que usar toda su concentración para extraer una a una las monedas. Como esas máquinas que ocupan las esquinas en los bares de carretera donde un brazo metálico sobrevuela una montaña de peluches y se cierra en un conejo o un cerdito y cuando se levanta, el regalo cae irremediadamente. Cuenta las monedas: siete de veinte, cuatro de cincuenta y ocho de diez. Las apila meticulosamente encima de la caja del teléfono. Coge tres monedas y las echa en la ranura congelada. Aplica el auricular en el occipital y agudiza el oído. Un segundo, dos, tres...

De pronto, el teléfono devuelve la señal. Debe de sonar en alguna casa caliente, con calefacción de resistencia en los suelos y edredones de pluma en las camas. Un hogar con olor a huevos escalfados y rebanadas de pan con cereal. Slatan no puede esperar mucho. El sudor se congela alrededor de su cuerpo. Como una película de cuchillas de afeitar que se le clavarán en cada poro de la piel. Las articulaciones se convierten en cemento armado. Ineficaces y torpes.

Pero tres segundos después, los tonos de comunicación se cortan y la cabina se traga las monedas. Busca en la ranura la devolución, pero no cae ninguna moneda. Slatan respira controlando la ira. Exhalando un vaho de resignación. Vuelve a realizar el mismo proceso. Saca las monedas, las introduce una a una en la ranura del teléfono y marca el número. Cruzaría los dedos de no haberlos tenido congelados e insensibles. No puede tener tan mala suerte. No puede haber recorrido doce kilómetros a veinte grados bajo cero para que una cabina le trague las monedas. Es demasiado absurdo. Eso no le puede pasar a un terrorista suicida. No es una llamada al taller más cercano para decirles que vengan con la grúa, que ha reventado el radiador del coche al atropellar un corzo plantado en mitad de la carretera. No es eso. Es una llamada para decidir la vida o la muerte de trescientas treinta y dos personas.

La cabina de teléfonos no entiende ese tipo de disquisiciones: vuelve a tragarse las monedas.

Lo siguiente que ve Slatan son los nudillos ensangrentados. Una ola de ira le ha conducido a golpear insensatamente el auricular contra la cabina a modo de protesta,

de desahogo. Cuando consigue recuperar la tranquilidad, rasca de nuevo en el interior de sus bolsillos. Tan solo le quedan cuatro monedas de veinte céntimos. Insuficientes para hacer una llamada. La cabina se las ha tragado todas. Apoya la frente sudorosa contra el panel de dígitos. La ventisca no amaina fuera de la cabina. Slatan intenta recuperar el control de la situación.

Sale a la calle y avanza por la carretera. La ventisca le golpea la cara como proyectiles de marcha lenta. Pequeñas casas de montaña crecen a ambos lados. Al fondo, casi tapada por la nieve, distingue una vieja furgoneta Volkswagen. Avanza hacia ella, escarba en la nieve hasta despejar parcialmente la ventanilla del copiloto, busca una piedra y rompe el cristal con un golpe seco. El sonido se pierde entre las calles estrechas de Pletb. Mete el brazo entre los trozos de cristal y levanta el seguro de la puerta. Entra en el vehículo. Allí hace el mismo frío, pero está en un lugar seco. La tentación de quedarse sentado unos minutos, en lugar de volver a enfrentarse con la tormenta y los veinte grados bajo cero, es abrumadora. La atracción por el quietismo y la somnolencia es el principal enemigo de los alpinistas. Por eso encuentran plácidamente muertos a cientos de ellos. Con una tonta sonrisa de bienestar en las caras. El frío acaba transformando cada movimiento en dolor, cada músculo contraído en dolor, cada mínimo gesto en dolor. Slatan sabe que un minuto refugiado y aletargado en esa furgoneta lo acerca un pasito más a la muerte. No es todavía su momento. Tiene una misión que cumplir. Después, miles de mártires karadjos lo agasajarán en otro mundo. Los niños aprenderán su nombre en las escuelas, las mujeres tejerán bordados con su rostro. Y por fin podrá olvidar el olor de su madre esparcida, los helados de *stracciatella* de papá y, sobre todo, las manitas de su hijo acariciándole la cara.

No malgasta un segundo. El cuerpo empieza a advertirle que la congelación no tardará en acudir. Necesita monedas para volver a intentar la comunicación. Rebusca en el salpicadero. No encuentra nada. Sube por encima de los asientos delanteros y se asoma a la parte de atrás. Allí, entre monos de trabajo y botas llenas de barro seco, encuentra un capazo lleno herramientas: sierras, martillos, destornilladores, esquirlas de metal y tacos de madera. Por fin, en un hueco de la puerta del piloto, junto a CD de música folclórica, encuentra varias monedas desperdigadas. Es el último salvoconducto para hablar con Huvlav y pedirle instrucciones. De ese puñado de céntimos depende la vida de trescientos treinta y dos pasajeros.

Sale del coche y vuelve a la cabina. Esta vez mete las monedas con máxima delicadeza. Una a una. Un temblor espasmódico se ha adueñado de los dedos. Las yemas parecen trozos de lombarda. Moradas y rígidas. La congelación empieza a llamar a las puertas. Si creyese en Dios, Slatan rezaría. Suplicaría de rodillas que el teléfono público funcionase y pudiese hablar con Huvlav unos segundos. Tan solo necesita eso. Un intercambio breve de palabras para pedir instrucciones y dejar bien claro que la causa karadja sigue siendo su causa. La cancelación del vuelo no ha socavado lo más mínimo su determinación heroica. Y el recuerdo de cientos de

mártires políticos lo alienta a seguir. Tan solo necesita saber cuándo.

Pero las cabinas no entienden de causas ni de héroes.

El teléfono emite un ruido de garganta metálica y se traga las monedas de nuevo. Si no fuese por la desesperación, a Slatan le hubiese parecido gracioso. La típica anécdota que cuentas entre pintas de cerveza espumosa en la barra de Katnetg, junto a la estación de Kelvatz. «Tenía las pelotas congeladas y la puñetera cabina se traga los cuarenta rublos con quince, ¿os lo podéis creer?». Después hubiesen llegado las risas, las rondas de cervezas, los cigarros sin filtro, las bravuconadas. Pero no está en Katnetg. Está en mitad de un pueblo glaciario y con un chaleco de explosivos escondido debajo de la moqueta. Está desesperado, quiere arrancar de cuajo la cabina, pero en lugar de eso, cuelga el auricular tranquilamente. No serviría de nada volver a destrozarse los nudillos.

Derrotado por una cabina averiada, sale a la calle y mira hacia el cielo. La nieve espolvorea su cara y lo obliga a entornar los ojos. Pequeñas caricias gélidas le rozan la frente. De pronto, repara en los cables que sobresalen por el techo de la cabina de teléfonos. Da unos pasos para atrás y sigue la dirección de los cables de teléfono que desembocan en una casa. Es una construcción de madera con los techos casi verticales. Las ventanas están protegidas con un enrejado de metal y postigos de madera. Cuatro escarpías clavadas en los extremos las aseguran para que el viento no los haga golpear contra los marcos de la ventana. Es la última esperanza de Slatan. Que en aquella casa haya un teléfono que funcione.

Piensa en la cara que pondrían los inquilinos si llamase a las cinco y media de la mañana a su puerta. Les podría saludar cortésmente, disculparse por la hora y contar su historia: «Soy un terrorista suicida y necesito hacer una llamada urgente para que me digan si destrozo la vida de cientos de pasajeros en el comedor del hotel, o me espero a volver al avión y aprovecho los veinte mil litros de queroseno. ¿Le importa que use su teléfono?, la cabina está rota, me lleva tragando monedas toda la noche. Será un momento. Por cierto, tiene una casa preciosa».

Vuelve a la camioneta. La nieve ha empezado a colarse por la ventanilla y cubre el asiento del copiloto. Rebusca en el maletero y encuentra el gato. Vuelve a la casa y lo coloca entre los barrotes de la ventana. Después de diez minutos consigue doblarlos lo suficiente para que su cuerpo quepa por el hueco. Con el extremo metálico del gato golpea el cristal y lo rompe. Escucha un minuto. Dos. Silencio. El ulular del viento entre las calles. El silencioso siseo de la nieve al arrastrar una barriga de agua congelada por los caminos. Entra por la ventana.

La casa tiene una decoración rústica. Cuernos de ciervo y animales disecados decoran los rincones y las paredes. Un aparador blanco ocupa todo el frontal. En la otra pared, una chimenea de piedra aporta un toque cálido a la habitación. Una montaña de leños se apila junto a la chimenea. Dentro de la casa nadie parece haber advertido el sonido. Quizá esté vacía. Quizá sea la segunda vivienda de un ruso, ingeniero de Microsoft y aficionado al golf, encantado de tener una tranquila casa de

campo para primavera. Quizá los postigos estuviesen abiertos por casualidad, por descuido.

Slatan busca por las mesas del comedor hasta que encuentra el teléfono. Se sienta en el suelo y comienza a marcar. De pronto, nota una respiración húmeda y agitada a su derecha. Se gira muy lentamente con el teléfono en la mano y encuentra, a cuatro centímetros de su cara, la boca oscura y líquida de un pastor alemán que lo observa fijamente. El perro no parece sorprendido ni agresivo. No le extraña la presencia de un hombre a las cinco de la mañana en la casa de su dueño. Inclina el hocico hasta el suelo, escarba junto a la pila de maderos y extrae una pelota de tenis. Menea el rabo, gime de forma lastimera y deja la pelota a los pies de Slatan. Después, da dos pasos hacia atrás y aguarda inquieto y feliz a que el karadjo le lance la pelota. El terrorista mira desconfiado al perro.

Al fondo del vestíbulo hay una bandeja con fruta fresca. Al ingeniero de Microsoft le debió de sorprender la nevada en casa. Estará dormido en la planta de arriba. Bajo una manta térmica y maldiciendo el día que su mujer lo convenció para comprar una casa de montaña. «¿Te imaginas?, una casita pequeña con un jardincito y una barbacoa en la esquina. Ideal para escapadas de fin de semana».

Slatan ignora al animal y marca el número de teléfono que le dio Huvlav. Tan solo necesita un par de minutos. Después simulará un robo. Rebuscará en un par de cajones y se llevará lo que encuentre. Algún reloj o baratija que le quepa en los bolsillos. Una excusa para que nadie pueda sospechar que alguien entró a llamar por teléfono y salió sin llevarse nada. Resultaría extraño que un hombre se colase en mitad de la noche, a veinte grados bajo cero, hiciese una llamada y se perdiese de nuevo en la noche. Un policía de Pletb podría comentar el extraño caso con la jefatura de Moscú y allí alguien se daría cuenta de que nadie en su sano juicio forzaría la ventana de una casa en mitad de una tormenta de nieve polar para llamar por teléfono. Que igual existía una razón oculta en esa llamada. La rastrearían y empezarían a completar un puzle de intenciones que podría acabar en el fracaso de su misión terrorista.

Cuando suena el primer tono en el teléfono, el pastor alemán, plantado frente a él, hace una extraña cabriola en el aire y ladra tímidamente. Un ladrido de advertencia. Acerca el hocico a la pelota que está en el suelo y la empuja. Quiere que Slatan juegue con él. Que lance la pelota. Slatan mira desconcertado al perro sin saber qué hacer. Alguien contesta al otro lado del teléfono. El perro amaga una carrera, menea el rabo y ladra de nuevo. Slatan, para evitar que el perro despierte al dueño de la casa, lanza la pelota al otro lado de la habitación. El perro, feliz, va a por ella.

Slatan procura focalizar su atención en el teléfono. Aprieta el auricular contra su oreja amoratada y helada. Una voz impersonal y neutra de contestador automático suena al otro lado.

—No estamos operativos. Si quieres dejar un mensaje, espera a que suene el pitido.

Slatan no se lo puede creer, intenta articular, abrir la boca para que se le entienda, pero sin alzar demasiado la voz. Necesita instrucciones.

—El vuelo se ha retrasado por la tormenta de nieve. ¿Qué hago? ¿Espero a embarcar de nuevo o...?

El perro vuelve con la pelota antes de que pueda acabar la frase y ladra reivindicando continuar con el juego. Slatan, contrariado, vuelve a lanzar la pelota. Tiene miedo de que los ladridos le descubran. El perro, feliz, sale tras la pelota.

Se concentra de nuevo en el mensaje, pero en ese momento, la grabación del contestador se acaba. Ha tardado demasiado tiempo en hablar. Vuelve a marcar. Maldice en silencio. ¿Cómo puede ser tan idiota?

—... soy yo de nuevo, Slatan —aclara con vergüenza—, quería saber si me hago estallar en el hotel. Creo que puedo reventar a setenta u ochenta pasajeros si detono la bomba en el comedor, a la hora del desayuno...

La respiración de Slatan es agitada y titubeante. Le gustaría parecer tranquilo. No quiere que Huvlav piense que tiene dudas o que se arrepiente. Quiere dejar claro que va a por todas. Que sabe que no hay marcha atrás.

—Espero instrucciones. —Respira de nuevo—. Me alojo en el hotel...

Una vez más se corta la comunicación. El perro vuelve con la pelota mordida. Slatan se golpea la cabeza con el auricular. No puede parecer más idiota. ¿Qué pensará Huvlav cuando oiga los mensajes? ¿Qué pensarán sus *com-pa-ñe-ros*? ¿Que han dado el chaleco de explosivos a un retrasado mental? Lanza la pelota para quitarse al perro de encima y vuelve a marcar.

—Estoy en el hotel Limbads, cerca de un pueblo llamado Pletb. Si no recibo instrucciones por la mañana, me haré estallar en el desayuno.

Se queda un segundo callado. Quizá debería acabar el mensaje con algún tipo de grito patriótico. Una exhortación visceral. Cuando vuelve a abrir la boca para gritar: «¡¡Muerte a los rusos!!», el sonido opaco del teléfono le indica que la comunicación se ha cortado por tercera vez. Su grito no se ha grabado. Tendría que volver a marcar los nueve dígitos y gritar de nuevo la frase, pero sería ridículo. Quizá Huvlav se diese cuenta de que había dudado antes de gritar y por eso el mensaje se había acabado. Alguien podía identificar esa duda con una duda más amplia. Algo sobre su compromiso suicida. Finalmente, decide no llamar por cuarta vez y salir de esa casa cuanto antes.

Regresa el perro. Slatan amaga una patada que el animal confunde con la reanudación del juego. Lanza una tanda de ladridos secos y estentóreos. Los ladridos retumban en toda la casa. Después espera con su hocico a escasos centímetros de la pelota. Inquieto, lúdico. Segundos después, una luz se enciende en el piso de arriba. Un intercambio de voces soñolientas protestan por los ladridos, por la hora, por el frío.

—Me cago en el perro de las pelotas..., ¡son las cinco de la mañana!

—¿No te dije que lo dejases en la calle? Para eso tiene una caseta...

—Ya, ya...

—¡Pues sácalo fuera, por Dios...!

Se escuchan unos pasos alfombrados. Alguien baja las escaleras. Slatan se esconde detrás de un sofá de dos piezas. Tiene la boca pastosa, como si masticase una caja de gelocatiles. El empleado de Microsoft entra en el salón. Sobre el pijama de franela se ha puesto una pelliza con cuello de pelo. Sus gestos toscos y apresurados denotan una rabia apenas contenida. Coge el atizador de la chimenea y sin ver a Slatan busca al perro, que se refugia debajo de una mesa. Lo llama una vez. Dos. El animal presiente lo que va a suceder y se acurruca indefenso fuera del alcance del atizador. El ingeniero de Microsoft tiene una idea. Coge la pelota de tenis, se la enseña y la lanza improvisando un juego cruel.

—Sal de ahí, hijo puta..., que te voy a quitar las ganas de ladrar por la noche...

El perro, al ver la pelota botar sobre la alfombra de esparto, sale de debajo de la mesa iniciando un infantil juego de sumisión y reconocimiento. El atizador de la chimenea no tarda en corregirlo.

El primer golpe seco le golpea los cuartos traseros.

El segundo impacta en el hocico.

El tercero zumba en el aire.

El empleado de Microsoft no parece satisfecho aún. Una rabia ciega le impulsa a golpear alocadamente la mesa, el aparador, el suelo. El perro apenas gime. Con la pelota de tenis absurdamente aferrada en la boca esperando un juego que no llegará nunca. Finalmente, el informático consigue asir el collar del animal y lo arrastra con salvajismo por el pasillo. El perro arrastra las pezuñas por el parqué en una sorda resistencia. Abre la puerta de la calle, levanta el atizador por encima de la cabeza e intenta un último golpe de gracia. El perro tiene los reflejos suficientes para escapar antes de que el último gesto de calidez familiar le impacte en la cabeza.

La puerta se cierra de un portazo. Después los pasos alfombrados vuelven escaleras arriba y la luz se apaga con una última exclamación: «Joder, qué frío».

Dos minutos después, Slatan corre carretera arriba soportando bofetadas de agua helada en las mejillas. Son las seis y media de la mañana. Dentro de media hora comenzarán los desayunos en el hotel Limbads. Los pasillos, con litografías baratas de Tiziano en las paredes, se llenarán de pasajeros indignados por la terquedad de la tormenta, que parece recrudecerse.

Eugene levantará sus ciento cuarenta y dos kilos, mirará la cama de al lado y empezará a preguntar a todo el mundo si alguien ha visto a su compañero de habitación, el ruso. Tiene que darse prisa y volver antes de que el hotel entero se ponga en movimiento.

A dos kilómetros, cuando ya se distinguen las luces del aparcamiento del hotel, Slatan se detiene, se da la vuelta y descubre que el pastor alemán viene corriendo

detrás de él con la pelota de tenis en la boca. No puede perder el tiempo. Es demasiado tarde y hace demasiado frío. Intenta ahuyentarlo lanzándole una piedra. El perro hunde las patas en la nieve y salta, jugando. Una salpicadura de sangre en el hocico le recuerda su orfandad. Slatan reanuda la carrera, pero el animal lo sigue. Slatan se vuelve a detener, le quita la pelota al perro y se la tira lo más lejos que puede, colina abajo. Pero el perro no sale corriendo detrás de ella. Los dos se miran fijamente. El pastor alemán no quiere ir a por la pelota. Quiere un nuevo dueño que no lo maltrate.

El karadjo piensa en el dueño del perro. Por la mañana saldrá a la calle, silbará y lo buscará por el jardín. Se extrañará de no encontrarlo, tal vez sienta cierto alivio. «Al fin y al cabo, era un coñazo venir cada diez días a echar pienso al perrito. Mucho mejor así. Cuando en primavera me pregunte el vecino, le diré la verdad, que una mañana lo llamé y ya no estaba». Higiénico y exculpatorio. No hace falta que le cuente que disfrutaba pegándolo con un atizador en las costillas. Tan solo que un día desapareció. Después suspirará de forma compungida. «No fue culpa de nadie. Yo le tenía cariño, me lo regalaron de cachorro, pero los días de la famosa tormenta se escapó. No volvió, qué pena ¿Os he dicho que hemos comprado un yorkshire? Sí, mucho mejor. Muy cariñoso, aunque con genio, no te creas. Levanta dos palmos del suelo, pero no hay quien le tosa. El pastor alemán era demasiado grande. No se le podía tener en casa, le había dado por morder las patas de las sillas».

A Slatan le gustaría regalar algún billete de embarque al ingeniero de Microsoft para el vuelo de Air Moscú con destino Nueva York. Facturen en el mostrador veintitrés y no se preocupen por nada, los Mártires de Instalood se ocuparán de que tengan un vuelo confortable y corto.

El karadjo reinicia su carrera agujoneado por la congelación. Dentro de una hora amanecerá. Le duele la cara, siente los dedos hinchados y apenas le responden las piernas. Pero su cuerpo, ajeno al dolor, avanza de nuevo a través de la nieve.

Con la determinación del que no tiene nada que perder.

QUINCE

Slatan intentó explicar a mamá Kosla qué era Google Maps. Le contó que una empresa de informática había hecho millones de fotografías desde un satélite en todos los continentes. Después las habían juntado y las habían colgado en la red. Un mapa del mundo.

Mamá Kosla, con el pelo recogido en un moño y el mandil ribeteado de manchas de pastel de manzana, miró a su hijo atónita.

—¿Ahí se pueden ver todas las ciudades y todos los pueblos...?

—Todos.

—¿Y las casas y la gente... también?

—También.

Cogió su viejo Pentium, se conectó a Internet y le mostró Google Maps. Después buscó las coordenadas de su pueblo, Instalood. La imagen que resultó no tenía mucha resolución, pero se podía distinguir la parcela del señor Kaslala, la iglesia, el río. En el medio, mucho más pequeña, pixelada y sin márgenes, se podía intuir el sitio que ocupaba su casa desde hacía más de seis generaciones.

En la plaza del Ayuntamiento hasta se podían percibir pequeños puntos negros que parecían personas. Mamá Kosla se quedó boquiabierta.

—¿Y cuándo han sacado esas fotos?

—Pues no sé. Google Maps funciona desde hace unos años.

—Entonces, con ese invento, ¿se puede ver a papá?

Papá había muerto ocho meses antes y estaba enterrado en el cementerio de Gôlubev. Mamá Kosla no lo había acabado de digerir. Por las noches, seguía durmiendo en una esquinita del lado derecho de la cama. Dejando libre toda la zona de la izquierda, el sitio donde dormía papá. Un hueco vacío y ausente que jamás sería rellenado por nadie y que guardaba la forma ósea de su cuerpo. Como los fósiles marinos encontrados a cuatrocientos kilómetros del mar. Evidencias perdidas de un pasado que jamás regresará.

—No. No creo, mamá. Papá no aparece en las fotos.

Inmediatamente después, apartó el ordenador de un manotazo y se levantó indignada y blasfemando.

—¡Vernos desde el cielo! ¡Qué aberración! Debería ser una facultad reservada a Dios y punto.

—Mamá...

—Es un invento del diablo. ¿Esto lo conocen los rusos?

—Pues claro que lo conocen los rusos, mamá..., lo conoce todo el mundo.

—Pues reza porque cuando nos saquen fotos estemos bajo techo y a reguardo de su malicia... ¡Reza!

Mamá Kosla nunca más quiso asomarse a Internet ni a Google Maps. Un año después, el periódico de Instalood, *Nación*, filtró que el ejército ruso se valía de la vigilancia por satélite para organizar operaciones aéreas de combate en tiempo real. Así perpetraron los bombardeos de Seveirk y Zouland. Dos masacres con más de trescientas víctimas civiles. Slatan pensó que desde el satélite, y vistos por ordenador, parecerían puntos negros. Motas de polvo pequeñas e insignificantes. Sin pasado ni importancia. Una especie de videojuego donde matar y pasar de pantalla se realizaba desde la profilaxis de remordimiento y sangre. Sin sangre y sin dolor.

A pie de calle, junto a las víctimas desguazadas y amputadas, el videojuego se vivió de forma muy diferente. Así fue.

Cuando en la alarma del móvil de Eugene suena el *Himno de la alegría*, a las siete y media de la mañana del 12 de diciembre, Slatan piensa que este será el último despertar de su vida. En la habitación hace frío. Afuera, el viento sopla sin pausa. En el mástil del hotel Limbads, los ganchos de la cuerda que sujetaban dos banderas repiquetean un ritmo monótono contra el poste.

Un vaho sordo y madrugador sale de la boca carnosa del representante de zapatos. Boquea como un pez fuera del agua y tarda unos segundos en recopilar la información necesaria para ubicarse.

El frío, la nieve, el retraso.

Después se levanta rascándose el culo y mira a Slatan, que se despereza en la cama de al lado como si hubiera dormido toda la noche, aunque tan solo lleva acostado ocho minutos. Eugene se repasa el costillar con la mano, dolorido.

—¿Quién ha diseñado estos colchones? ¿Un faquir? Tienen más muelles que relleno, por Dios. Además, no se puede dormir en una cama de ochenta. Me caigo por los dos lados. La viscoelástica, Slatan, quédate con esto. Zapato de cuero y colchón de viscoelástica. Vivirás cien años.

El representante de zapatos mira su móvil y comprueba que no tiene mucha cobertura. Mira la mesa y ve el móvil de Slatan; cuando lo va a coger, el terrorista, con un movimiento felino, pone la mano sobre el teléfono. Eugene se queda un segundo desconcertado.

—Perdona..., no quería usar tu teléfono... ¿Tienes cobertura...? —Su tono es serio, casi triste—. Verás, hoy es 12 de diciembre..., una fecha importante para mí..., te puedes imaginar, el cumpleaños de mi hijo, Bobby. No pasamos por nuestro mejor momento... ¿Tienes hijos?

Un pasado olvidado cruza fugazmente el cerebro de Slatan. Respira hondo.

—Tuve uno. Está muerto.

—Lo siento...

Eugene mira a aquel hombre parco en palabras. Sabe que Slatan no quiere continuar con la conversación. Levanta el móvil cómicamente como si buscara conexión.

—... Y el móvil con una rayita de cobertura, que uno no sabe si está muerto o en coma...

Slatan zanja la conversación con sequedad.

—Mi teléfono no funciona...

—¿No funciona? Pues entonces el tuyo está muerto y el mío en coma. —Le señala su móvil—. Si lo necesitas, cógelo.

Después, cambia de actitud, como si recordase que su personalidad y sus ciento cuarenta y dos kilos lo arrastran a un mundo interior presidido por el optimismo. Se asoma por la ventana a la vez que se rasca la barriga. El paisaje nevado se extiende inmutable. Un rugido constante, como un vendaval, hace zumbir los cables que cuelgan congelados de los postes de electricidad.

—La leche..., qué frío hace ahí fuera. —Se dirige hacia el baño—. Espabila, Slatan, como se adelanten los chinos en el bufé, nos quedamos sin cruasanes, que son como limas...

Antes de desaparecer en el baño, se suena la nariz produciendo un sonido de tuberías atascadas. Slatan, hierático, sentado en el borde de la cama, se frota los pies entumecidos y amoratados. Todavía no ha recuperado la sensibilidad. Mira el reloj. Las siete y cuarenta minutos. Una cuenta atrás invisible se ha puesto en marcha para los huéspedes del hotel Limbads. Si esa mañana no recibe ninguna llamada de los Mártires de Instalood, se hará estallar en el comedor.

Eugene sigue hablando desde el baño. Su voz tiene el mismo efecto en su cerebro que el martillo percutor en la montaña. Horada sus entrañas sin misericordia.

—Odio la cortina de las bañeras. ¡Es asquerosa! ¿A quién se le ocurrió este invento? Se te pega al culo, y si se me pega a mí..., ¿a cuántos culos se ha pegado antes? La cortina culera...

El karadjo, sin hacer caso a las palabras de Eugene, se viste precipitadamente, abre la puerta y baja a recepción. Lleva la misma ropa que la noche anterior, más harapienta y arrugada. Un detalle que cada día lo diferencia más del resto de los huéspedes. Caras afeitadas y perfumadas. Con excedentes de vestuario y libres del fardo de la conciencia que tiene que arrastrar Slatan minuto a minuto.

La recepcionista, con dos divorcios a las espaldas y una custodia compartida, sonríe detrás del mostrador. Un nuevo tsunami de pasajeros cabreados y quejas arrastrará pronto esa sonrisa por los sumideros del hotel Limbads. Los primeros huéspedes recorren nerviosos la recepción como abejas reconociendo una nueva colmena. Detrás de las puertas del comedor se intuyen varias decenas de pasajeros dándose codazos frente a las bandejas de beicon y huevos revueltos. Slatan no tiene tiempo que perder.

—Estoy esperando una llamada. Mi nombre es Slatan. Mi habitación, la 457. ¿Me

han telefoneado? ¿Han dejado algún mensaje?

La recepcionista baja sus profundos ojos azules consultando un listado invisible de nombres. No sospecha que su vida y la vida de una treintena de personas dependen de ella.

—Mmmm, no, señor. Aquí no figura ninguna llamada.

—¿Está segura? Quizá hayan llamado por la noche, de madrugada —insiste Slatan.

—No, señor. Vladimir, el chico que estaba por la noche, no me ha reportado ni mensajes, ni llamadas. Lo siento. De todas formas, podemos desviar las llamadas directamente a la habitación si lo desea.

El karadjo asiente levemente. Ya no tiene dudas. Lo tenía decidido desde ayer. Desde el mismo momento que dejó el mensaje en el contestador automático y no pudo hablar con Huvlav. Si no obtenía respuesta, si no recibía ninguna orden por parte de los Mártires de Instalood, subiría a su habitación, sacaría el chaleco de explosivos, bajaría al comedor y se haría estallar entre los pasajeros. Punto final.

Al subir por las escaleras camino de su habitación Slatan mira el reloj. Las siete y cincuenta y cinco. Todo acabará en unos minutos. Su inmolación será recogida por los periódicos de mañana. La noticia saltará a mediodía en las redacciones y por la tarde el hotel Limbads (el mismo donde pasó una noche Elton John con su novio) estará abarrotado de periodistas. No lo tendrán fácil para llegar por carretera, sigue nevando. Tendrán que fletar un autobús con todos los reporteros dentro. El ambiente en el interior de ese autobús durante el trayecto estará cargado de adrenalina y comentarios nerviosos. Josep Stronov, un periodista veterano de la edición matutina del *Komsomolskaya Prava*, intentará romper la tensión con algún chiste sobre lo inoportuno de hacerse estallar con la nevada. «¿Por qué estas cosas no pasan en verano?». Otro bromeará con el hecho de que, en mitad de ese temporal de nieve, tendrán que romper el hielo con los UAR (Unidad Antiterrorista Rusa), siempre tan reacios a conceder entrevistas y dar información.

Al día siguiente, abrirán a toda página con titulares sensacionalistas. Pedirán a los maquetadores nuevos diseños de la página de primera. El espacio suficiente para frases grandilocuentes del tipo «Masacre en la nieve», «Tormenta de sangre en el hotel Limbads». A Slatan le divierte repasar mentalmente las crónicas que los periódicos publicarán después de detonar el amonal. Probablemente, su vida parecerá más interesante en las columnas con letra arial, tamaño diez, a cinco columnas, publicadas en las portadas del *Izvestia* de Moscú, el *New Yorker* o el *Washington Post*. Su biografía resultará más brillante recreada y narrada por aquellos periodistas que vivida por él mismo. Como los artículos publicados sobre los terroristas Mohamed Atta o Salem al-Hazmi. No cree que sus vidas fuesen apasionantes. Sus días no estaban escalonados de grandes gestas y frases memorables. No eran Fidel

Castro, ni habían sido apresados asaltando el fuerte de Moncada. Simplemente, viajaron a Estados Unidos, estudiaron en una escuela de pilotos en Maine (Florida), se armaron con un par de cuchillos y se colaron en cuatro vuelos domésticos de Estados Unidos para hacerse estrellar contra las Torres Gemelas. La épica de lo sencillo.

¿Qué contarán los periódicos de él? ¿Hablarán de Kosla, su mamá? ¿De los helados de *stracciatella* de papá? ¿De las tardes jugando a soplar la carita de su hijo? No. Probablemente bucearán en su pasado. Recurrirán a alguna foto de la facultad o a dosieres escolares de sexto o séptimo curso rescatados del archivo del colegio público de Instalood. Una orla antigua, amarillenta y agrietada, con aspecto de daguerrotipo. Será una instantánea borrosa de niños sonrientes con pantalones cortos, costras en las rodillas y el último botón de la camisa abrochado. Y siempre ahí, en el centro, como uno más, sin pretender llamar la atención, se encontrará Slatan a los diez o doce años. Con el flequillo cortado a cazuela. La foto la incluirán en la edición dominical, con suplemento especial de doce páginas e infografías en color. Dibujarán un círculo rojo alrededor de su cara para destacarlo del resto de los chavales. No pasará a la historia por ser el científico que decodificó el genoma humano, sino por hacerse estallar con un chaleco de explosivos y matar a un grupo de extraños mientras desayunaban.

Algo le hace sonreír al pensar en esa orla de la escuela. Sin quererlo, niños como Gregory o Gandluz, compañeros de pupitre, también aparecerán retratados en la prensa de medio mundo. Gandluz era hijo de un ganadero de Instalood. Todos los días, al entrar por la puerta de clase, el señor Révnev, profesor de sexto, lo acompañaba a los lavabos y lo sometía a un intenso lavado de manos con cepillo de púas. Las uñas negras y roñosas de Gandluz eran famosas en clase, su padre lo obligaba a abonar el campo con la mierda de las vacas cada mañana antes de acudir al colegio. Ahora, gracias a la gesta de Slatan, su cara y sus dedos roñosos con olor a mierda se reproducirán en millones de fotografías a lo largo del mundo. Acordarse de Gandluz le hace sonreír a Slatan. Solo va a sonreír tres veces y esta es la primera de ellas. Al acordarse de las uñas llenas de tierra y estiércol del infeliz compañero. Al acordarse de una infancia perdida y lejana donde recuerda que fue feliz. Así fue.

Minutos antes de saltar en pedazos intenta concentrarse y pensar en su pueblo, en los Mártires de Instalood y las razones objetivas que lo han conducido a vestirse con un chaleco de amonal. En la infinidad de crueldades que los rusos han perpetrado contra su pueblo. Como el asesinato del presidente Kovalof y sus tres hijos. Envenenados por la inteligencia rusa haciéndoles desayunar uranio empobrecido. El río Spet convertido en un inmenso vertedero nuclear gracias a las pruebas atómicas que decidieron hacer en territorio karadjo durante veinte años. Doscientas generaciones tendrían que pasar antes de volver a pisar ese suelo contaminado y muerto.

A Slatan le hubiese gustado pensar en todo eso: el sacrificio, la épica de su pueblo, los bordados de las mujeres de Instalood y las canciones de los niños en las

escuelas, pero es incapaz de concentrarse. El olor que inunda todo el vestíbulo del hotel es demasiado intenso para pensar en otra cosa que en lonchas de beicon, huevos revueltos, *corn flakes* en envase individual, bífidus activos y cruasanes untados con mermelada de albaricoque.

Los supervivientes del atentado de Oslo habían declarado que después de la explosión con coche bomba que destrozó el centro financiero de la ciudad y se llevó por delante a siete noruegos, el aire olía a polvo, a sangre y a fertilizante orgánico. Sin embargo, si alguien sobrevivía a la carnicería del hotel Limbads (donde Elton John había pasado una noche junto a su novio), probablemente se refiriese al intenso aroma a tostada quemada, a café aguado y a *muffins* con taquitos de chocolate negro.

Anders Behring Breivik, «el monstruo noruego», había utilizado tornillos y clavos a modo de metralla. En el caso del «monstruo karadjo», serían los desayunos americanos, las ensaimadas y las rodajas de piña las que saldrían proyectadas de los intestinos y las gargantas, convertidas en metralla orgánica que atravesaría las carótidas de los pasajeros. Reventando las cuencas oculares, destrozando los fémures con margarina vegetal y fragmentos de cereales inflados con miel.

Slatan entra nervioso en la habitación que comparte con el representante de zapatos de mujer. Está vacía. Probablemente, Eugene estará en el comedor. A estas alturas habrá engullido tres desayunos continentales, cuatro tazas de café y dos o tres napolitanas de chocolate. Estará hablando de los beneficios de desayunar como un rey, comer como un plebeyo y cenar como un criado.

El karadjo echa el pestillo en la habitación, levanta la moqueta ennegrecida donde había ocultado los explosivos y se ajusta el chaleco con doce compartimentos llenos de amonal. Desliza el cable del detonador por el forro de la chaqueta y lo sujeta con tres vueltas de cinta adhesiva. Después se abrocha los dos botones de la americana de cheviot de mangas cortas y coderas. No quiere que nadie que se cruce con él en las escaleras pueda ver el chaleco con cables y compartimentos y dar la voz de alarma. Sin entender muy bien por qué, no puede evitar un ligero temblor al abotonarse los puños de la camisa. Tiene la boca seca y pastosa, como llena de polvorones. Es absurdo. Esta vez no tendrá que superar un control policial, ni subirse a un avión con trescientos treinta y dos pasajeros. Simplemente se plantará en mitad de un comedor perdido entre las montañas y se hará estallar, ¿por qué está nervioso?

Mientras tanto, Eugene hace cola en la puerta del comedor para entrar a desayunar. Las quejas sobre la capacidad del hotel Limbads para albergar un número tan alto de huéspedes parecen ciertas. Mamá July, los novios y el anciano coinciden en la misma cola resignada y entumecida. El novio que lee a Stephen King se coloca junto a Eugene.

—¿Y tu compañero de habitación?

—¿Slatan? Es de despertar pausado. Está cambiando el agua al canario, ahora baja.

Mamá July se une a la conversación.

—Es un poco raro, ¿no? No se relaciona, no habla con nadie... Todo el día solo, como enfadado...

—No, lo que pasa es que es tímido.

—¿Tímido? Asocial. Que te lo cruzas por el pasillo y ni te saluda —añade la novia que lee a Henning Mankell.

—Pues eso es ser maleducado.

—No lo vamos a juzgar por un saludo —interviene el anciano.

—A mí me parece *sexy* —añade inocente Nancy.

—¿*Sexy*? A mí me da miedo, la verdad. Y no lo digo por las pintas que tiene... Es por su mirada.

—¿Qué pasa con su mirada? Pues tendrá presbicia... Pero si algo me han enseñado veintidós años arrastrando el culo por medio mundo vendiendo zapatos, es a conocer a la gente.

Algo ha encendido una llama de indignación y denuncia en el apacible y tranquilo interior de Eugene.

—Slatan es un buen chico. Lo que pasa es que no tiene un iPad, ni viste de Tommy Hilfiger, ni va contando chistes por los pasillos.

Eugene mira al frente, como si estuviese leyendo sus afirmaciones en un televisor colgado al otro extremo de la recepción. Después, se gira y enfrenta sus ciento cuarenta y dos kilos a sus compañeros de cola. Serio.

—Es ruso... y como todos los rusos, es tímido y callado, y por eso decimos que es raro. Pues igual los raros somos nosotros, que dejamos que desayune solo en una esquinita. ¿Alguien ha intentado hablar con él? —Nadie contesta—. ¿Alguien conoce sus paranoias? —Nuevo silencio—. ¿Alguien sabe que tuvo un hijo y lo perdió...?

Todos niegan, culpables.

—Es muy fácil sacar conclusiones desde nuestra cómoda butaca en primera fila de la vida de los demás..., pero hay que bajar al barro. Es lo mínimo que le pedimos a la gente que opina sobre nosotros, ¿no? Pues eso.

La encargada del comedor pone fin al discurso de Eugene indicando al grupo de cinco personas y tres niños que pueden pasar. Hay una mesa libre al fondo.

Cinco pisos más arriba, Slatan sale al pasillo, el murmullo proveniente de la planta baja le indica que la mayoría de los pasajeros alojados en el hotel se encuentran desayunando. No puede calcular cuántos. ¿Cuarenta?, quizá más. Lo último que ve antes de empezar a bajar las escaleras dispuesto a inmolarsé es el cartel en el pomo de la puerta que colgaron los novios que leen a Stephen King y Henning Mankell. Sobre un fondo rojo, en letras blancas: *No disturb*.

Desciende los doscientos trece peldaños enmoquetados de uno en uno. Contándolos. Sin prisas. Pisando en las esquinas de los escalones, donde la moqueta se presenta más mullida. Todo se ha acelerado después de no recibir ninguna llamada con instrucciones. No mirará a ningún pasajero en particular antes de hacerse estallar, no hablará con nadie, no se detendrá ni fijará sus ojos en los ojos suplicantes y

asombrados de las víctimas.

Slatan atraviesa la recepción, donde dos empleados del hotel se afanan en ordenar los pasaportes de más de treinta nacionalidades distintas provenientes de la oleada de huéspedes que les han llovido este fin de semana, y entra en el comedor. Es un espacio amplio. Con ventanales que permiten ver el paisaje nevado. En la pared de enfrente, se levanta un pequeño escenario de madera. Sobre las tablas, un micrófono de pie. No es difícil imaginar un grupo aficionado tocando sobre el escenario el treinta y uno de diciembre *My way* o *Stars on the moon*, vestidos con americanas de lentejuelas y pajaritas. El comedor está decorado con una mezcla de estilos. La madera caoba del artesonado del techo y el ladrillo cara vista de las paredes recuerdan a los hoteles de montaña, pero las arañas con cristales engarzados que cuelgan del techo, las sillas con respaldos acolchados y el mobiliario de roble le dan un aspecto más clásico. Algo barroco. Hablan de la elegancia y del esplendor que quizá tuvo hace años (cuando pernoctaron Elton John y su novio). En el centro del comedor, sobre una mesa, se hacinan las bandejas de pavo, queso y salchichas. Enfrente, otra mesa llena de fruta: rodajas de kiwi, melocotón y piña. Un nudo de conversaciones se mezclan en los oídos del terrorista al avanzar por el comedor. Olores a tostadas quemadas y naranjas recién exprimidas acompañan el ambiente cargado, opresivo, del tiempo detenido por la nevada. Slatan escucha varias frases cruzadas de la mesa donde desayunan Eugene, mamá July, los novios y el anciano.

—Mira, ahí tienes a tu compañero de habitación.

—No te enfades, Eugene —dice mamá July.

—Si no me enfado..., pero llevo media vida estrechando manos y dando abrazos. Muchos años radiografiando personalidades y conociendo lo bueno y lo peor de mucha gente. Vamos, que me metes en un ascensor, le das al cuarto piso y yo en el segundo te hago la biografía y te digo de qué va. Completo una ficha que ni Facebook, ni el FBI juntos. ¡Que vivo de tratar con gente y conocerla!

Slatan avanza decidido hasta el centro del comedor. Con la mano derecha busca el cable del detonador y se aferra a él como un funambulista con repentino ataque de vértigo. La actitud de Slatan no tarda en llamar la atención de los pasajeros del vuelo 4583 destino Nueva York. Allí, plantado en el centro del comedor, lívido, contraído y tenso. La americana de cheviot abotonada no disimula una extraña protuberancia en el pecho, un bulto en la espalda. Quizá alguien pensase en un jersey de lana gordo. Demasiado abultado. Lo que estaba claro es que algo pasaba con aquel tipo hierático y mudo. Sin querer, Slatan empieza a reconocer algunas caras entre la multitud.

—Maaamá, el seeeñor raro —murmura Alex, el niño sordo, a mamá July desde la mesa del fondo.

—¡Alex! —recremina la madre, con gestos, avergonzada ante la sinceridad del niño.

—¿Le hacemos un sitio? —pregunta el novio.

El obeso representante de zapatos, al verlo parado en la puerta, pone en

movimiento sus ciento cuarenta y dos kilos y comienza a hacer aspavientos para llamar su atención.

—¡Eh! Slatan... ¡Vente aquí...! ¡Te he guardado un sitio a mi lado! —grita indicando una silla vacía a su derecha—. ¡Date prisa, que los chinos están acabando con los cruasanes!

Slatan aparta la mirada, molesto, de aquella mesa familiar con caras vagamente conocidas. Con expresiones bovinas de confianza y serenidad. Gente a la que no conoce, pero que siembra cada gesto de movimientos íntimos y tiernos: la novia limpiando la comisura manchada de café de su recién estrenado marido. Mamá July soplando una cuchara humeante del puré de pollo y verduras del bebé. Pequeñas heroicidades diarias que nadie recordará después del ruido, del estallido, de los cristales fragmentados y el humo. La nada permanecerá después del fragor de la catástrofe.

Un par de pasajeros rusos, incómodos por la mirada desencajada de Slatan, renuncian al último mordisco de sus tostadas con tomate y aceite y permanecen quietos, observando con una tranquilidad postiza. ¿Qué ocurre con ese hombre? ¿Qué demonios hace ahí plantado? Las tazas tintinean sobre los platos de café, abandonadas. La quietud de los líquidos en los vasos vibra generando pequeñas ondas en la superficie inmóvil. El leve crujido de unos crispis al caer en la leche y esponjarse. Un opresivo silencio se abre paso en el abarrotado comedor y se concentra en la figura de Slatan.

«Quizá todo se reduce a un simulacro», pensó Slatan. Desde el principio. Todo lo aprendido y vivido desde que nació le ha conducido a un hotel perdido, con sesenta desconocidos desayunando en el mismo comedor. Un simulacro de vida en espera de la muerte.

—¿Qué le pasa? —pregunta la novia.

Eugene se encoge de hombros.

—Igual ha desayunado en la habitación..., estos rusos son de llevar la fiambra en la maleta..., culturas prácticas.

Lo tenía ensayado, sabía lo que iba a decir cuando entrase al comedor y quedasen unos segundos para accionar el explosivo. Sin embargo, plantado en mitad de lo que será el escenario del horror, de la sinrazón, Slatan es incapaz de articular palabra. Una cirugía invisible le ha suturado la boca, ha desecado su garganta, ha transmutado su ánimo. Lo mejor es acabar cuanto antes. Su sacrificio situará a Karadjistán en los mapas. Sus muertes subrayarán el olvido de su pueblo.

Levanta el brazo con el cable del detonador por encima de su cabeza. Tensa los músculos del tórax, del cuello y los antebrazos. Separa un poco las piernas. Cierra los ojos, recupera los últimos líquidos de su garganta, los concentra en la boca, la glotis y consigue gritar:

—¡¡Por mi pueblo!!

Silencio.

El bebé gime.

Alguien carraspea.

Los últimos sonidos.

El preludio de la muerte.

Punto final. Ahí habría acabado todo. Los proyectos, las listas de boda, el reciclaje de basuras, las actualizaciones del iPad, la vista cansada, las endodoncias, la subida del IPC, los capuchinos con espuma, la moda otoño/invierno, el nivel del colesterol, las reuniones de la comunidad de vecinos, las averías del ascensor, los marcadores tumorales, Nochebuena en casa de tu madre y Nochevieja en la de mis padres, las antiojeras, los orfidales para dormir.

Todo se hubiese fragmentado si la voz de la recepcionista, con dos divorcios en su currículum y una niña en régimen de custodia compartida con su marido Svenson McCullers, no hubiese pronunciado su nombre tres centésimas antes de que el karadjo tirase del cordel accionando el detonador y produciendo una descarga que emulsionaría el amonal.

—¿Slatan?

Sin saberlo, acaba de detener los rotativos de los periódicos, los bordados de las mujeres de Instalood, la muerte de tres docenas de personas y la amputación de una decena de brazos y piernas.

La recepcionista, parada detrás de él, lo mira impaciente, tiene que meter en la base de datos las fichas de los huéspedes, organizar los turnos de lavandería. Resolver una gotera en la 507 y discutir con Boris, el cocinero. Sigue desapareciendo comida. Así que lo último que necesita es un pasajero idiota que no acaba de reaccionar.

—Le llaman por teléfono. Puede hablar desde recepción si lo desea. Estaba esperando una llamada, ¿no?

Slatan, aturdido, abre los ojos y sale de su ensimismamiento. El silencio se ha adueñado del comedor. Los ecos de su grito se perciben aún en las lámparas de araña colgadas del techo. Los ventanales parapetan el comedor de la nieve que golpea el hotel Limbads con manotazos invisibles. Las cucharillas titilan dentro de las tazas de café. El tostador, de cuatro ranuras, expulsa tostadas con los bordes quemados. Todas las miradas se centran en él. En Slatan. De pronto, Eugene se levanta con su copa de zumo de pifia en la mano, la alza ceremonialmente por encima de su cabeza, esboza una amplia sonrisa y grita a modo de brindis:

—¡¡Claro que sí!! Slatan. ¡¡Un brindis!! ¡¡Por tu pueblo!! ¡¡Por los rusos, el vodka y la polca!!

Los cinco compañeros de mesa, un tanto desconcertados, imitan a Eugene sin levantarse de las sillas. Alzan las copas de zumo y las tazas de café y brindan sin entender el motivo. Los niños también se unen, divertidos. Por una extraña solidaridad que los lleva a no dejar solo a Eugene con la copa en alto y a no prejuizar al huraño compañero.

—¡¡Por los rusos!! —gritan al unísono.

Y beben de las tazas de desayuno y de las copas de zumo de naranja y piña en polvo. Slatan, con el brazo todavía en alto, los ve brindar y sonreírle. Eugene le señala la taza.

—¿Café con leche o solo?

Desconcertado, Slatan baja el brazo que sostiene la cuerda del detonador, mira a la recepcionista, que le indica la dirección en la que se encuentra el teléfono, y sale del comedor. El sudor para entonces, es un segundo traje líquido que le pega la camisa al cuerpo, los pantalones al cuerpo, la vida al cuerpo.

—¿Qué os dije? —añade Eugene—. Ha desayunado en la habitación. Estos rusos son gente práctica.

DIECISÉIS

Cuando sale al vestíbulo del hotel, la composición química de sus músculos ha generado dosis suficientes de adrenalina y ácido láctico para sentir en las piernas la fatiga de un maratoniano que ha recorrido cuarenta y tres kilómetros. Los trapecios de la espalda contracturados, los bíceps contraídos, los soleos endurecidos.

Cuando coge el teléfono, las manos le tiemblan, tiene problemas para que el oxígeno que aspira por la boca y la nariz llegue hasta los pulmones. Está hiperventilando y lo sabe. Intenta acompasar la respiración: Uno, dos, tres, pero lo único que consigue es amagar un vómito caliente en la garganta. Una arcada, dos. Espasmos de agotamiento nervioso. Con el sabor amargo y ácido todavía en la boca, se lleva el auricular a la oreja e intenta hablar. Su cara presenta un color lastimosamente blanco y ojeroso.

—Soy..., soy Slatan.

Alguien respira al otro lado del hilo. Tarda en contestar. Sopesa la situación. Intenta descifrar el código tonal de la voz del karadjo. Quizá piensa que la suspicacia es la única arma real que vale frente a los cuerpos de inteligencia rusa. Por fin suena una voz ronca, desconocida.

—Esta conversación... ¿es segura?

El karadjo mira a ambos lados. La recepcionista se ha alejado y está solo en el vestíbulo. La voz le produce el efecto de una dosis de novocaína, relajándole los nervios.

—Creo que sí —contesta.

Silencio de nuevo.

—Hemos recibido el mensaje que dejaste ayer por la noche.

Slatan piensa fugazmente en su profesor de física de segundo curso, de la escuela pública de Instalood, el doctor Métrechov. Siempre hablaba en plural. «Hemos recibido el mensaje», «estamos decididos», «no podemos enseñar física si no estudiáis». Como si a su lado hubiese dos o tres personas invisibles y hablara en nombre de todos ellos. El karadjo intenta concentrar su pensamiento. Ser práctico.

—El vuelo 4583 se canceló por la tormenta.

—¿Y qué quieres?

«¿Que qué quiere? ¿Están de broma? ¡Por Dios! —piensa Slatan—, quiero saber qué demonios tengo que hacer con los doscientos cincuenta gramos de amonal que llevo pegados al pecho. Quiero que alguien me ordene estallar de una vez, acabar con todo y que si hago eso, probablemente, en Naciones Unidas, algún político con *jet lag*, harto de los bufés y con ganas de volver a su casa en Moscú, preste un poco de

atención a la noticia y se dé cuenta del genocidio diario que está asolando a Karadjistán. Después, acosado por los medios y las presiones internacionales, puede que dicho político solicite la creación de una comisión de estudio sobre el caso, que al cabo de unos meses acabará con una condena explícita al asesinato sistemático y continuado del pueblo karadjo». Pero, en lugar de eso, el terrorista se serena y trata de hablar con toda la frialdad que el temblor de su voz le permite.

—Necesito hablar con Huvlav.

—¡¡Nada de nombres!! —replica la voz enfadada al otro lado.

—Perdón, perdón. Lo siento.

Slatan reacciona como un alumno sorprendido mirando por la ventana durante la explicación de los algoritmos de tercer grado. Se muerde el labio por su estupidez, pero no puede rebobinar la conversación ni borrar el nombre de Huvlav de la hipotética grabación, así que continúa.

—Necesito instrucciones. ¿Qué hago? Todo el plan se ha torcido con la nevada. El vuelo está retrasado y no sé cuándo se autorizará. Dicen que la tormenta va a durar unos días.

—¿Dónde estás?

—No salen aviones de Moscú —replica Slatan sin contestar a la pregunta. Sintiendo que tiene que dar explicaciones y justificarse.

El hombre que está al otro lado del teléfono no parece necesitarlas y repite la pregunta.

—¿Dónde estás?

—En el hotel Limbads. Al norte de Moscú.

Silencio.

—Dame la dirección exacta.

—No la sé... Está a ochenta kilómetros de la capital, cerca de la autopista S. 1. Mi habitación es la 457. Tengo... —Slatan mira hacia a los lados para cerciorarse de que nadie lo escucha—, tengo el chaleco puesto..., puedo acabar ahora, en el comedor del hotel. Puedo hacerme estallar.

El tono de Slatan es suplicante. Parecido al del niño que pide permiso a sus padres para pasar la noche en casa de un amigo. «Te daré la dirección y el número de teléfono de su mamá, pero déjame ir, por favor».

De nuevo un silencio. Espeso, desagradable. Alguien debe de estar sopesando la situación al otro lado. Ese silencio tiene algo de fraude. Como preguntar por el precio de unos pantalones y que el dependiente te diga una cifra y un minuto después te diga que se ha equivocado y cuestan el doble. Por fin, suena la voz de nuevo.

—Negativo. Repito. Negativo. Tu misión es embarcar en el Boeing 747 destino Nueva York. No se admiten cambios en el diseño de la operación. ¿Está claro? La acción que propones en el hotel no tendría la misma repercusión. La misión sigue en pie a menos que te descubran, en ese caso, finaliza. ¿Todo claro?

No, no está claro. Por supuesto que no está claro. Slatan abre la boca buscando

aire. Boquea, parece un pez sorprendido en la playa por la marea baja. Flexiona su cuerpo y se encoge a punto de partirse por la mitad. Frágil como un pantalón tendido una noche de helada. Ha estado a punto de volar por los aires y de llevarse por delante a más de ochenta personas. Joder, nada está claro. Todo está confuso. Todo es una mierda.

Slatan se sentía capaz de tirar del detonador hace un minuto y acabar con todo. Ahora le están pidiendo que espere, que espere, que espere. Como esas malditas llamadas del gobernador de Texas que pueden salvar la vida de un afroamericano condenado a muerte por descerrajarle tres tiros en el pecho a un policía blanco, y que nunca llegan. Aunque se organicen vigilias en la puerta del correccional y se rece con las manos entrelazadas y se enciendan velas y se ponga en duda la limpieza del proceso penal. La llamada del gobernador de Texas nunca llega. El afroamericano acaba con una inyección letal diluyéndose en la corriente sanguínea.

Una arcada pone fin a todas las reflexiones del terrorista. Aparta el teléfono para que no pueda oírse el gorjeo íntimo y caliente, y vomita un líquido culpable y oscuro. Haciendo acopio de sus últimas energías, consigue acercar el auricular del teléfono a la boca y añadir un escueto:

—OK. La operación sigue en pie. Volveré a embarcar en el vuelo destino Nueva York.

Cuelga el teléfono frustrado, confuso. Sintiendo la humedad del chaleco que lleva adherido al pecho. Cuando habló con Huvlav, dos meses después del entierro de su hijo, todo parecía más sencillo. Le entregarían un chaleco con explosivos, viajaría a algún aeropuerto ruso elegido por la organización y se haría estallar. Nada de retrasos, de llamadas en cabinas y compañeros de habitación que se lavan los dientes mientras caminan y dejan restos de dentífrico por la moqueta. ¿Por qué tenía que ser tan complicado? ¿Por qué acabar con la vida de trescientos treinta y dos pasajeros era tan difícil?

La recepcionista con régimen de custodia compartida retira el teléfono del mostrador.

—Se encuentra bien, ¿señor?

Asiente. Incluso intenta sonreír. Aunque no puede y en el rostro se le petrifica una mueca desencajada de angustia.

—Perfectamente.

La recepcionista no le cree. Quizá tampoco le creyese si supiese que tiene un problema llamado explosivo de contacto en el pecho.

—¿Desea algo más?

—No.

Pero está mintiendo. Sí, desea muchas cosas. Desea que todo vuelva a ser como antes. Fácil como una mañana de verano en Instalood. Fácil como una carta certificada. Fácil como el riego por goteo o conducir un coche automático, fácil.

DIECISIETE

Después de esconder debajo de la moqueta de su habitación el chaleco de explosivos, Slatan vuelve al comedor a desayunar. No quiere alentar comentarios sobre su extraña actitud de hace diez minutos. Se sienta en una esquina, solo, concentrado. A través de los ventanales, el paisaje se extiende monótono como un río de leche helada. Quiere aislarse de todo. Necesita aislarse de todo. Sin embargo, el hálito de vida que desprende toda esa gente no para de explotarle en la cara como una bomba de racimo cuarteada en diez mil esquirlas de alegría. Indiscriminadamente y en todas direcciones.

Antes de que el terrorista pueda abrir la boca y protestar, Eugene, July (y sus hijos), Nancy, los novios y el anciano se levantan de la mesa en la que están acabando de desayunar y se acomodan alrededor de la solitaria mesa de Slatan. Eugene trae un plato repleto de cruasanes y varias galletas de mantequilla. El karadjo no da crédito. Le gustaría gritarles: «¡Dejadme en paz! ¡Iros!». Cuando deje de nevar él accionará una bomba y convertirá sus buenas intenciones y abrazos comprensivos en gestos carbonizados. Vísceras desparramadas. Desearía que interpretasen el lenguaje callado de sus formas, su hosquedad. Él no es su amigo, sino su asesino, un mártir inmolado por su pueblo. ¿Qué tiene que hacer para que lo entiendan? ¿Morderlos? ¿Escupirlos? ¿Insultarlos?

Slatan no dice nada. Sigue sentado con la mirada furtiva y humillada. Fija en la taza de café. Clavada en unos invisibles posos que podrían mostrarle el camino del futuro.

A su alrededor, todos siguen en animada conversación. Aunque están ahí por él, nadie le habla ni lo presiona para que participe en una convención social. Como dijo Eugene, el amigo ruso es tímido y callado. Si su naturaleza es la contención y la escasez de palabras, ellos lo respetarán. La charla se reinicia animadamente dentro del grupo. Eugene vuelve a hablar por décima vez del tiempo. El anciano habla de su infancia, del frío que pasó en el sur de Alemania, donde vivieron sus padres, Nancy sonríe y le acerca un sobre de azúcar a Slatan, que, sin contestar, se rasca la cabeza. Nadie intenta hablar con él. Pero están ahí por él. Alex, el niño sordo, también se rasca la cabeza con fruición. Mamá July lo mira un segundo y el gesto de la cara de la mujer cambia:

—Ay, Dios, hijo..., que te rascas mucho la cabeza..., que esto me lo conozco bien...

Piojos.

Alex, el niño sordo, tiene piojos. Slatan también se rasca la cabeza y la barba.

¿Es una broma?

¿Un terrorista suicida con piojos...?

Una hora después, Slatan, sentado en una silla de oficina, en camisa y con una toalla echada por los hombros, descubre que el escozor y picor que padecía desde hace unos días no se debía a la cantidad de cabello que tiene.

Eran piojos.

Alex, el niño sordo, está a su lado en otra silla idéntica, sentado sobre tres cojines para estar a la misma altura que el karadjo. Los dos se miran desconfiados y se rascan la cabeza. Nancy acaba de ajustar la toalla alrededor del cuello de Slatan. Mamá July habla muy azorada.

—Como el niño está siempre corriendo por ahí, pues habrá cogido los piojos en cualquier parte. Y como van al pelo... Lo siento, de verdad.

—Lo raro es que los hayan cogido solo Alex y Slatan... —dice Nancy, y añade irónica—: ¿Habéis estado jugando juntos?

El terrorista no contesta. Sabe que el niño estuvo saltando sobre su cama. Que lo estampó contra la pared y que estuvieron frente contra frente, retándose. Pero no dice nada. Eugene, a su lado, destensa.

—Yo una vez cogí piojos en Oklahoma. Los arrastré por cinco estados. Contagié a mis hermanos y al llegar a Búfalo contagié a mi padre.

—¿Le pegaste los piojos a tu padre? —pregunta mamá July.

—Sí..., y fue una suerte, porque desde que le pegué los piojos dejó de pensar en el cáncer de páncreas que lo estaba matando y volvió a ser el mismo de siempre. El huraño que vendía zapatos de cuero por medio mundo.

Mamá July lee el prospecto de una loción antiparásitos.

—Hay que echarla y cubrir quince minutos con la toalla.

Nancy mira la cabellera y la barba salvaje de Slatan y niega con la cabeza. Su voz transmite una crueldad festiva.

—¡Qué pena! Con el pelo tan largo de Slatan no serviría de nada.

Levanta una maquinilla eléctrica.

—Lo mejor es cortar por lo sano..., ¿eh, Slatan?

El karadjo no dice nada. Sentado inmóvil en la silla de oficina tipo *vintage* con una toalla cubriendo los hombros. Hubiese reaccionado de la misma manera si, en lugar de irle a cortar el pelo, le hubiesen dado la extremaunción y le hubiesen anunciado la llegada de una descarga de veinte mil voltios. Nancy enciende la maquinilla y sonrío.

—Además, el *look* Nirvana está pasado.

—Es verdad —interviene el representante de zapatos—, con esas melenas te van a cachear en todos los aeropuertos del mundo. Pareces un terrorista.

Al escuchar la palabra *terrorista*, Slatan se tensa en la silla. Sus dedos se clavan en los reposabrazos de cuero. Tan solo Nancy, que está a su lado, lo advierte. La joven no adivina el motivo, pero procura bromear.

—Te fías de mí, ¿verdad? Ya sabes que con un bote de colonia o una maquinilla de afeitar en las manos soy un peligro, pero con una maquinilla eléctrica como mucho te depilo una ceja.

Nancy se agacha, muy cerca de la cara de Slatan, y busca la manivela que regula la altura de la silla. Gira la rueda varias veces. Mientras la silla se eleva, el pelo suelto de Nancy le acaricia el rostro, la nariz. El karadjo no aparta la cara, no se mueve, ni evita la melena de la joven suicida. Con suavidad, Nancy lo peina. Slatan nota la piel del ombligo sensual, que se mueve cerca de donde él tiene los dedos. No mueve la mano, no mueve un solo músculo. Quizá el brevísimo roce de sus dedos con la piel de Nancy es lo más hermoso que le ha ocurrido en los últimos años. Esa piel suave y cálida es incompatible con la muerte, la soledad y el odio. Todo el universo de Slatan se condensa unos segundos en el ombligo intuido, en ese tacto fortuito, en ese hoyo de vida y sensualidad. Jirones de piel suave junto a sus dedos crispados. Tras unos segundos de debilidad, aparta la mano y la coloca en su regazo.

A su lado Alex, el niño sordo, lo mira un segundo sonriendo. La vida a su edad es un juego ininterrumpido. La maquinilla se enciende y Nancy comienza a hacer pasadas cortas. Desbrozando la melena descuidada y violenta del karadjo. Gruesas matas de pelo caen al suelo. Una nieve de cabello oscuro que no supondrá la cancelación de ningún vuelo, ni la conversión de ningún terrorista.

Slatan, inmóvil, piensa un segundo en el día que le colocaron el chaleco en el hotel Emperor. Parece un suceso vivido hace miles de años. En otra vida. Una anécdota difusa e incompatible con el delicado tacto del ombligo de Nancy en sus dedos.

Eugene los observa, divertido.

—Como decía mi padre: el pelo es un bien crecedero... menos para los calvos, claro. Despídete de los piojos, Slatan.

El suicida no dice nada, pero, por un instante, siente envidia de aquellos piojos que caen muertos en silencio.

DIECIOCHO

Si alguien viera a Slatan caminando por la nieve, pensaría en algún concurso de televisión. Un programa basado en el cambio de aspecto de los concursantes. La melena descuidada y agresiva del karadjo se ha transformado en un peinado clásico, incluso modosito. Con la raya a un lado y la barba recortada podría pasar por un profesor de secundaria. Un enamorado de la obra de Faulkner y los clubes de lectura que los fines de semana acompaña a su mujer al comedor de los pobres y trabaja de voluntario, y los lunes por la tarde, los invierte en los mercadillos solidarios.

Slatan hunde los pies en la nieve. Disfruta hollando la orografía de la nieve. Quizá sea lo único que quede de su memoria después del estallido. Algo tan efímero como las pisadas previas al deshielo. Para interpretar el rastro de sus zapatos harían falta estudios sobre la dirección y la profundidad del dolor. Una especie de análisis de balística humana en el escenario del crimen. Calibre cuarenta y cuatro. Ocasionó una herida limpia con trayectoria de salida. Las muescas de su vida son visibles en la casa de la infancia, en Instalood, el único lugar donde realmente fue feliz. Los restos del cuerpo (si se encuentran) deberán enviarse al panteón familiar situado en el cementerio de Gôlubev. En el lugar del atentado deberán actuar como en los centros de reciclaje. Separar las basuras antes de tirarlas. Que el ADN de los rusos no se mezcle con los restos bastardos y fanáticos de Slatan.

A lo lejos, en la linde del bosque, donde comienzan los abetos, Slatan distingue al pastor alemán que corre hacia él. Ha debido de pasar la noche refugiado en la maleza. Tiene el pelo escarchado y el hocico lleno de nieve. Al llegar a la altura de Slatan, abre la boca y deja a sus pies la pelota. Se tumba expectante y espera ansioso a que el karadjo la lance para reiniciar el juego. Slatan piensa en el poco instinto de supervivencia que ha demostrado el perro para buscar un nuevo dueño que lo cuide y lo alimente. Él no es ese dueño. El animal se ha equivocado. ¿No se supone que tienen un sexto sentido? ¿Un séptimo sentido? ¿No percibe que su vida corre paralela a la salida del sol? Slatan no comprará un saco de pienso, ni un collar, ni instalará una red en la parte de atrás del coche para llevarlo al campo los domingos de primavera.

Slatan se da la vuelta sin lanzar la pelota y vuelve al hotel. El perro, a sus espaldas, gime y se retuerce. Cerca del porche, varios pasajeros modelan un muñeco de nieve gigante. Le han colocado una bufanda vieja y dos botones haciendo de ojos. Un poco más allá, frente a la puerta del hotel, suena el balanceo oxidado de un columpio al mecerse. Es Nancy. Tiene una guitarra en el regazo y toca dos acordes de forma infantil, con los guantes puestos. Mira al karadjo y sonrío. Algo en su expresión ha cambiado. Es más vital y alegre.

—¿Vienes mucho a este hotel? Me suena tu cara... ¿Nos hemos visto en los servicios? Igual no te suena la mía... Soy la amiga de las cuchillas afiladas...

Nancy chasca la boca reconociendo que es un chiste malo y aparta la guitarra.

—¿Cómo se llama tu perro?

—No es mi perro y no tiene nombre...

—Ya..., pues le podríamos poner uno, ¿no crees? Es una tontería, pero poner nombre a las cosas me parece importante. Creo que si las cosas tienen nombre..., importan a alguien, ¿no? Tú te llamas Slatan, yo me llamo Nancy. Eso es que le importamos a alguien...

Slatan se encoge de hombros. El gesto de Nancy adquiere gravedad.

—Oye..., he encontrado mucha gente que me ha dicho que no me suicidara..., pero nunca había encontrado a nadie que me aconsejara cómo hacerlo sin dolor. Es raro, pero gracias.

El vaho sale de la boca de Slatan sin que diga nada. Nancy se sigue balanceando mirando al frente. Luego clava sus ojos en él.

—De todas maneras, he pensado que no me voy a cortar las venas en vertical ni en zigzag, ni nada por el estilo. A nadie le importa una mierda que lo haga o no lo haga, así que igual me quedo por aquí, esperando que le importe a alguien..., ¿qué te parece?

Sus ojos se cruzan un segundo. Un imperceptible asentimiento surge de la cabeza del karadjo. Nancy se frota las manos, coge la guitarra y vuelve al hotel. Slatan se queda solo. A través del cristal del porche, dentro del bar, ve a Eugene, con su maleta de zapatos abierta y un surtido de muestras extendidas en la moqueta. Frente a él, mamá July lo escucha embelesada y mece maquinalmente el cochecito del niño. «¿Qué se dirán?», se pregunta Slatan, dos pasajeros perdidos en mitad de la nada, en un cruce de caminos. Dos perfectos desconocidos en un mundo desconocido.

El vendedor de zapatos, arrodillado a los pies de mamá July, observa su muestrario de zapatos de mujer. Concentrado. Parece un enólogo valorando el color y la intensidad de un vino antes de catarlo. En la chimenea, dos troncos de pino crepitan y calientan el recinto. Es un ambiente acogedor.

—Descálcese, por favor...

Mamá July aguanta la risa.

—Qué ceremonioso. ¿Me puede usted hablar de tú? Porque me está entrando la risa tonta. La última vez que me trataron como a Cenicienta tenía dieciséis años y *braquets* correctores en los dientes.

Se quita un par de botas altas y las deja a un lado. Lleva unos calcetines de ositos infantiles. Se siente obligada a justificarse.

—Es que las botas me rozan el empeine.

Eugene, profesional, coloca seis pares de zapatos en fila. Algunos son de tacón. Aporta a cada uno de los movimientos la ceremonia y el boato de los momentos trascendentales. El bebé duerme en el cochecito.

—Escoge un par, sin compromiso, es un regalo.

A mamá July se le congela la sonrisa en la boca y niega, abrumada por la generosidad.

—No, Eugene, por favor. Estos zapatos son carísimos. No hay más que mirarlos.

—¿Te gustan con tacón?

—Pues sí, aunque para cambiar pañales y preparar potitos no sean muy prácticos.

—Yo tengo una teoría sobre el tamaño de los tacones de un zapato... Va en función de los problemas que tenga una mujer...

Escoge unos zapatos con poco tacón del muestrario y lo levanta.

—Dos centímetros, pocos problemas.

Coge otro par con un tacón de aguja.

—Más de cinco centímetros..., un mar de problemas...

Mamá July suspira, abrumada.

—Entonces me vendrían bien unos zapatos de unos... quince centímetros. Por lo menos.

Los dos se ríen. Hay una extraña complicidad en aquella sala. Mamá July se encoge de hombros.

—Vengo de Kaliningrado de firmar el divorcio.

Le cuesta continuar. Eugene no la apremia. Entiende el *tempo* del dolor. Lleva demasiados años leyendo en las caras de la gente para no reconocer el prólogo que se escribe en las novelas con final triste.

—Al mes de nacer el bebé, mi marido, Alexander, tuvo una especie de revelación: se dio cuenta de que se encontraba más a gusto en compañía de prostitutas que con su mujer, una palurda de Brixton con estrías por la lactancia y el trasero caído después de dos partos y una cesárea. Así que, con la carta de libertad, me voy a pasar unos meses con mi hermana. Vive en New Jersey, en un apartamento con dos gatos y una colección de búhos de madera.

El representante de zapatos asiente comprensivo.

—Entonces... —Busca entre los zapatos que guarda en la maleta y coge otro par con unos tacones desproporcionadamente altos y afilados. Los encaja en los pies de mamá July con una sabiduría artesanal—. Este es el par que necesitas. Especiales para patear traseros de maridos con síndrome de Peter Pan...

La madre se ríe al ver los zapatos.

—En serio..., te encajan como un guante.

—¿Y tú? —No sabe cómo preguntarlo—. Tú...

Eugene asiente, su rostro refleja dolor por primera vez.

—Sí, un divorcio. —Intenta sonreír, triste—. En Estados Unidos no te dan la nacionalidad sin un divorcio, dos pleitos en el juzgado y un problema de sobrepeso..., no te la dan..., está en la Constitución, de verdad.

Los dos se ríen.

—¿Hijos...?

—Un varón. Bobby. Me salió hinchado de los Celtics. Ya ves, yo toda la vida de los Heat de Nueva York y me sale admirador de Larry Bird. —Se encoge de hombros. Como para sí—. Vender zapatos en tres países por semana no da para mucho más...

Mirada dulce entre los dos. Slatan, que pasa por ahí, camino de la habitación, ha escuchado la conversación. En algún lugar del mundo debe de existir un *ranking*, como la lista Forbes, que enumera los hombres más ricos y poderosos del planeta, pero de perdedores. Un listado repleto de nombres sin gesta ni pasado. Apellidos amontonados en las páginas de las guías telefónicas entre otros mil idénticos. Mamá July y Eugene se saben entre ellos. Confundidos en la masa. Fracasados profesionales.

DIECINUEVE

Cuando el karadjo entra en la habitación y ve la ventana abierta golpeando rítmicamente la pared a consecuencia del viento, se asusta. Pero cuando observa que la moqueta, donde está oculta la bolsa de los explosivos, está cubierta de nieve y agua, Slatan entra en pánico. En el manual del buen terrorista suicida no se encuentran epígrafes que indiquen cómo actuar en estos casos. En el manual del buen terrorista suicida no se recogen párrafos redactados para perfectos idiotas. Que lo detuviese la seguridad del aeropuerto entraba dentro de los planes. Que la bomba no consiguiese abrir un boquete en el fuselaje del avión entraba dentro de los planes. Pero que la ventana se abriese por el viento y mojase los explosivos haciéndolos estallar en la soledad de la habitación sin ocasionar muertos, pero poniendo en alerta a todos los cuerpos antiterroristas del país, no figuraba en ninguno de los finales barajados.

Las palabras que Huvlav pronunció al colocarle el chaleco de explosivos en la habitación cuarenta y uno del Hotel Emperor retumban en su cabeza como casquillos de bala: «La mezcla de explosivos es muy inestable. Si se moja o humedece, se apelmaza el compuesto químico. Si esto ocurre, adquiere un color marrón y explota».

Se arrodilla en el rincón, como un niño de primaria purgando un castigo y retira la moqueta que flota sobre el charco de agua. Abre la bolsa y descubre los cilindros del explosivo con un tono marrón. Quizá el último color que vea en su vida. Los concentrados de amonal parecen lechugas puestas a remojo. Gotean agua y su tacto es frío como la nieve, como la muerte, como el fracaso. Por primera vez siente el contacto gélido de la muerte recorriéndole el cuerpo. Nunca ha vivido una sensación igual de vacío y soledad. Es como un astronauta que, durante un paseo espacial, hubiera roto el cable que le mantiene unido a la cápsula y flotara en una inmensidad negra e infinita con la reserva de oxígeno en una alocada cuenta atrás.

La boca de Slatan se abre y se cierra sin experimentar sonoridades. Después exclama algo en ruso. Un grito de rabia y miedo. No sabe qué hacer. Da un paso atrás. ¡El amonal va a estallar! Si saliese corriendo de la habitación, podría huir de la deflagración. Salvar la vida, pero ¡él no quiere salvar la vida! ¡Quiere sacrificar su vida! ¿Qué puede hacer? ¿Coger la bomba y salir corriendo por los pasillos? ¿Lanzarse contra el primer corrillo de pasajeros que encuentre? ¿Matar a cuatro o cinco personas? ¿Bajar a recepción? ¿En qué se había convertido esa maldita misión? ¿En una carrera suicida? ¿En un videojuego? ¿En eso consistía ser un mártir? Todo en esa misión es absurdo. Como una película con el audio y el video desacompañado.

Entonces chilla...

Chilla...

Chilla...

De rabia, de rencor, de frustración.

Tres segundos después, la puerta se abre de un portazo violento. Eugene ha escuchado los alaridos desesperados desde el pasillo.

—¿Qué pasa?! ¿Estás bien?!

Slatan levanta la bolsa de explosivos envuelta en una manta, como si se tratase de un bebé. Es la primera vez que se encuentra desarbolado, que necesita imperiosamente ayuda.

—¿Se ha mojado la bolsa! Las medicinas..., todas las medicinas. Tienes que ayudarme.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Necesito secarlas! ¡Calor, calor seco...! ¡Deprisa!

La ley física que define la velocidad como una magnitud de carácter vectorial que expresa el desplazamiento de un objeto por unidad de tiempo tendría que reformularse después de ver los ciento cuarenta y dos kilos de Eugene corriendo por el pasillo de la planta cuarta del hotel Limbads a la vez que aporrea las puertas.

—¡¡Salid de las habitaciones...!! Slatan tiene problemas... ¡¡Necesitamos ayuda!!

El karadjo, con la bolsa pegada al pecho, lo sigue con la urgencia de una embarazada que ha roto aguas. Los explosivos van dejando un rastro culpable de líquido por el pasillo. En cualquier momento pueden estallar. Eugene, ajeno a todo, va gritando y golpeando las puertas de todas las habitaciones sin saber que la vida le va en ello.

—¡¡Rápido!! Hay que secar las medicinas...

Las puertas comienzan a abrirse. Varios pasajeros desconcertados se asoman en pijama, otros en albornoz. «¿Qué ocurre?», «¿Qué medicinas?».

Eugene no tiene tiempo de dar explicaciones, su amigo necesita ayuda.

—¡¡Calor...!! ¡¡Necesitamos calor seco!! ¡¡Secadores, ventiladores de aire, toallas, lo que sea!!

Más pasajeros se asoman alertados por los gritos y el revuelo. La novia que lee a Henning Mankell es la primera que reacciona, práctica.

—¡Tengo un secador en la maleta...!

Desaparece dentro de su habitación. Nancy aparece corriendo por el inicio del pasillo.

—¡Yo tengo otro...!

El anciano, vestido con una camiseta de tirantes, aporta nuevas soluciones.

—En recepción hay un calentador, voy a buscarlo...

Y sale corriendo a la velocidad que le permiten sus ochenta y dos años y las secuelas de un cáncer de colon. Al final del pasillo, los aguarda mamá July haciéndoles gestos para que se acerquen.

—¡Tengo una manta eléctrica en la cuna del bebé...! ¡Entrad en mi habitación!

Con la bolsa chorreando se dirigen a la habitación. Es un milagro que el amonal no haya estallado todavía. Como en cualquier habitación donde convive una madre con tres niños, el ambiente es una miscelánea de olores primarios. Fragancias de toallitas húmedas con cacas de bebé. Olores a papilla de plátano y cereales. En las esquinas, desperdigados, coches de scalextric, trozos de galleta, migas de pan y calcetines desaparejados.

Slatan y Eugene entran precipitadamente en la habitación. Un desembarco torpe y nervioso que contrasta con la imagen del bebé durmiendo plácidamente en la cuna. Una manta eléctrica con estampados de Mickey y Pluto mantiene caliente el cuerpo del bebé. Mamá July, con la pericia ganada a lo largo de tres embarazos, lo levanta de la cuna sin que se despierte y les señala la manta eléctrica.

—Es calor seco. Envolved las medicinas con la manta...

Slatan, con sumo cuidado, coloca la bolsa de los explosivos dentro de la cuna. El amonal reposa en el hueco donde dormía el niño. Después, casi con amor, arroja la bomba con la manta eléctrica con estampados de Walt Disney. Unos segundos después aparece Nancy con un secador, lo enchufa y apunta dentro de la cuna. También llegan el novio con un alargador y la novia con otro secador. Lo conectan y orientan el aire caliente a la bolsa goteante. El anciano judío es el último en llegar. Transporta con esfuerzo un antiguo calentador que no se ha usado hace años. Lo conecta al trifásico y las resistencias apenas tardan diez segundos en brillar al rojo vivo.

La escenografía resultante es casi teatral. Todos colocados en torno a la cuna, como en una nueva anunciación donde se adorase a una bomba envuelta en una manta eléctrica con estampados infantiles. Una deificación del explosivo como nueva religión. Los Mártires de Instalood podían dormir tranquilos, la causa de Karadjistán ya tenía su altar profano. La cuna de un niño de meses servía como catedral.

Un goteo de pasajeros va desembocando en la habitación con toallas, mantas, alisadores de pelo, cualquier cosa que pueda servir. Slatan levanta la cabeza y, por primera vez, se da cuenta del mundo de afectos y solidaridad que hay montado en torno a la bolsa de medicinas falsas. Todos ayudan al pasajero silencioso. Al extraño de mirada fría que nadie conoce y con el que nada comparten.

Mamá July, con el bebé en brazos, le acaricia el hombro, comprensiva.

—Seguro que no se han estropeado, no te preocupes.

El terrorista asiente de forma maquinal. Una cuna decorada con motivos infantiles alberga un chaleco de explosivos que servirá para matarlos a todos. Slatan no ha estado tan aturdido en toda su vida.

En la calle hace frío. Dieciséis grados bajo cero. De las ventanas cuelgan estalactitas pétreas y afiladas. Slatan mira al infinito. La ventisca le da en la cara. Avanza unos

pasos por la nieve y se agacha. Ahí está de nuevo el perro, que se acerca solícito y le deja la pelota a los pies. Se miran unos segundos. El terrorista coge la pelota y la lanza con fuerza. El perro, feliz, sale corriendo y ladrando detrás de ella. ¿Eso era la felicidad para el perro? ¿Correr detrás de una estúpida pelota de tenis?

Después se dirige hacia el cobertizo que se encuentra detrás del hotel. La recepcionista le ha dicho que allí puede encontrar plásticos viejos. Fundas de colchones impermeables que le servirán para aislar «las medicinas» y evitar que se vuelvan a mojar. Cuando entra en el cobertizo, una bocanada de polvo y herrumbre le asalta la garganta y la nariz. Conecta los halógenos del techo y se da cuenta de que solo funciona uno. En las estanterías se acumulan cortinas viejas con estampados florales, lámparas, bombillas y todo tipo de cacharros que sirvieron en algún momento para el hotel. Al fondo se yergue amenazante una montaña de somieres oxidados. Un *stock* de objetos desahuciados entre los que podría figurar él. Un terrorista suicida pasado de moda, combado por el uso de cientos de huéspedes y podrido por la mitad. Una voz femenina lo rescató de aquel cementerio de tres estrellas con alojamiento y desayuno incluidos.

—Te pillé.

Nancy se refugia del frío envuelta en un abrigo azul que le llega hasta las rodillas. Lleva el pelo recogido dentro de un gorro con orejeras y lo observa con un gesto gracioso desde la puerta. Lo ha debido de seguir desde el hotel. Ajena al silencio de Slatan, se pone a curiosear entre los cachivaches del cobertizo. El terrorista procura ignorar a la chica y vacía algunas cajoneras polvorientas. Dentro hay un buen número de plásticos doblados que le podrían servir para aislar de la humedad los explosivos. De pronto, Nancy le chista. Se ha colocado una soga de quince centímetros alrededor del cuello como un ahorcado y lo mira sonriente con la cabeza ladeada como si estuviera colgada. Saca la lengua y entorna los ojos para dar un toque más histriónico a su actuación.

—Ahhh..., me muero, ¿qué te parece? ¿Demasiado joven para morir?

Slatan la mira un segundo y sigue buscando dentro de las cajoneras. Ha habido algo distinto en su mirada distante. Esta vez ha empleado más tiempo de lo que en él sería habitual. La joven aparta la soga del cuello.

—Ya..., que tú eres más de cortar en vertical... ¿Qué buscas? ¿Te puedo ayudar?

Ni una palabra sale de la boca del terrorista. Así que Nancy empieza a curiosear por los rincones hasta que encuentra un hula-hop.

—Me pasé media infancia haciendo girar un aro como este. Mi pueblo era muy tradicional. Los chicos cazaban ranas en las acequias y las chicas bailábamos el hula-hop, aunque a mí me gustaba más cazar ranas.

Se gira para mirarla y descubre que Nancy se ha desprendido del abrigo y mueve las caderas haciendo girar el hula-hop. Tiene algo de imagen infantil. Recuerdos de tardes de verano y primeros besos en el templete de la plaza Mayor.

—Con nueve años, podía meterme en un bidón de cincuenta litros que estaba en

el garaje. Si se peleaban mis padres o algún chico me dejaba..., allí me iba...

El terrorista extrae un largo plástico. Le servirá para envolver el chaleco de explosivos.

—Y no salía hasta que oía gritar a toda mi familia, que me buscaban como locos. Entonces se me saltaban las lágrimas y salía corriendo a abrazarlos...

El hula-hop gira en torno a Nancy como una segunda piel. A Slatan le cuesta trabajo no volverse a admirar a aquella criatura frágil que mueve un aro con la cadera.

—Y me quedé con esa idea del amor... Que era simplemente eso: importarle a alguien.

Nancy deja de girar el hula-hop, que se desliza por sus rodillas y cae hasta los tobillos. Slatan coge un plástico precipitadamente. La joven, a su espalda, ha dejado el aro y sostiene una sierra con afilados dientes. Recorre con la yema de los dedos las ondulaciones cortantes de la superficie.

—¿Qué te parece? Con esto no me sutura las venas ni el sastrecillo valiente...

El terrorista, que está acabando de doblar el plástico, no puede evitar sonreír sutilmente. Es casi una mueca, pero le ha hecho gracia. Ella también sonrío, picara, con la sierra de cortar árboles canadienses en la mano.

—No te rías, que te estoy viendo. Y no tiene gracia. Mi psiquiatra me dijo que tuviese cuidado con las sierras de doble filo y con los chicos como tú.

El terrorista sale del cobertizo. Casi huye. Nota el pulso acelerado. Le asusta lo que acaba de suceder. Le asusta encontrarse a gusto en compañía de Nancy. Le asusta todo lo que está sucediendo en un terreno desconocido y extraño: su corazón.

Un telón de nubes se ha extendido sobre el cielo. Vuelve la cabeza hacia el cobertizo. El halógeno sigue iluminando tímidamente el interior. Un pensamiento demasiado íntimo le hace estremecerse. Aquella tímida luz, titilante en mitad de la noche, le ha recordado la posibilidad de un hogar. Así fue.

VEINTE

Dentro del hotel gobiernan el jolgorio y las risas. Una veintena de pasajeros ha juntado varias mesas y ha improvisado un bingo. Al fondo, el anciano toca el piano. Los dos niños, Alex y Oliver, están sentados a su lado e improvisan duetos desafinados y nerviosos. Cuatro troncos de abeto crepitan dentro de la chimenea encendida. Eugene hace girar el bombo y canta los números que todos buscan afanosamente en los cartones.

—El veintidós, los dos patitos...

Cuando Slatan entra en el comedor, algunos pasajeros lo miran con curiosidad. Eugene sigue recitando números.

—El sesenta, seis, cero, inicio de la menopausia —bromea.

Duda si sentarse solo, pero finalmente se acerca a ellos, tímido. Parece que quiera decir algo y no encontrase las palabras. Eugene, con una bola en la mano, detiene el recuento. Se genera un segundo de tensión. A Slatan se le ve nervioso, incómodo. Finalmente, con esfuerzo y casi sin poder levantar la cabeza, musita:

—Gracias...

Silencio. Nadie habla. Para muchos es la primera vez que escuchan su voz.

—Gracias por ayudarme.

Duda si irse, pero opta por sentarse en una esquina de la mesa, junto a Eugene. Cabizbajo. Varios pasajeros hablan a la vez, le quitan importancia. El novio le estrecha la mano.

—De nada, tío... un placer.

—Aquí aislados, no nos queda más remedio que ayudarnos, ¿no?

—No ha sido nada, hijo —dice mamá July—, pero... ¿qué era ese paquete que parecía tan importante?

El terrorista se queda mirando los cartones tachados y levanta la vista.

—Cultivos y compuestos químicos para... fabricar medicinas...

Varias cabezas asienten, como si la explicación les bastase. Nadie sospecha que en aquella bolsa supurante descansaban doscientos cincuenta gramos de amonal. Suficiente explosivo para hacerlos saltar por los aires. Eugene se adelanta impelido a completar la explicación sobre las medicinas.

—Es que los dos somos del gremio de la salud, él trabaja para una farmacéutica y yo vendo zapatos.

Le pasa un brazo por encima del hombro como si fuesen amigos de toda la vida. Como si se hubiesen emborrachado juntos, acudido a despedidas de solteros y jugado domingos alternos partidos de fútbol en campos de hierba artificial.

—Venga, compañero, que nos debes una...

El representante de zapatos arrastra el bombo de las bolas hasta la altura de Slatan, que lo mira sin comprender.

—Dale a la manivela, que seguimos para bingo. Es muy fácil, vas sacando las bolas y cantando los números y de paso no pierdes ojo a los espabilados, que llevamos tres líneas falsas en menos de media hora.

Bloqueado ante el bombo, termina accionando la rueda y haciendo girar las bolas. Los veinte pasajeros lo miran esperando que anuncie el primer número. Slatan, cohibido, absurdo, coge la bola.

—El cincuenta y tres.

Nancy llega más tarde, pide un par de cartones y se sienta junto a Slatan. Le hace gracia verlo cantar números. Finalmente, comenta a mamá July:

—Han dicho en las noticias de las seis que el temporal va para largo... Nos vamos a hacer millonarios con el bingo.

—El doce...

Eugene tacha el número con un aspa.

—Pues si va para largo —propone el representante de zapatos—, ¿por qué no hacemos una jornada gastronómica? Somos cada uno de su madre y de su padre. De catorce países diferentes.

—El noventa y cuatro.

La novia tacha la casilla.

—Me parece una buena idea —interviene mamá July.

—¡Claro que es buena idea...! Que cada uno haga la comida típica de su país. Así descubriremos uno de los misterios mejor guardados de la gastronomía: si es verdad que los chinos se comen entre ellos...

Bromea Eugene hasta que un chino sentado junto a la chimenea le lanza una mirada recriminatoria. Eugene sonríe.

—Es broma, amigo... —Se vuelve de nuevo a los jugadores de bingo—. ¿Os apetece?

Varias voces asienten.

—Mejor que estar cruzados de brazos —comenta el novio—, puede ser divertido.

Slatan sigue serio a su labor.

—El trece.

La novia que lee a Henning Mankell mira a su pareja y suelta un latigazo sin venir a cuento.

—A mí solo me apetece que deje de nevar y nos podamos largar de aquí. Disfrutar de una vez la luna de miel. Además, mi marido no creo que sepa freír un huevo.

Su intención era tal vez hacer un chiste, pero el silencio ha generado una tensión extraña en la mesa. Todos quieren que deje de nevar, todos quieren irse de ese hotel y retomar sus vidas, pero nadie lo comenta por obvio. Al contrario, intentan pensar en

positivo para olvidar la situación generada por la tormenta. El bombo de las bolas deja de sonar. Todas las miradas se concentran en el novio, que levanta los ojos del cartón y mira a su pareja, serio. Se arranca muy suave.

—¿Sabes? No me casé contigo por la luna de miel. Me importa una mierda la luna de miel... y el *jacuzzi* de la suite y bucear en Hulopoe Beach y todos los extras que habíamos contratado, ¿y sabes por qué? —Para entonces la cara de la novia parece una efigie del museo de cera. El novio continúa—. Porque precisamente la luna de miel va a ser lo único artificial de nuestra vida. Esto podría ser una playa de Hawái, con nieve y veinte grados bajo cero y tú podrías llevar puesta toda esa ropa de colores alegres que tienes en la maleta y que te hace estar tan guapa, pero solo te he visto con ese chándal gris y el pelo recogido en una coleta y quejándote todo el día.

El silencio invade el comedor. Solo el crepitar de los leños interviene en la conversación.

—Así que perdona que me haya lanzado aquí, delante de todo el mundo, pero tú eliges dónde empezamos nuestra luna de miel, cariño.

Pausa de tres, cuatro, cinco segundos. El novio coloca meticulosamente los tres cartones del bingo en línea. Nadie habla. La novia se ha quedado muda. Se toca el pelo para comprobar que sigue teniendo la cola de caballo con la que se peinó por la mañana. Completamente desorientada. Mamá July intenta romper la tensión.

—¡Pues que cada uno cocine lo que sepa..., si es un huevo frito como si es un pollo al chilindrón... hawaiano! —se vuelve hacia Eugene—. ¿Crees que nos dejarán usar la cocina del hotel?

—¿La cocina? Dejadme diez minutos a solas con el director y os aseguro que nos deja la cocina, la cubertería de plata y hasta nos hace la compra.

Los dos se miran coquetos.

—No lo dudo.

Mamá July asoma sutilmente el pie por debajo de la mesa y le muestra el par de zapatos de tacón que le regaló. Sonríen tímidos. El anciano que está sentado junto al piano interviene.

—Pues yo voy a hacer *cholent*, es lo que comemos los judíos en el Sabbath.

Varios pasajeros más comentan los platos que tienen pensado elaborar. Una lista de harinas, huevos, salazón, pimentón y cebolla se cruza en una conversación caótica. Todos parecen a favor. Todos menos Slatan, que tiene la mano petrificada en la manivela del bingo. Ya no saca números. Eugene lo mira.

—Y tú, Slatan, te podrías guisar un *borscht* ruso, ¿no?

Varios pasajeros lo animan.

—Comida rusa, ¡buena idea!

Eugene empieza a corear. ¡*Borscht, borscht, borscht!* Otros se van animando. El terrorista se levanta violento, volcando el bombo y desparramando las bolas en ochenta direcciones.

—¡No soy ruso, soy de Karadjistán! ¡Karadjistán! —escupe rabioso—. ¿Alguien

sabe situarlo en el puto mapa? ¿Alguien tiene la más mínima idea de dónde está?

Aparta la silla de una patada y sale de la habitación con un caminar ofuscado y terrible. Como un animal acorralado buscando la salida. La tensión ha anidado de nuevo en el pequeño salón. Eugene se vuelve hacia el anciano, que los observa desde la esquina, junto al piano y se encoge de hombros.

—¿Karadjistán? Eso está por Escandinavia, ¿no?

Nunca se había visto tanto alboroto y tantas carreras en la cocina del hotel Limbads. Ni siquiera el día que pernoctó Elton John con su novio. Los fogones no dan abasto y brillan incandescentes salpicados de aceite. Las recetas se solapan en las sartenes: fajitas, salmorejo, cebolla caramelizada, empanadas caseras, postres de miel, rollitos de primavera, tartas de chocolate. Lo salado se mezcla con lo dulce y los postres con los primeros. Mamá July da vueltas a un suflé el tiempo libre que le dejan los niños, que corretean por toda la cocina empujándose y utilizando una cazuela de tambor. Eugene lleva un gorro de cocina y capitanea las bromas metiendo la nariz en todos los guisos y exigiendo ser el catador oficial e incluso otorgar el premio al mejor guiso.

Mientras el novio bate unos huevos, se abre la puerta y aparece la novia. El primer impacto al verla es desconcertante. Va vestida con todos los colores del arcoíris en un esfuerzo por solapar camisetas y vestidos de verano para no pasar frío. El resultado final es una mezcla de *prêt-à-porter* en versión indigente. Varias camisetas de manga larga se intuyen debajo de un vestido fucsia. Calza sandalias griegas, pero sobre leotardos blancos. Unas gafas de sol y el pelo suelto pero aplastado por un gorro de nieve con orejeras. Ha hecho un esfuerzo por adaptar su vestuario veraniego a los quince grados bajo cero. El resultado es gracioso y caótico. Ella, pizpireta y sonriente, se planta en mitad de la cocina y da un giro de ciento ochenta grados sobre sí misma para que todo el mundo la vea. Parece otra mujer, alguien colorista y vital. La novia con el cuerpo embadurnado en crema solar que hubiese sido en la luna de miel a treinta y cinco grados. Se quita el gorro de nieve y mueve la cabeza para desenredar el pelo. El novio deja el bol con los huevos batidos y mira a su mujer con la misma devoción que el día de la boda camino del altar. Enamorado. Seguro de estar con la mujer de su vida.

—Estás... preciosa.

Ella sonrío feliz y se alisa el tutú en el que se ha convertido la falda por efecto de las capas que lleva debajo.

—La moda primavera-invierno..., que más o menos consiste en ponérselo todo y olvidarse de que conjunte... ¿Te gusta?

—Me gustas tú... vestida, desnuda o con esquijsama y calcetines. Me gustas y me encanta verte sonreír de nuevo.

La novia, graciosa, coge un huevo.

—Habrá que colaborar en el buf ,  no? Yo voy a hacer tarta de manzana, lo primero es batir huevos.

Saca un huevo, lo casca contra la frente de su marido y lo echa en un bol.  l aparta el bol, la coge de la cintura y la sienta en la encimera por sorpresa. Le da un beso sujetándole la cara con amor. Un beso profundo, apasionado, que contrasta con el hecho de que ella está sentada, agarrando un huevo con una mano y la batidora con otra. Los pasajeros corean y gritan blandiendo cacharros de cocina.

— D jala coger aire!

— Le est  haciendo el boca a boca!

—  Ese dentista!!

Mamá July se ríe y cuando vuelve con la tarta, ve que Eugene tiene metido el dedo índice en el chocolate. Lo rega a como a un niño, golpe ndole la mano, «como te vuelva a ver, vas a cobrar». Eugene saca el dedo del chocolate fundido, se pinta un bigote como Hitler y levanta el brazo derecho hacia mamá July, que se ríe con la ocurrencia.

— Heil cocinera!

El anciano judío, que pasa a su lado, le baja el brazo y niega con la cabeza serenamente.

—Esas bromitas...

Eugene se excusa con la mirada y se quita el bigote relami ndose. Después coge al bebé, que est  gorjeando dentro del cochecito.

—Me parece que el bebé viene cargado...  Le pongo un pañal nuevo o le doy la vuelta al que tiene?

Mamá July lo mira alucinada. Eugene sonríe.

—  Es bromaaa...!!

Nancy se acerca a la pareja con unos raviolis con tomate en una cazuela.

— Alguien ha visto a Slatan? Lo he buscado en su habitación, pero no estaba...

Nadie sabe dónde está. La novia comenta que se cruzó con él en recepción, pero que no hablaron. «Quizá haya vuelto al cobertizo», piensa Nancy. Pero Slatan no ha vuelto al cobertizo. Está cerca del bosque, solo. Barruntando su odio en silencio mientras contempla las luces del hotel. La ira tiene la facultad física de agigantarse en contacto con la soledad. Como una reacción química inestable que aguardase un cambio de temperatura para explotar.

Dentro de la cocina el ruido de las sartenes se mezcla en un festival gastronómico multirracial. Quizá una semana después ninguno de los participantes en esa fiesta recuerde las caras de los pasajeros que se afanan en acabar las recetas y salar los platos. Sin embargo, esa noche son un poco más felices. De alguna extraña forma, cocinar les ha llevado a estar más cerca de sus casas y de su gente.

Hora y media después las mesas est n alineadas en el centro del comedor. Dos docenas de platos decorados primorosamente se exponen a la vista de todos. La variedad de los menús representa la torre de Babel que se mezcla en el hotel. Tortitas,

verduras, fajitas, *pizzas*, asados, tortillas de patatas. Mamá July y Nancy acaban de colocar servilletas mientras los novios colocan palillos y cubiertos. Todos colaboran. Eugene, en una esquina, ha quitado el pañal al bebé y al levantarlo, para colocar otro, el pequeño le suelta un chorrito de pis que le moja la camisa. Mamá July no puede aguantar una risa. Es una carcajada sana y limpia. Un estado de felicidad que significa un punto y aparte de un divorcio traumático, tres viajes a Kaliningrado, y un pleito interminable sobre la cuantía de la pensión alimenticia.

—Se me olvidó decirte... —La risa no la deja continuar—. Es quitarle el pañal y suelta el chorrito..., es que no falla.

El representante de zapatos sonrío mientras le pone con pericia el pañal.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. A los americanos nos llevan meando los republicanos y los demócratas treinta años encima y no nos hemos quejado nunca. Hasta lo agradecemos. Yo, si no me mean encima una vez al día, me siento extraño..., te lo juro.

La mamá saca un pañuelo y le seca la camisa con ternura. Con las brasas de la risa brillando aún en su cara. Él le guiña un ojo. Mientras tanto, varios pasajeros sacan fotos al banquete. En cada plato han colocado la bandera del país al que pertenece. Nancy mira a ambos lados buscando a Slatan.

—No lo entiendo..., ¿dónde se ha metido Slatan?, se lo está perdiendo.

Antes de que nadie pueda contestar, la puerta de entrada se abre de una patada. Una ola violenta de frío y nieve entra en el comedor haciendo que todos se estremezcan. En el dintel se yergue la figura sombría de Slatan, un hombre marcado por el rencor. El buen rollo y las carcajadas se cortan de golpe como una mayonesa mal cuajada. Algo se ha perdido. Todos los pasajeros observan a Slatan, que lleva un plato repleto de barro, hierbajos y piedras. Lo tira sobre la mesa con violencia provocando que varias copas se caigan y tres se rompan. El barro ensucia la presentación inmaculada de la mesa. Nadie entiende nada. Slatan los mira uno a uno, retador, violento.

—¿No queríais el plato típico de Karadjistán? —Señala el plato de barro—. Ahí lo tenéis...

Nadie se atreve a moverse. Avanza un paso y se encara con varios pasajeros. Retador.

—Mi pueblo lleva años aplastado por Rusia. Nos exiliaron, nos cortaron las comunicaciones, la luz, el gas... —El viento frío entra por la puerta abierta—. ¿Hizo algo Naciones Unidas? ¡No! «Problemas domésticos» lo llamaron. No hacer nada es la forma de vida de mil quinientos millones de occidentales... Después de años de bloqueo, no quedaba nada. Los niños morían de diarreas. No había médicos ni antibióticos ni comida. No había calefacción... Entonces, empezaron los bombardeos.

Nadie mueve un músculo. Silencio pesado.

—¿La comida típica de mi país?

Coge el plato y lo tira contra la pared dejando una mácula oscura.

—Esta es la comida típica de Karadjistán... ¿Quién quiere probarla...?

Conmoción. El discurso ha atravesado sus cerebros y recorrido sus terminaciones nerviosas dejando un rastro de incertidumbre y miedo. La actitud agresiva de Slatan los ha dejado fuera de juego y descolocados. Han vuelto a la realidad del retraso, del incordio y los planes rotos. Vuelven a desear que la tormenta acabe rápido. Suficientes problemas acumulan a diario para cargar con los problemas de nadie. En el fondo, piensan, no tienen nada en común con toda esa gente que deambula por los pasillos del hotel Limbads. Son extraños que han coincidido en un cruce de caminos en mitad de ninguna parte. Eso es todo.

El terrorista sale del comedor cabizbajo y violento. Como un jabalí moribundo con cuatro cartuchos alojados en el cuerpo que corre desesperado antes de caer muerto. Nancy lo ve irse y recuerda, por un instante, la mirada suicida que los azulejos del baño le devolvieron antes de abrirse las carnes de las muñecas con dos trazos horizontales. Una mirada sin retorno. Así fue.

VEINTIUNO

Slatan sale al porche, afuera el frío estremece la noche y adorna de brillos escarchados la oscuridad. Pese a la temperatura bajo cero, sentado en un banco está Alex, el niño sordo. Mira fijamente uno de esos aparatos móviles que vibran y suenan con el bamboleo del viento. Está hecho de bambú y cuando se golpea emite un sonido mate. Ningún otro ruido interrumpe ese momento mágico. Hay unos extraños segundos de comunión entre el terrorista y el niño. Aquel ruido los ha hechizado a ambos. Cuando el viento se detiene, el ruido del choque de bambú desaparece. Sin embargo, algo sigue sonando de fondo con una frecuencia muy similar. Los ojos infantiles de Alex se vuelven en esa dirección. Es el ruido de la cantera situada en la montaña. Un martillo percutor orada la epidermis helada de la colina. El niño escruta la noche intentando identificar una intensidad sonora que sus sentidos perciben.

De pronto, la puerta del hotel se abre con cadencia cansada y aparece la figura casi centenaria del anciano. Sin decir una sola palabra, saca un Marlboro y lo enciende con una profunda bocanada mineral. Mira a Slatan aclarando:

—A mis años... el cáncer de pulmón es casi una bendición...

El anciano fuma sin decir nada más. Cuando el rescoldo del cigarro se extingue, el anciano estira el brazo, se recoge la manga de la camisa y lo tiende hacia Slatan. En el antebrazo se pueden distinguir unos números borrosos tatuados. El anciano es parco en palabras:

—Mauthausen 1944. Yo era solo un niño..., pero sé perfectamente de lo que hablabas ahí dentro...

Después baja la manga de la camisa, se abotona el puño y se sienta en el banco de madera. Las palabras salen de sus labios agrietados y secos. Pese a la edad y al desahucio de los dientes que apuntalan su barbilla octogenaria, su voz es clara y firme.

—En Karadjistán teníais hierba y ramas secas para comer..., nosotros, en el campo de concentración, no teníamos ni eso... —Un silencio de millones de muertos ha germinado repentinamente en el porche—. Yo no me puedo quejar. Estoy vivo. Mamá, papá y mis cinco hermanos terminaron en el crematorio...

Respira hondo. Como si el recuerdo de su familia aún le quitase el aliento.

—Te parecerá una locura..., pero algunas noches... todavía sueño con el olor que salía de las chimeneas... Era el olor de mamá y papá...

Mira al frente. No busca que lo compadezcan ni que lo consuelen, ni siquiera que lo entiendan. Nadie que haya sufrido realmente busca una compensación. El dolor es demasiado íntimo como para profanarlo públicamente. La historia del anciano judío

se remonta más de medio siglo atrás. Al final de la Segunda Guerra Mundial. Las enciclopedias pusieron fecha al final de la contienda: el 2 de septiembre de 1945, pero no fue así. Miles de judíos alemanes continuaron una silenciosa batalla. Una batalla perdida de antemano y que se libraba en sus propios cuerpos: anemias, paranoias, demencias, insomnios crónicos. Secuelas del horror. Cuadros psicossomáticos que asolaron a varias generaciones y a los que ningún armisticio puso fin. Él tuvo suerte. Cuatro meses después de salir por la puerta número doce del campo de concentración de Mauthausen, con dos trozos de pan y una chaqueta con la bandera de la Unión Soviética bordada en la manga derecha, fue contratado como chico de los recados en la prestigiosa Escuela de Circo de Porolov, en San Petersburgo. Dos años después, aquel chico introvertido conocía todos los trucos de prestidigitación, magia y escapismo. El mismo Porolov lo consideró su más digno heredero. Cuatro años después salía de la escuela con el firme propósito de viajar por todo el mundo con su maleta repleta de cajas con doble fondo, chaquetas con compartimentos secretos y unos dedos capaces de arrancar un cigarro de los labios con una mano mientras prendían el fósforo con la otra.

Gracias a la magia pudo enterrar en cal viva dieciséis meses vividos en el infierno de Mauthausen. Dieciséis meses donde los crematorios lanzaron al cielo toneladas de cenizas confundiendo los cuerpos, los sueños y las esperanzas de miles de judíos.

Sus ágiles dedos fueron el pasaporte con el que recorrió los teatros de Europa y Norteamérica, donde el invierno de 1965 conoció a Linda Vilovich, su mujer. Una judía neoyorquina enjuta y vivaracha, amante del *country* y la comida picante, que le regaló millones de recuerdos y ningún hijo.

Qué lejos quedaban todos esos recuerdos. Fotografías sepias de un mundo definitivamente enterrado. La noche que rodea al hotel Limbads es fría y ventosa y le devuelve al presente. En el porche resuena la cantera de la montaña como la banda sonora de una película en blanco y negro. El niño sordo continúa mirando hacia la oscuridad, ajeno a todo. Los pulmones del anciano se contraen buscando oxígeno para hablar de nuevo.

—Por mucho que hayas sufrido..., hijo, siempre hay alguien que ha sufrido más...

Se incorpora del asiento de madera. Casi se puede escuchar el interior oxidado de su cuerpo. Un complejo engranaje de tendones a punto de romperse y de huesos astillados y combados.

—No te engañes, Slatan..., solo hay dos opciones: pudrirte por dentro o bailar al ritmo de la vida.

Se acerca al niño y le tiende la mano.

—Alex, tu madre me ha dicho que no puedes volver a la habitación sin saber el truco de magia que hace que te salgan monedas de la nariz, ¿quieres?

El niño asiente y se aferra a la mano artrítica del anciano. Ambos se alejan. El anciano anda con una peculiar cojera que a ratos parece un baile. Como si escuchase

una música que solo sonase para él.

De vuelta en la habitación, el terrorista se sienta en el colchón de muelles y comienza con su liturgia militar. Deja los zapatos de rejilla alineados debajo de la mesilla. Sobre la cómoda, el pasaporte y la cartera. Después se tumba cerrando los ojos.

Segundos después entra Eugene con un plato de comida en cada mano. Es una improvisada selección de los menús que han servido en el encuentro gastronómico. Desplaza todos los objetos que ha dejado Slatan perfectamente alineados y coloca los platos. Slatan hace lo imposible por no mirar, por no respirar, por ignorar los ciento cuarenta y dos kilos de humanidad que acaban de sentarse en la cama haciendo maullar los muelles. El representante de zapatos se encoge de hombros, conciliador.

—Te he traído lo único que merecía la pena, porque las fajitas estaban duras como piedras y me han dado unas cagarrinas de muerte. —Se queda pensativo. Íntimo. Slatan no se mueve. Como si estuviese amortajado y a la espera de que lo sepultasen a tres metros bajo tierra—. El otro día no fui sincero del todo. Me callé la mitad porque son cosas que duelen. Y las cosas que duelen... pues cuesta contarlas.

La voz sale con la cadencia de los confesionarios. Pausada y llagada por la culpa.

—¿Recuerdas que te hablé del 12 de diciembre? Es el día en que mi hijo cumple dieciocho años. Fue ayer. La última vez que vi a Bobby tenía seis años. Estaba jugando en la alfombra de casa con un puzle de animales. —Respira hondo. Habla con una ronquera de traqueotomía—. Cuando me divorcié las cosas salieron torcidas. Delante de la jueza me volví loco, me cagué en su madre, en la justicia y hasta en Abraham Lincoln. Veía mi vida colarse por un sumidero. Y mis viajes por el mundo vendiendo zapatos tampoco ayudaron. Perdí la custodia, las visitas, los fines de semana, todo.

Slatan continúa tumbado, sin decir nada, pero ha abierto los ojos. Mira al techo. El monólogo continúa. Es casi una confesión a sí mismo.

—Después la madre hizo el resto..., lo cambió de colegio, nunca me dejó verlo. Yo le mandaba cartas..., pero me imagino que nunca las leyó... Entonces pensé: «Cuando cumpla dieciocho y sea mayor de edad, te llamaré. No te preocupes, Eugene, aunque esté envenenado por su madre, cumplirá dieciocho y sonará el teléfono, seguro. Ya lo verás...».

Se frota las manos y sus dedos hinchados se enrojecen aún más. Eugene parece unos pantalones tendidos en mitad de una helada. Frágil y a punto de romperse por la mitad.

—Pues bien, el 12 de diciembre fue ayer. Cumplió dieciocho y no me llamó. Estuve todo el día, minuto a minuto, esperando esa llamada, escrutando las dos rayitas del condenado móvil, haciendo llamadas perdidas para asegurarme de que no estaba roto, y nada. Qué idiota, ¿no? ¿Por qué iba a llamar un adolescente a un gordo del que no sabe ni en qué país está? —Se levanta con pesadez de la cama—. Siento lo

de tu pueblo. Y haberte confundido con un ruso. Soy un metepatas profesional. Ese debería ser mi eslogan como vendedor —imposta la voz con falso acento comercial—. «El vivo ejemplo del bocazas más grande del mundo».

Las cuerdas vocales de Slatan se tensan emitiendo un murmullo difuso de aceptación. Eugene enciende la televisión.

—Voy al váter..., te pongo la tele para que no oigas el pedrisco..., tengo el estómago centrifugando las malditas fajitas.

Se encierra en el baño dejando a Slatan tumbado en la cama. En la televisión emiten una película en blanco y negro. Dentro del servicio se escuchan unos tímidos sollozos. El karadjo se incorpora un poco y mira fijamente la pantalla de treinta y dos pulgadas. Reconoce la película: *El tercer hombre*. En la imagen, Orson Welles y Joseph Cotten miran desde lo alto de la noria del Prater, en Viena, a la gente caminar. Desde la altura solo se distinguen pequeños puntos negros moviéndose. Cotten le pregunta a Welles si ha pensado alguna vez en sus víctimas. Wells se revuelve y le contesta que no sea melodramático, que mire abajo donde caminan todos esos puntos negros, si sentiría compasión por alguno de esos puntitos si dejaran de moverse. Si le ofrecieran veinte mil libras por cada uno que se parara. Si rechazaría el dinero o empezaría a calcular los puntitos que sería capaz de parar. La película continúa, pero Slatan ya no atiende al diálogo. Piensa en toda esa gente que se cruza con él en los pasillos, en el comedor, en la recepción del hotel Limbads. En los trescientos treinta y dos puntitos negros que se subían en el avión condenado a explotar en pleno vuelo. Puntos negros que minuto a minuto han adquirido cuerpo y rostro. Envergadura, calor, pasado. ¿Por qué no pueden seguir siendo puntos negros? Geografías vacías de emoción que nadie echará de menos si se dejan de mover y respirar. ¿Por qué siente un paralizante remordimiento anidando en su interior? Se incorpora del todo. En su cara se reflejan las imágenes en blanco y negro. Dentro del baño se escucha la cadena del váter.

VEINTIDÓS

El reloj marca las cinco de la madrugada. El frío hace crujir las tuberías de calefacción del hotel. El agua se congela y al dilatarse revienta los conductos en una inexorable elongación líquida. De pronto, Eugene agita el brazo de Slatan despertándolo con urgencia.

—¡Slatan! ¡Despierta, tenemos un problema...! ¡Levanta!

Ocho minutos después una treintena de pasajeros están reunidos en el comedor. Un improvisado sanedrín apretujado en torno a la chimenea cambia impresiones en voz baja. Mamá July llora desconsolada sentada en una mesa. Tiene la ropa mojada y los pies amoratados. Como si hubiese estado andando por la nieve descalza. La novia, a su lado, le calienta las manos frotándolas con fuerza. Un café humeante reposa olvidado frente a ella. Todos los rostros están serios y contritos. Los pasajeros se estremecen de frío con los pijamas asomando por debajo de las cazadoras. Las caras llevan impresas el desajuste horario de los arrancados repentinamente de la cama. Eugene se sube al escenario con el micrófono. Hace veinticuatro horas allí arriba solo había alegría y desenfado. Ya no canta, ni ríe, ni recita chistes atropelladamente. Su rostro cetrino y congestionado pelea por encontrar las palabras.

—Escuchadme todos. Alex, uno de los hijos de July, el sordo...

Mamá July musita para sí.

—No es sordo..., tiene un ocho por ciento de audición..., los médicos dicen que se podrá operar...

El discurso del norteamericano prosigue escogiendo las palabras con delicadeza.

—El niño ha salido al bosque y no ha vuelto..., lleva más de media hora ahí fuera, dijo a su madre que iba al baño y salió afuera, al bosque...

Conmoción entre todos los pasajeros. Dentro del hotel hace frío, pero fuera la temperatura es extrema. Incompatible con la vida de un niño. Varias exclamaciones en ruso inundan el ambiente. El novio, práctico, es el primero en contestar.

—Nos tenemos que dar prisa..., ahí fuera hay más de quince grados bajo cero...

Eugene asiente, preocupado.

—Vamos a ir por grupos... haciendo una batida por los alrededores del hotel gritando su nombre, ¿de acuerdo?

Mamá July murmura con voz de insecto, casi para sí.

—Alex no nos oirá..., no oye bien...

El anciano judío interviene como un resorte.

—Pues si no nos oye, lo veremos nosotros, no te preocupes..., lo vamos a encontrar.

Todos asienten pese a que el viento gélido golpee con insistencia las contraventanas recordando los quince grados bajo cero y la permeabilidad de la carne frente al frío.

Los preparativos son rápidos y precipitados. Rebuscan en el fondo de los armarios las botas, abrigos, mantas y cremas calóricas que necesitarán. En apenas unos minutos todos están dispuestos a enfrentarse con la tormenta. Pueden enfrentarse al frío extremo, pero son incapaces de asumir la muerte de un niño.

Todos menos Slatan.

El terrorista se sienta en una silla del comedor. Sereno, lúcido.

—Yo no voy...

Las palabras de Slatan se confunden con un sueño. Con una interferencia léxica producida por la ventisca. «Yo no voy» pertenece a lo imposible, a lo improbable. Una falla emocional abierta frente a una madre amputada. Con el lóbulo frontal paralizado de dolor y culpabilidad por no escuchar a su hijo bajar las escaleras y salir a la calle. Mamá July lo mira con la cordura balanceándose. El resto de los pasajeros lo miran sin salir de su asombro. Eugene, que caminaba hacia la recepción dispuesto a salir, vuelve sobre sus pasos y se encara con él. Le habla a diez centímetros de la boca.

—¿Cómo que no vas? ¿Es que no me has oído? Alex, un niño de siete años, está ahí fuera asustado y muerto de frío... ¿Cómo que no vas?

La voz que le contesta tiene el timbre y la suficiencia de los contestadores automáticos. Fríos, concisos y completamente indiferentes al impacto de sus palabras.

—Si el niño lleva treinta minutos a quince grados bajo cero, estará con hipotermia avanzada, y por tanto inconsciente. Y sin ver ni oír y con la nieve cubriéndolo, no hay ninguna posibilidad. Estará muerto en minutos. Si no está muerto ya.

El gemido agarrotado de la madre solo articula un sentimiento general de desesperación. El novio, el anciano judío, Nancy, todos miran a Slatan con la distancia de la incomprensión. Eugene se revuelve con furia y crispación y se lanza a por aquel desconocido. El novio lo sujeta por los brazos.

—¡¡Vete a la mierda!! ¿Me oyes? ¡¡A la mierda!!

Entre el novio y el anciano judío consiguen separar el cuerpo rígido de Eugene de la pasividad culposa del karadjo. Eugene hace aspavientos torpes e inútiles. Fuera de sí.

—¡¡Me equivoqué contigo, Slatan!! Pensaba que conocía a la gente y no conozco una mierda... ¡Ese niño está vivo y lo vamos a encontrar...!

La respiración de Eugene es nasal y fatigosa. El anciano judío zanja la discusión.

—Vamos, vamos..., no hay tiempo..., cada minuto es importante. Tenemos que salir ya...

El representante de zapatos aparta de un empujón violento a Slatan y desaparece por la puerta hacia la impenetrable noche. Todos lo siguen con una disciplina funeral.

En el comedor resuenan voces confusas de cómo se organizarán los grupos.

Cómo se fraccionarán en equipos pequeños de tres o cuatro personas para cubrir más distancia. Alguien propone golpear sartenes y cazuelas para que el niño los oiga. Segundos después todo es silencio y tormenta. Silencio y vacío. Silencio y culpa.

En el comedor cada mota de polvo permanece en la misma posición. Los muebles, los platos, el fuego de la chimenea, la conciencia de Slatan. Nada se mueve. Como insectos atrapados en resina. Podrían permanecer así durante siglos. Fossilizados en la instantánea nocturna.

A través de las ventanas se distinguen tímidas luces que se pierden entre la nieve. Luciérnagas desnortadas y ruidosas. Se escuchan gritos llamando al niño.

—Aleeeex... Aaaaaaleeeeeexxxxx.

La fonética gritada con acento chino, inglés, ruso, español, francés. Una comunión idiomática aferrando la vida en fuga. De pronto, en el umbral, aparece Nancy abrochándose el anorak. Enciende y apaga una linterna de veinte voltios. La precipitación ha dibujado rojeces infantiles en sus mejillas. Está guapísima, aunque su mirada no oculta una frialdad iracunda y acusadora.

—¿Qué mierda pasa contigo, Slatan? Nadie es tan... —intenta encontrar la palabra— ¡desalmado! para quedarse aquí sentado mientras un niño de siete años se muere de frío ahí fuera.

El terrorista calla. Algo en los matices lumínicos del amanecer nevado parece monopolizar su atención. Un hilo musical de voces que organizan grupos y marcan rutas resuena cerca del hotel. Nancy se ajusta los guantes de lana, dispuesta a marcharse.

—Todo ese odio te está destruyendo tanto que ya solo sabes dar consejos para morir. Has olvidado lo que significa vivir. Ya ni siquiera te queda alma para saber qué puede sentir una madre cuando su niño se está muriendo.

Por primera vez Slatan gira la cabeza y mira a Nancy. Sus movimientos son lentos y dolorosos. Sus músculos parecen salpicados de esquirlas de cristal. Cada gesto se traduce en una mueca de dolor íntimo. Se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón y saca la cartera roída. La abre y muestra un recorte de periódico amarillento. Doblado en cuatro partes. Se lo tiende a Nancy. Ella, desconcertada, se quita los guantes y abre con cuidado el recorte. Es una página de periódico escrito en algún dialecto caucásico. A cuatro columnas figura un titular incomprensible para ella, bajo él una fotografía en la que se distingue una calle destrozada por la metralla y las bombas. Tirados en el suelo, doce cuerpos con los rostros cubiertos con mantas y abrigos. Los cadáveres están salpicados de restos de sangre y metralla. Como muelas picadas por una caries sangrienta y caótica. Entre las víctimas hay un cuerpo que llama especialmente la atención. Es un cadáver más pequeño que los demás. Un niño de cuatro años. Por el extremo de la sábana que oculta el cuerpo sobresale una manita blanca que sujeta un pato de peluche. Lo sostiene con la fuerza iracunda del *rigor mortis*. El terrorista señala el cadáver.

—Se llamaba Ravil. Era mi hijo.

Después, Slatan cuenta con parquedad como la madre murió en el parto. Los rusos habían bombardeado el hospital dos días antes y tuvo que dar a luz entre escombros. Ravil no lloró al nacer. Cuando salió del cuerpo de su madre recubierto de placenta y sangre, no derramó una sola lágrima. La comadrona le golpeó el culo, le pinchó los pies, le apretó el lóbulo de la oreja, pero el bebé no lloró. Hay una reserva de lágrimas que la naturaleza, de manera instintiva, se reserva para el futuro. Segura de que, tarde o temprano, se derramarán. Aquel niño de tres kilos y doscientos gramos, color remolacha y mirada fija, no lloró al nacer y cuando cuatro años después un trozo de metralla le atravesó el pecho, tampoco lloró.

Slatan mira la fotografía de forma autómeta.

—Las bombas de los M-15 rusos caían por todas partes. La gente corría, pero mi hijo seguía allí parado, en mitad de la calle, esperándome. Con el peluche estrechado entre sus bracitos. Lo llamaba Cuaky. Lo agarró con todas sus fuerzas, como si ese pato pudiera mantenerlo en el lado de los vivos. —El aire del comedor tiene matices de amanecer. Los labios de Slatan tiemblan—. Ese día habíamos viajado a Almyty. Le repetí varias veces: «Si te pierdes en el pueblo, no te muevas, ¿entiendes?». Él decía que sí con la cabecita. «Quédate en el mismo sitio. Papá volverá y te encontrará. Tú no te muevas». Ravil me hizo caso. El bombardeo ruso comenzó a las once y veintidós minutos de la mañana. La metralla lo salpicaba todo. La gente gritaba y buscaba refugio debajo de los coches y en los portales. Todos menos mi hijo. Plantado en el centro de la calle. Ravil esperaba que lo fuese a buscar. Que su papá lo fuese a buscar.

Se queda mirando al infinito. Nancy dobla cuidadosamente el periódico y se lo devuelve. Se miran un momento. Se levanta ajustándose los guantes de lana y se dispone a salir a buscar al niño perdido cuando la voz quebrada de Slatan la detiene.

—No lo van a encontrar... —las palabras salen de su garganta como de un grifo obturado—. Lo están buscando en el valle, pero el niño está en la montaña. Es casi sordo..., pero escucha la frecuencia de sonido que emite el martillo hidráulico de la cantera... —Se incorpora de la silla y se dirige decidido a la salida. Nancy lo sigue—. Es de los pocos sonidos que ha escuchado en su vida..., por eso salió en mitad de la noche..., para oírlo de cerca. Salió en mitad de la noche por curiosidad..., es lo que haría cualquier niño.

El jersey de lana y los zapatos de rejilla que protegen a Slatan de los quince grados bajo cero se antojan ridículos.

—Vamos...

Cuando los pasos empiezan a hundirse en la nieve, se lleva los dedos a la boca y silba. De la espesura del bosque aparece la figura grácil del pastor alemán corriendo a través de la nieve. Nancy lo mira alucinada. No entiende de dónde ha aparecido el perro.

—Pero... ese perro... ¿es tuyo?

—No. Ese perro no es de nadie...

Sin decir una palabra más, Slatan comienza a caminar por la nieve camino de la montaña. Envuelto en el frío abrigo de la ventisca. Los pasos cortos de Nancy la obligan a correr detrás de Slatan para no perderlo. Algo en la naturaleza invernal de Slatan le facilita moverse por la nieve de manera elemental y cotidiana. Sin embargo, ni la adaptación darwinista de Slatan le permitirá aguantar mucho tiempo a quince grados bajo cero con la nieve empapando las perneras de sus pantalones y el agua congelada atravesando los ridículos zapatos de rejilla.

Cerca del valle, el grupo improvisado de búsqueda con Eugene al frente se detiene en un pequeño claro del bosque. Sus caras evidencian la extrema dificultad de caminar entre la nieve y los árboles. Todos jadean y se frotan los hombros procurando entrar en calor. Las voces que gritaban insistentemente el nombre del niño han perdido fuerza y cadencia. Esporádicos «Aaaleeeeex» rompen el silencio gélido del bosque. Como los estertores de un ahogado que no asumiese el gradual agotamiento y la inexorable gravedad que lo arrastra al fondo. Por fin, la voz de un pasajero holandés ordena el pensamiento de todos y lo traduce en vocales.

—Es imposible encontrar al niño en mitad del bosque... —El silencio interpela la afirmación. El holandés continúa—. Es la verdad, se nos están congelando los pies..., no llevamos calzado de nieve ni ropa térmica...

Otra pasajera rusa asiente.

—Yo estoy agotada..., además, tendrán que venir rastreadores profesionales. Gente con perros, que conozca el bosque.

Eugene niega desesperado y terco.

—Tenemos que seguir. Para cuando lleguen los perros será demasiado tarde...

Pero los músculos acalambrados por el frío argumentan otra cosa.

—Todos queremos encontrar al niño, pero es casi imposible. —El pasajero holandés mira un segundo a mamá July y procura escoger las palabras—. Alex es sordo..., igual está aquí al lado y ni siquiera nos oye.

El representante de zapatos se mueve como pez en el agua en mítines sobre calzado, en los encuentros de *marketing* y las convenciones de *placement*, pero está completamente desubicado en ese infierno blanco. Mira a su alrededor, improvisando.

—Pues hagamos una hoguera..., ¿eh? Así nos verá..., verá el fuego o el humo y lo encontraremos...

—No tenemos con qué hacer una hoguera —añade la novia descorazonada—, toda la leña está húmeda..., es imposible que prenda.

El anciano judío da un paso adelante.

—Puedo ir al hotel y traer madera seca y trozos de periódico para hacer fuego.

La madre interviene por primera vez. Su cuerpo y su cordura están al borde del colapso.

—No hay tiempo..., hace demasiado frío... —Comienza a llorar unas lágrimas que se congelan antes de descender por sus mejillas—. Mi pobre criatura, mi niño...

Eugene arranca unas ramas, las apila en el suelo torpemente y las intenta prender con un mechero. La novia tenía razón, las ramas están húmedas y congeladas. Desesperado, da una patada a la improvisada pira. Piensa un segundo. Se echa la mano al bolsillo y saca la cartera. Coge todo el dinero que tiene. Un fajo de dólares y otro de euros. Los pone en un montoncito. Todos lo miran flipados.

—El dinero está seco, ¿no? El dinero prende, ¿no? Así que voy a quemar todos los malditos billetes que tengo en la cartera hasta que consiga hacer fuego. —Con el mechero prende un puñado—. Empezando por los de un dólar y acabando por los de cien..., a tomar por el culo..., voy a hacer fuego y Alex lo va a ver...

Tras un segundo de desconcierto, el anciano, los novios y todos los pasajeros que componen el grupo sacan el dinero de las carteras y lo empiezan a apilar en la pequeña y ridícula hoguera improvisada. Una fogata arañada a la realidad, al frío, a la congelación. Un punto de calor solidario en mitad de la nada más absoluta.

Cerca de la cantera los zapatos lastrados de Nancy y Slatan se hunden veinte centímetros en la nieve virgen. El perro trota por delante olisqueando. El karadjo intenta rastrear las huellas infantiles de Alex, pero es imposible. Sigue nevando y hasta las huellas de unos neumáticos de coche se borrarían en unos minutos. Sin embargo, Slatan sabe que la nieve deletrea con una caligrafía clara y nítida sus mensajes. Solo hay que saberlos leer correctamente. Creció rodeado de nieve. Fue el elemento más presente en su infancia. Los inviernos en Instalood duraban siete meses. El otoño y el verano eran fugaces estaciones testimoniales que se replegaban al empuje de la primavera y el invierno.

El terrorista se detiene a dos palmos del suelo. Su cuerpo se estremece azotado por la congelación. Estudia con interés entomólogo dos ramas rotas. Nancy lo sigue en silencio con el jadeo sordo del vaho saliendo de su boca. Hace mucho frío. El martillo percutor de la cantera suena mucho más cerca, entremezclado con el viento. El ladrido estentóreo del perro hace que los sentidos de los dos se acentúen. Slatan comienza a correr levantando pequeñas olas de nieve polvo buscando la procedencia de los ladridos. Por fin lo ve. Cerca de un collado, el perro ladra frente a una figura cubierta de nieve y escarcha. Alex está tumbado en el suelo. Hecho un ovillo de sueños infantiles. Con la carita cubierta entre las manos. Medio congelado y tiritando espasmódicamente. Slatan se quita el jersey quedándose en una ridícula camiseta térmica interior y envuelve el cuerpecito del niño con delicadeza. Nancy también se quita la chaqueta y amortaja al niño procurando conservar el mínimo calor que aún le queda en el cuerpo. Tiene las manos moradas y congeladas. El terrorista se quita la camiseta blanca, la rasga e improvisa unas manoplas rudimentarias. Después levanta al niño en brazos con sorprendente ligereza y se lanza colina abajo a grandes zancadas. Nancy mira un segundo el torso desnudo y hermoso de Slatan, que se aleja entre los árboles. Si no estuviese tan asustada, suspiraría al ver los músculos

circulares de aquel cuerpo tenso.

Ajenos a lo que acaba de suceder en la montaña, los pasajeros regresan cabizbajos y moribundos al hotel. Mamá July apenas puede caminar. Con las funciones motoras desencajadas, necesita apoyarse en Eugene para avanzar. Para adelantar un pie delante del otro cuando cree haber perdido un hijo. El silencio tiene olor y densidad. Como la atmósfera concentrada de un nicho profanado. A veinte metros del porche del hotel, la recepcionista sale a su encuentro con el teléfono en la mano.

—Los equipos de rescate ya están en camino. Traen motos de nieve y perros.

El novio se aferra a una última esperanza. Al anhelo de lo improbable.

—A lo mejor lo ha recogido alguien en el bosque y está en una casa a salvo, ¿no?

...

Nadie le responde. Sus palabras cosifican el anhelo de todos.

El anhelo.

El anhelo hace que el mundo sea mejor. Que dos adolescentes se enamoren en una parada de metro y que una mujer, después de cinco sesiones de quimioterapia, esboce una sonrisa y pregunte «¿qué hay de comida?». Quizá el anhelo es lo único genuinamente humano que nos distingue del pragmatismo animal. De la certeza de lo físico y palpable. El anhelo es el imposible deseado. El tarareo de una canción dentro de una trinchera, el gesto cercano en la refriega sangrienta, la oración enmudecida en una cámara de gas. Por eso, cuando al final del camino vieron a Slatan con el niño en brazos, muchos pasajeros lloraron. Otros se estremecieron y pensaron que es posible. Que la humanidad puede ser mejor y la tenaz realidad puede ser doblegada. Aquel hombre torvo, iracundo y callado personificaba el anhelo de la vida. Aquella instantánea extraña y épica sería un recuerdo nítido muchos años después. Evocado en diferentes países. Narrado en diferentes idiomas. Recordado en diferentes latitudes. Slatan, con el torso desnudo y el niño en brazos, era el testimonio físico de la esperanza.

La gente comienza a gritar. Corren en su ayuda, sacan mantas, líquidos calientes, bufandas y abrigos. Los abrazos se confunden con los vítores y los aplausos con las lágrimas. Los rostros congelados dejan paso a frentes sudorosas, a dosis de adrenalina espontánea y felicidad. Mamá July coge al niño en brazos y lo acuna con movimientos líquidos y maternales. Con la intimidad de una gestación prolongada. Alex abre los ojos un segundo y, al reconocer a su madre, sonrío tranquilo. Hay algo de primitiva tranquilidad en ese gesto. Algo que le indica en su cerebro infantil que todo está bien. Que todo recupera el equilibrio. Ese orden natural que los niños identifican con «casa».

En mitad de esa primavera emocional, Slatan se mueve incómodo y fuera de lugar. Se intenta escabullir sin llamar la atención. Regresar al anonimato de su habitación. Pero los besos y los abrazos le estallan en la cara como pequeñas

explosiones de grisú dentro de una mina. Una concentración de gases empáticos que convierte cada uno de los pasos en una cortina de palabras, gestos y sonrisas. Slatan, sin quererlo, se ha convertido en un héroe. Cuando desaparece corriendo por el porche, una algarabía de agradecimientos lo persiguen y le recuerdan que los puntos negros ya no son puntos negros. Son caras reconocidas y cercanas que le dan las gracias y lo quieren.

Veinte minutos después, tumbado en la cama, intenta repetirse los motivos nacionalistas que lo han empujado a enfundarse un chaleco de explosivos e intentar matar a trescientas treinta y dos personas. Los enumera uno a uno: el ejército ruso. Las matanzas, las humillaciones. El decálogo del odio escrito con la sangre de los Mártires de Instalood. Pero es inútil. Las manitas de Alex aferradas a su cuerpo le recuerdan demasiado a las manitas de Ravil, su hijo, y en realidad, su único motivo de venganza. Es la primera vez que al evocar a Ravil piensa en su risa y en sus ojos despiertos. Hasta ese momento su cerebro solo decodificaba recuerdos del Ravil bombardeado y muerto. Alex ha evocado la memoria sensitiva de días felices que se encuentra enterrada en el cerebro de Slatan. La memoria que lo traslada al olor del café, a las sábanas limpias, a los zapatos brillantados, a la infancia. Al contorno de un hogar. Por eso, cuando la puerta de la habitación se abre y aparece la figura delicada y frágil de Nancy, Slatan no sabe reaccionar. Lleva un pijama azul de franela gorda, rematado con un gorro de lana. Tiene un aspecto cómico y en las antípodas de la sexualidad comúnmente entendida. Sin embargo, el terrorista sabe, en ese preciso instante, que no querría estar en ningún otro lugar. Y desea sentir aquel cuerpo muy cerca del suyo. Nancy se mete en la cama y se acurruca a su lado. Aprieta el cuerpo contra el suyo y él siente el contacto de sus pequeños pechos juveniles contra el brazo.

—Mira, Slatan, voy a ser sincera: tengo los pies congelados, la piel de gallina y mi cama está helada. Además, me apetece pasar la noche abrazada a ti... y si no te gusta, llama a recepción y quéjate, porque no me pienso mover, ¿está claro?

Dicho esto, Nancy le pasa un brazo por el abdomen y como un *tetris* humano busca la geometría exacta hasta quedar encajada con su cuerpo. Convertida en un ovillo íntimo y sensual junto a él. De nada sirve protestar. Se ha colado en su cama con la naturalidad de los cambios atmosféricos, la gravedad de los planetas o la luz que se cuela por la ventana al amanecer. Una especie de orden natural que no admite discusiones.

Y así es que el mártir, destinado a formar parte de las canciones de los niños y los bordados de las mujeres de Instalood, se queda allí tumbado, con los ojos clavados en el techo teniendo la certeza de que no ha estado tan a gusto en toda su vida.

VEINTITRÉS

El viento ha dejado de golpear las contraventanas y un rayo de sol pugna por abrirse hueco en el valle. Cuando Slatan abre los ojos, Nancy no está. Sonríe al recordar el cuerpo sensual junto al suyo. La intimidad del calor nocturno. Se incorpora. Eugene no ha dormido en la cama de al lado. Cuando va a buscar la ropa en la silla de la entrada, descubre que donde estaba su viejo traje de cheviot se encuentran un jersey de lana con arces bordados, unos pantalones de pana, unas botas con forro de borrego y un gorro con orejeras. Alineada, limpia y muy hortera. Slatan despliega encima de la cama aquella ropa desconocida y colorista. Su estado de ánimo se balancea entre el enfado y la perplejidad. Cuando entra Eugene en la habitación, lo interroga.

—¿Dónde está mi ropa?

El representante de zapatos se encoge de hombros, como pidiendo excusas y señala hacia el exterior.

—Fue una idea de Nancy. Dijo que te haría gracia...

Se asoma por la ventana y distingue a cincuenta metros el muñeco de nieve vestido con los restos de su viejo traje. Mira al cielo escogiendo la blasfemia precisa para cagarse en todo. Eugene, inocente, añade:

—No te lo tomes así..., tu ropa parecía de vagabundo. Y te digo más..., a mí también me ha pasado; un viaje corto, un par de mudas, un imprevisto y te quedas con los calzoncillos zarrapastrosos una semana.

Slatan mira la ropa que hay encima de la cama.

—La ropa ha salido de una colecta que hemos montado en el comedor. Todos querían participar. Nos sentimos en deuda contigo. Si no fuera por ti, ese pobre niño... Gracias, amigo.

Eugene lo abraza reprimiendo las lágrimas. Sus brazos romos y circulares lo atenazan como un oso. A Slatan lo pilla descolocado, sin defensa posible y le devuelve el abrazo con dos palmaditas ridículas en el hombro, «ya, ya...». El norteamericano le habla íntimo:

—Otra cosa... —Sonríe ampliamente y baja el tono de voz, como un amigo contando confidencias—. He tenido una aventura, con July... Nada de sexo, entiéndeme, pero... hemos dormido juntos... desde el amanecer... un ratito.

—Bien...

—Y al despertarnos, ¿qué crees?

—No sé...

—¡No ha dicho nada de mis ronquidos! ¿Te lo puedes creer? Ronco como un oso y no ha dicho ni pío. Yo creo que eso es amor, ¿no te parece? Creo que vamos en

serio...

Lo mira sin saber por dónde salir.

—Me alegro, Eugene.

—Quería que fueras el primero en saberlo...

El terrorista se pregunta cuándo se hacen los amigos. ¿A los seis años? ¿En el colegio? ¿En la universidad? Él, a los treinta y cuatro, acaba de hacer uno. Realmente un buen amigo. Eugene, ajeno a todo, le tiende el puño en un gesto de complicidad masculina. Slatan no tiene más remedio que chocar el puño. La sonrisa abierta de Eugene se transforma en la promesa de una biografía nueva junto a mamá July. La celebración de nuevos recuerdos. Un álbum de fotos con cientos de fotos que añadir y quizá el primero de muchos domingos susurrados bajo las sábanas.

—¿Y tú...? ¿Qué tal tú con esa niña preciosa, Nancy?

—Bien.

—¿Sabes lo que creo? Que todo esto: la cancelación del vuelo, venir a este hotel, la tormenta..., todo ha sido una señal. Ya me entiendes...

Indica con el dedo índice al cielo.

—El tipo de allá arriba, el jefe del cotarro, nos ha hecho una señal y nos ha obligado a estar aquí enclaustrados tres días para que nos conociéramos...

—¿Y para qué quería que nos conociéramos? —pregunta Slatan mientras se mete por el cuello el ridículo jersey con arcos estampados.

Se encoge de hombros.

—Pues no tengo ni idea, la verdad. Yo solo entiendo de zapatos de cuña y plataformas. Pero se supone que las cosas pasan por alguna razón, ¿no?

Es cierto, quizá las cosas pasen por alguna razón secreta. Pero los doscientos cincuenta gramos de amonal siguen esperando indiferentes a las razones. Mudos a los argumentos. Terribles en las consecuencias. Expuestos a la terquedad impermeable de la muerte serena.

Diez minutos después, Slatan y Eugene entran en el comedor. Una treintena de pasajeros los aguardan. Han preparado una improvisada fiesta que se inaugura con una ovación cerrada. El karadjo, al sentirse el centro de atención, recula y le empiezan a sudar las manos. Intenta volver a la habitación, pero una docena de brazos lo conducen a una mesa donde hay montado un desayuno con repostería resguardada en urnas de cristal, huevos revueltos, beicon, zumo de naranja y café. Presidiendo la mesa, un jarrón con gladiolos blancos de invernadero (que hasta ese momento decoraban la suite del hotel, pero que ahora decoran el desayuno de Slatan). La servilleta está anudada en forma de cisne y alguien ha extendido sobre un plato mermeladas de fresa, melocotón y ciruela recreando los colores de la bandera de Karadjistán. Eugene, al ver la cara de desconcierto de su compañero de habitación, intenta calmar los ánimos.

—No lo agobiéis, no lo agobiéis...

Las preguntas de los turistas se solapan.

—¿Cómo conseguiste encontrar al niño en la montaña?

—¿Eres soldado? ¿Sabes rastrear las huellas?

—¿Tienes un sexto sentido?

De pronto, todo el mundo se calla. En la puerta del comedor han aparecido mamá July y Alex. El niño lleva las manos y los pies vendados con gasas sanitarias. Se acerca hasta la mesa y sin pronunciar una sola palabra se sienta en las rodillas del terrorista, le da un beso en la mejilla y se recuesta en su regazo. Como un muñequito agradecido. Slatan aspira el aroma inerte del niño y, por segunda vez en años, sonrío.

En la pared de enfrente, un televisor emite el parte meteorológico sin que nadie le preste atención. Al parecer, el tiempo mejora. La activa ola de frío y nieve que asola Moscú empieza a remitir y el buen tiempo permitirá que la gente retome sus vidas. Las corbatas volverán a ajustarse en torno a los cuellos, las Blackberrys alarmarán sobre reuniones aplazadas y los besos protocolarios volarán sobre las mejillas en despedidas abreviadas. Dentro de unas horas los aeropuertos bullirán repletos de zozobras y *delayed*. La vida desgastada y fugaz emprenderá el vuelo. Como si del odio al amor no hubiese más que tres días.

Durante el resto del día Slatan procura estar en el bosque, lejos de la gente. Acompañado del perro, se interna en la espesura, pero Nancy, Eugene, los novios y el anciano salen a su encuentro y a media tarde improvisan un *picnic* a cero grados. Bromean sobre el buqué del vino a temperatura ambiente y solo regresan al hotel cuando Nancy reta al resto de la excursión a una partida en la Wii de su habitación.

Por la noche se reúnen en el comedor ante la que promete ser la última cena en el hotel Limbads. El ambiente es festivo y relajado. Los recepcionistas, los cocineros y las limpiadoras del hotel se incorporan a la cena ante la insistencia de Eugene. Una extraña simbiosis ha terminado convirtiendo a esa pandilla de extraños en amigos. Como esos campamentos veraniegos donde se estrechan lazos que parecen para siempre y donde los días adquieren el peso específico de semanas.

Sobre el escenario, el anciano judío realiza un improvisado truco de magia. Hace subir a Nancy y le comenta que tiene un hilo suelto en uno de los botones de la chaqueta. Que si le permite tirar de la hebra. Nancy sonrío y asiente. El anciano comienza a tirar y tirar del hilo, que no parece acabar nunca. La gente se ríe a carcajadas. Al final del hilo aparece una flor de papel. Todos aplauden. El anciano saluda ceremoniosamente. A continuación, son los novios los que suben al escenario y entonan precariamente una canción de los Beatles, *A day in the life*, con coreografía incluida. La novia viste un colorido vestido de tirantes superpuesto sobre un jersey de cuello cisne. En un momento de la canción, al novio se le olvida la letra y decide abreviar la actuación y terminar con un apasionado beso que hace que el aforo completo se levante y aplauda.

Slatan, sentado en un rincón, mira a todos los pasajeros con frialdad mineral. En el mantel han quedado desperdigadas algunas migas de pan. Con el cuchillo las

rastrilla y las agrupa en dos montoncitos iguales. Afuera no nieva y mañana por la mañana un autobús de Air Moscú vendrá a buscar a los pasajeros para conducirlos al aeropuerto. Mañana se retomarán los proyectos aplazados. En su caso, un atentado terrorista. Donde todos disfrutaban una fiesta de despedida, él soporta una necrópolis anunciada. Sobre el escenario, el novio, antes de despedirse, pide con los brazos un segundo de silencio y se lleva el micrófono a la boca.

—Venga, Slatan..., ánimo, una canción de Karadjistán.

—Eso..., ¡a ver cómo suena! —añade la novia.

Eugene salta al escenario como un resorte y le arrebató el micrófono para evitar males mayores.

—No insistáis, chicos, Slatan no es de cánticos..., lo conozco bien...

Un silencio de tumba se extiende por toda la platea. Ni siquiera la banda sonora de las ventanas golpeadas por el viento acompaña la noche. El karadjo, concentrado en los dos montones de pan, parece no reaccionar. De pronto, ante la sorpresa de todos, se levanta y avanza hacia el escenario. Sube los tres escalones y coge el micro. Sin atreverse a levantar la cabeza, murmura tímido:

—Solo sé una canción. No vais a entender la letra..., está escrita en un dialecto de mi tierra...

Comienza a susurrar una letanía extraña. El tono es muy bajo, casi introspectivo. Es la misma canción racial de sacrificio y odio que cantó en el hotel Emperor cuando Huvlav y un desconocido le instalaron un chaleco de explosivos y le dijeron que todo iba a ir bien y que debía hacerse estallar sobre Moscú. La voz suena confiscada en la garganta. El extraño dialecto es incomprendible para todos los asistentes.

Rusia hundió nuestro honor bajo tierra. Aniquiló nuestra esperanza, cien años de opresión ya son suficientes. Este es el momento en el que van a morir..., van a morir..., van a morir...

A medida que la canción avanza, la articulación es más serena y contundente. El anciano coloca las manos sobre las teclas amarillentas y quemadas de colillas y acompaña al piano. El ritmo de la canción se anima y varios pasajeros empiezan a seguir el ritmo con los pies, con los dedos sobre las mesas. Con las cabezas. El estribillo de la canción es pegadizo. El anciano acelera la velocidad y golpea las teclas con un ritmo endemoniado. Con dedos ágiles y melódicos. Slatan comienza a bailar por todo el escenario lanzando las piernas y alzando los brazos hacia arriba en una extraña danza atávica y nacionalista. Eugene, contagiado por el ritmo frenético, se remanga los pantalones y sube al escenario colocándose junto a él. Ambos se agarran por la cintura y sin parar de saltar repiten obsesivamente el incomprendible estribillo.

Este es el momento en el que van a morir..., van a morir..., van a morir...

Nancy es la segunda en subir. Detrás, mamá July y los novios. Cinco amigos enfebrecidos saltando y riendo mientras de sus bocas sale el estribillo de rencor

nacionalista. Incomprensible. Todo el mundo acaba coreando desde las mesas. Bailan, dan palmas y brindan... *Van a morir, van a morir, van a morir...*

Horas después, tumbados en las camas, Eugene y Slatan parecen dos amigos de quince años contemplando las estrellas y contando confidencias. Finalmente, el norteamericano gira el cuerpo y mira a Slatan.

—Gracias.

El karadjo se vuelve sin entender.

—¿Gracias por qué?

—Porque tengo cincuenta y dos años, psoriasis en los codos, me cuelgan las tetas y tengo pelo en la espalda...

Eugene mira de nuevo al techo.

—Hasta ayer tenía un cero por ciento de posibilidades de conocer a la mujer de mi vida. Pero eso ha ocurrido.

—¿Y qué va a pasar mañana? —pregunta Slatan casi para sí—. Cuando vuelva el autobús y nos lleve al aeropuerto..., ¿qué va a pasar?

—No tengo ni idea. Igual no nos volvemos a ver, o igual acabamos viviendo en un pareado en Illinois con diez metros de jardín y un seto que separe las parcelas, pero estos días no me los quita nadie.

Amanece en el bosque. Los rayos de sol se filtran entre los árboles. Una lechuza busca alimento. Hace frío, pero ya no nieva. Slatan abre la puerta del porche. Lleva un gorro rojo y el jersey con arces estampados. El perro se acerca corriendo. Se agacha a su altura y le da varios huesos de la cena de la noche anterior que el perro tritura con sus mandíbulas. En ese momento escucha el ruido que preferiría no haber vuelto a oír. El ruido de un motor. El autobús de Air Moscú avanza por la carretera dejando un rastro de neumático y combustión. Finalmente aparca frente al hotel y dos empleados de la compañía aérea descienden. Slatan, al verlos, se queda rígido.

Unos minutos después todos los pasajeros están reunidos en el comedor escuchando las explicaciones de los empleados de Air Moscú.

—Dentro de una hora se abre el aeropuerto. El autobús les llevará a la terminal internacional.

Una exclamación de alivio se extiende por toda la estancia. Slatan es el único que no parece compartir la excitación. El empleado sigue hablando sobre el vocerío y el júbilo de la gente.

—En nombre de la compañía les pido disculpas por las molestias ocasionadas por la tormenta. Dentro de una hora tenemos la fecha fijada para el primer viaje..., hagan sus equipajes y bájenlos a recepción...

Una estampida de pasajeros inquietos se precipita escaleras arriba. Las frases

atropelladas se confunden con los besos y las despedidas anticipadas. «Nos tenemos que dar el teléfono, la dirección...». «Os iremos a ver, fijo». «Te paso mi tarjeta». «¿Por qué no organizamos un encuentro en Nueva York?».

Cuando el comedor se queda desierto, Slatan sale al porche. El empleado de Air Moscú, que ha permanecido en segundo término en el comedor, se le acerca por la espalda. Saca un cigarrillo y cuando se lo mete en la boca, dos paletos de oro le brillan en la boca. Se trata de Huvlav, el hombre que le colocó doscientos cincuenta kilos de explosivos en el pecho. El mismo que lleva trabajando cinco años y medio en la compañía aérea.

Al principio no dicen nada. Los dos karadjos miran al frente, al paisaje nevado que comienza a dar síntomas de agotamiento ante el empuje del sol. Slatan se ve de pronto ridículo con aquel jersey de arces estampados y el gorro rojo con orejeras. Huvlav no dice nada sobre su indumentaria. Del mismo modo que no dijo nada sobre sus calzoncillos con estampados de raquetas de tenis cuando le colocó el chaleco. Terrorismo y moda no casan bien. Slatan es el primero en hablar.

—Solicité órdenes. Llamé al teléfono que me pasasteis y un compañero me dijo que esperase, que el plan seguía adelante.

—Por supuesto. El plan sigue adelante. No hay vuelta atrás, te harás estallar en el avión, en pleno vuelo, ¿está claro?

El empleado de Air Moscú mira a Slatan esperando un asentimiento, pero no recibe nada. Algo va mal. Este chico con botas de borrego no parece el mismo terrorista frío que hace unos días mandaron al aeropuerto a inmolarse. Aquel chico necesitado de la certidumbre de la muerte no es este al que los pasajeros palmean la espalda cuando se cruzan por los pasillos.

—¿Qué ha pasado aquí estos tres días, Slatan?

—Nada. No ha pasado nada.

—Es raro, porque hace tres días recuerdo la mirada de un mártir... y hoy no veo nada en esa mirada. —Con los ojos clavados en la espesura del bosque. Huvlav continúa con la rigidez del martillo percutor que se come la montaña—. ¿Sabes lo que le he dicho esta mañana a mi hija Yasid? Que venía a ver a un héroe. Alguien que haría de Karadjistán un lugar mejor. Un lugar en el que se pueda pasear con la cabeza alta. Sin miedo a los bombardeos indiscriminados. Sin sirenas antiaéreas en las escuelas. Un lugar con futuro y con esperanza. El lugar construido por los Mártires de Instalood.

Las palabras tienen el brillo de los cuchillos previos a la matanza. Cada sílaba produce una herida fina y profunda.

—Ahora no sé qué le diré cuando vuelva a casa. ¿Qué le digo a mi hija?

Silencio. La nieve derretida cae por los canalones del porche provocando hilos de agua viva en fuga hacia el bosque.

—Si para ti han sido unas agradables vacaciones de montaña..., no pasa nada..., recoge tus cosas y olvídate de todo. —Busca en su carpeta verde y azul de la

compañía—. Aquí acaba tu misión. Puedes volver con tu familia. Te están esperando. —Saca una foto antigua, en blanco y negro, y se la tiende—. Dile a tu madre que llegarás a comer...

En la foto se ve a mamá Kosla tirada en el suelo, con el abdomen abierto y las tripas por fuera. Alguien había tenido la delicadeza de taparle la cabeza con un mandil de cocina. Huvlav, frío, le muestra la siguiente foto.

—Tu hijo Ravil también estará allí, celebrando tu regreso a casa.

Sobre el suelo, con el peluche en la mano, su hijo sin vida. Slatan aprieta los puños, incapaz de encontrar la salida al laberinto. A lo lejos, el perro juega con la nieve, ajeno a todo. Ajeno al dolor. Un par de pasajeros salen al porche cargando sus maletas y dispuestos a ser los primeros en montar en el autobús que los devolverá al aeropuerto. Huvlav guarda las fotos en la carpeta de Air Moscú, sonrío y le da una palmada amistosa a Slatan en la espalda.

—Tienes suerte, amigo..., dentro de unas horas, todo acabará definitivamente, ¿verdad?

VEINTICUATRO

Slatan, frente al espejo de la habitación, se coloca el chaleco alrededor del pecho. Minuciosamente. En el cristal ha dejado trozos de cinta americana que van ajustando la bomba a su pecho componiendo un puzle irresoluble.

Dieciséis minutos después, Slatan se sube al autobús. Es el segundo viaje organizado por Air Moscú para trasladar a los pasajeros al aeropuerto. Se sienta en la cuarta fila, junto a la ventana y pone su bolsa marca Asperto en el asiento vacío para evitar que lo ocupen. Pero todo ha cambiado en tres días. El universo afectivo se ha desarrollado como una enredadera salvaje diseñando puentes entre los que eran desconocidos hace tres días. Nancy entra en el autobús, lo busca con la mirada y, sin preguntar, aparta la bolsa y se sienta junto a él. Después le da un beso en la mejilla, se enreda en su brazo y apoya la cabeza en el hombro. Duda un momento y confiesa con voz de niña:

—Slatan..., no sé qué te parecerá..., pero se quedaba solo y me ha mirado con ojitos suplicantes... He metido al pastor alemán en el guardaequipajes del autobús. En el hotel me han dado una jaula... ¡Se viene con nosotros a Nueva York...! ¿Te has enfadado? —pregunta con ronroneo gatuno—. Dime que no te importa...

—No me importa..., no me importa nada...

—Gracias... Por cierto, los niños le han puesto nombre...

Antes de que Slatan pregunte el nombre del perro, el niño sordo aparece en el pasillo, se suelta de la mano de mamá July, trepa por el asiento y se sube en las rodillas del terrorista quedándose ahí, con la frente apoyada en el cristal. Slatan se ha enfrentado a una tormenta de nieve, al arco de seguridad del aeropuerto de Yul Moscova, pero nada puede hacer contra el amor. Un dique de emociones desbordadas. Vulnerable y perdido, mira por el espejo retrovisor del autobús y ve el reflejo distorsionado de los rostros sonrientes de los pasajeros. Todas esas caras, antes desconocidas, ahora amigas.

El autobús tarda menos de una hora en llegar al aeropuerto. Unos tímidos rayos de sol se reflejan en las cristaleras exteriores. Los pasillos son un hervidero de gente apresurada. Sentado en la zona de embarque, Eugene ejerce de padre improvisado sonándole los mocos a Alex. Bajo el brazo lleva un oso de peluche y una PSP. Por el bolsillo de la chaqueta le asoma un trozo de sándwich de pollo mordido. Mamá July mira la estampa y sonrío enternecida. Hace mucho tiempo que no disfruta de una familia completa. De los pequeños momentos que convierten la intimidad en una

suerte de limbo protector. Eugene le limpia los mocos a Alex.

—Es un catarrito de nada, pero los catorce bajo cero le van a hacer fuerte... como a los esquimales —dice Eugene guardando el pañuelo usado en la manga de la camisa prevenido para usarlo en un minuto.

—A los esquimales les irá muy bien, pero Alex va a ir con gorro y bufanda hasta los dieciocho... y calla que no le ponga un cascabel para saber dónde anda.

Se ríen. Hace sonar el sonajero, del que sale un sonido mate y tranquilizador. Nancy se acerca inquieta.

—Perdona, Eugene, ¿me puedes ayudar? Slatan lleva más de cuarenta minutos en el baño y no sale. Te pensarás que soy una histérica..., pero creo que algo va mal.

Oliver se acerca y Eugene le pone el sándwich de pollo en la boca. El niño pega un mordisco y se aleja corriendo para seguir jugando con la máquina expendedora de chocolatinas y *snacks*. El juego consiste en meter monedas imaginarias y obtener succulentos platos combinados donde nunca faltan las patatas fritas. El norteamericano mira serio a Nancy.

—Te digo una cosa..., no eres una histérica, pero si comió fajitas el otro día..., poco tiempo me parece..., que yo estuve hora y media en el baño del hotel y todavía me queda masa dentro.

La chica le devuelve una mirada suplicante. Eugene asiente y le da un beso en la mejilla.

—No te preocupes..., igual se ha quedado sin clínex..., yo, una vez, en Madison tuve que echar mano de la corbata. —Mira a mamá July—: Si tardo, id embarcando, ¿vale?

Nancy lo sigue. El norteamericano entra en el baño, que huele a desinfectantes industriales. Está vacío. Pero de uno de los retretes compartimentados sale un ruido ahogado: el sonido del derrumbe.

Si el acero tiene un punto máximo de resistencia situado en doscientas toneladas por metro cuadrado, el punto máximo de resistencia de Slatan debía de situarse en algún punto inconcreto de abrazos y besos por metro cuadrado. Una resistencia, que una vez superada, transforma el acero, el fanatismo y la imperturbabilidad en polvo inconsistente y barro.

Ahí estaba el terrorista karadjo. En el minuto exacto donde todo quiebra. Donde el hormigón se agrieta y el acero se funde. En el minuto exacto donde la vida te voltea como una ola en la orilla del mar Negro. Donde la llamada telefónica anuncia la muerte de un hijo por accidente de moto. O el infarto repentino, o el ataque de ansiedad. El momento exacto donde el músculo de la felicidad sufre una contractura. La flojera de los aparatos motores.

—¿Slatan...? ¿Te pasa algo?

Los ciento cuarenta y dos kilos se acercan a la puerta del servicio con preocupación. Nancy aparece detrás de él y se aproxima también. Ninguno de los dos se atreve a mirar dentro de ese baño. Saben que algo va mal.

—Amigo, vamos a embarcar en un par de minutos ¿Estás ahí?

La única respuesta es un nuevo quejido que no suena dentro del servicio, sino dentro de la conciencia. Un sonido gutural, de regulador de oxígeno obstruido. Eugene avanza un paso y cuatro nudillos sebosos golpean la puerta.

—Estoy con Nancy..., nos estás empezando a preocupar...

Nancy supo en ese mismo instante que las canciones no hablan de lo realmente importante. Y que un estribillo difícilmente puede albergar el miedo a que la vida te defraude. Dentro del servicio, sonaba el débil llanto de Slatan, como el de un recién nacido lejos del calor de la vida.

Los goznes de la puerta se abren engrasados de culpa. Sin un chirrido. Dejando paso a la imagen del patetismo: Slatan tirado en el suelo. Con un codo apoyado en la taza del retrete. Desvalido. Con el rostro hundido entre las manos. Con las lágrimas corriendo incontenibles camino de la boca. Las piernas estériles. La espalda combada. Los dedos crispados. En torno al pecho, como un parásito agarrado, el chaleco de explosivos desmantelado. Con un nudo de cables y conexiones esparcidos por el suelo. Un rudimentario objeto de muerte conectado a la batería de un teléfono móvil. El pasaporte al libro de los Mártires del Instalood y las canciones de los niños karadjos.

No hay error posible. Nancy y Eugene lo saben.

—¿Qué es eso? ¿Qué son todos esos cables?

No necesitan respuesta. Tienen delante a un terrorista suicida. ¿Cómo no se han dado cuenta antes? ¿Cómo pueden haber estado tan ciegos? En sus cerebros recorren instintivamente momentos vividos en el hotel durante esos tres días. Cabos sueltos y actitudes extrañas que adquieren significado.

¡Era evidente!

Esa mirada fría, ese mutismo cerrado. Esa ausencia de vida y calor. El significado de todo acude a sus cerebros con la clarividencia de un altavoz que palpita antes de una llamada telefónica. Todos los puntos sueltos se trazan ahora en línea recta. Se llenan de contenido: Slatan es un terrorista. Slatan, su amigo, su confidente, su amante..., es un maldito terrorista suicida.

—No me lo puedo creer —musita Eugene—. ¿Es... una bomba...? —Coge un cable rojo y tira de él para tener la certeza física del tacto—. Grandísimo hijo de puta... ¡Dijiste que eran medicinas y son bombas! ¡Eres un terrorista...!

Las piernas de Nancy se doblan con la inconsistencia de la plastilina y se sienta en el suelo. Slatan sigue paralizado como en uno de esos juegos infantiles donde solo te puedes mover cuando no te mira nadie. Nuevas lágrimas comienzan a filtrarse entre los párpados cerrados.

Eugene es el primero en reaccionar. Agarra por las solapas al terrorista, lo levanta y lo empuja hasta estamparlo contra los azulejos blancos. Slatan sigue sin reaccionar, superado por la culpa. Nancy continúa sentada. Colapsada. Eugene vuelve a tensar los músculos fofos de sus brazos y lo empuja fuera del baño, a la zona de pasillos.

Desde allí se ve la cola frente a la puerta de embarque. Quedan pocos pasajeros frente al mostrador. Las puertas se han abierto hace rato y la gente ya se está acomodando dentro del JF 4583. El terrorista no pone resistencia. Su biorritmo marca la actividad de un muerto en vida.

—¡Te vas a pudrir en una puñetera cárcel rusa...! —Lo zarandea con fuerza—. ¡Eras mi amigo! ¡¡Mi amigo!!

Por la puerta del baño aparece Nancy, descolocada, muda. Incapaz de hablar.

—¡Míralos...! ¡¡Ten los cojones de mirarlos a la cara...!!

Señala a los pocos pasajeros que quedan en el *lobby*. Entre las caras conocidas está el anciano judío, que los mira sin entender nada.

—¡Toda esa gente te quería...!

Eugene se coloca a un palmo de su cara. Con las manos estrangulando la chaqueta. Dándole una última oportunidad.

—Dime la verdad..., ¿pensabas volar el avión y matarnos a todos?

El silencio que se crea entre las dos bocas es culpable y violento. Slatan responde.

—Sí... Hace tres días sí...

Lo suelta lentamente. Da un paso para atrás y, decidido, se va hacia el control de seguridad que está a cincuenta metros. Un grupo de policías de fronteras cachean rutinariamente a un pasajero checheno. Slatan se queda en mitad del pasillo. Varado entre dos mundos y dos conciencias. Sabiendo que le ha fallado a todo el mundo. Slatan mira a Nancy vulnerable, incapaz de articular una palabra. Nancy le suplica.

—Dime que es mentira..., dime que no querías matarnos y te creeré... Dime que te obligaron y te creeré... —Su voz se desquicia y eleva el tono—: ¡¡Dime algo para que te crea!!

Silencio.

—Pues mátame..., vamos..., mátame.

Le golpea la cara y el pecho. Slatan no se defiende. No puede. Los puñetazos infantiles y desencantados de Nancy le parecen caricias comparadas con las llagas abiertas de su conciencia.

Mientras tanto, a treinta metros de allí, en el *lobby* del aeropuerto, junto a los asientos de cuero que prometen masajes relajantes por treinta rublos, Eugene avanza hacia la policía de aduanas. En las pantallas de televisión aparecen carteles de *last calling* que anuncian el vuelo destino Nueva York. Las azafatas de Air Moscú comprueban las listas de los pasajeros. Nancy, frente a Slatan, sonrío triste.

—Tiene ironía, ¿no? Parece que los momentos más importantes de mi vida transcurren en los servicios. ¿Y ahora qué...? ¿Por qué no estallas el chaleco de explosivos y acabas con todo?

Pero Slatan no contesta. Tiene los ojos clavados en una figura que le resulta familiar. A ochenta metros, entre los últimos pasajeros que se apresuran a embarcar, distingue el rostro del hombre con la cicatriz brutal en la cara. El terrorista con el que se cruzó en el hotel Emperor. Una película de imágenes desfila por la cabeza del

karadjo. ¿Qué sentido tiene otro terrorista en el mismo vuelo? ¿Qué está pasando? Tarda tres segundos en comprenderlo.

—No se fían de mí...

Nancy lo mira confusa.

—¿Qué?

—No se fían de mí... y han mandado a otro terrorista por si me arrepentía y no era capaz de cumplir la misión.

Mientras tanto, Eugene avanza golpeando con sus tacones de mujer las brillantadas losetas del pasillo. Los ciento cuarenta y dos kilos irrumpen en el pequeño grupo de policías de aduanas que comentan el caos del primer día de apertura de aeropuerto y se ajustan los guantes de látex en los dedos índice y corazón. Eugene imposta la voz para dar solemnidad al momento. Habla un inglés atropellado y nervioso.

—Caballeros, presten atención, tengo información reservada. ¡Hay un terrorista en el aeropuerto!

Mislak, comandante de aduanas y encargado de pasar nueve horas al día con las pupilas clavadas en una pantalla de doce pulgadas radiografiando el interior de los equipajes, procura interpretar lo que aquel tipo obeso afirma. Su inglés precario le permite entenderse con turistas despistados, pero no acaba de interpretar ese torrente léxico. Probablemente se trate de otro perturbado. Los aeropuertos tienen mucho de sanatorio mental. Sobre todo el primer día después de la tormenta. La gente llevaba toda la mañana moviéndose por los pasillos como hormigas antes de la lluvia. Apresuradas y torpes.

—¿Disculpe? ¿Ha dicho *terrorista*?

—Sí, he dicho *terrorista* —repite nervioso—. Un desgraciado que nos quería matar... Después de haberlo querido como a un amigo. Era mi compañero de habitación. Dormíamos juntos, desayunábamos juntos..., ¡por Dios...! ¡Hasta compartíamos el váter!

En el otro extremo del aeropuerto, las terminaciones nerviosas de Slatan se llenan de sangre bombeadas por un corazón frenético. Gira la cabeza noventa grados y piensa qué hacer. De pronto, echa a correr por el pasillo hacia el control de seguridad por donde ha desaparecido Eugene. Nancy, desconcertada, corre detrás de él.

Eugene procura dar coherencia semántica a sus atropelladas palabras.

—Era mi amigo..., pero me estaba engañando, el muy cerdo. Quería hacerse estallar. —Abre los brazos todo lo que puede—. ¡Boom! ¿Me entienden? Boom y a tomar por saco.

Al ver a Slatan acercarse corriendo, lo señala incriminándolo.

—Es ese. El canalla al que contaba mi vida —habla con dolor—, pasamos alguna noche charlando sobre mi hijo Bobby... y él solo tenía en la cabeza acabar, reventarme la vida. La de todos...

Los policías miran alternativamente a Slatan y al representante de zapatos. Como

un partido de tenis que se jugase con dos pelotas en pista. Mislak interroga de nuevo a Eugene:

—¿Me lo quiere repetir? ¿Cuál es el problema exactamente?

—¿Que cuál es el problema? ¡¡Cómo leches se dice *terrorismo* en ruso!!

Se da la vuelta, alterado, y señala a Slatan justo cuando este se le echa encima, lo sujeta por los brazos y lo atrae hacia sí.

—Eugene, ¡escúchame!

—Él es el problema...

El karadjo apoya frente contra frente y le habla a dos centímetros sosteniendo la cara de Eugene entre las manos. Con una primitiva e íntima familiaridad. Los policías de aduanas, perplejos, esperan junto a ellos. ¿Qué sucede con estos pasajeros? El aeropuerto de Yul Moscova es pequeño. Tan solo tiene tres vuelos internacionales. En el control de aduanas están acostumbrados a pequeñas polémicas generadas por un frasco de perfume confiscado e incluso por pequeños intentos de narcotráfico, pero de la boca de aquel gordo norteamericano ha salido la palabra *terrorismo*. Eso los hace permanecer alerta. El karadjo susurra junto al oído de Eugene.

—¿Recuerdas lo que has visto en el váter? Pues hay más..., más medicinas aparte de las mías. Hay más.

Eugene se queda un momento calibrando el alcance de sus palabras. La información llega a sus neuronas con la misma lentitud con la que el colesterol se va adueñando de sus arterias. Por fin, reacciona violentamente.

—¿Pero qué sois? ¿Una maldita franquicia, como los Starbucks? —Mira hacia el grupo de policías—. Es peor aún. Es un terrorista. ¡Y tiene amigos terroristas...!

Slatan lo abraza desesperado.

—Si me detienen ahora, no podré impedirlo. Confía en mí..., hace unas horas me dijiste que yo era tu amigo..., te lo pido por nuestra amistad.

Se zafa de un empujón.

—¿Amistad? ¡Pero qué puñetera amistad vamos a tener!... ¡Nos querías hacer volar por los aires!

—Eso era antes..., tienes que creerme..., ahora solo intento evitar un atentado...

El policía de aduanas, harto, se adelanta un paso intentando adueñarse de la extraña situación.

—Me van a acompañar los dos a la oficina...

Eugene asiente, sereno.

—Vas a acabar en una cárcel el resto de tu vida...

El cerebro de Slatan funciona a diez mil revoluciones por segundo. Si lo arrestan, quince minutos después una bola de fuego caerá sobre Moscú. Los restos del Boeing 747 serán la pira funeraria de sus amigos. No puede permitirlo. Mira fugazmente los zapatos de mujer que lleva Eugene y mira a Nancy procurando que entienda un mensaje no verbal. Una conexión vía Bluetooth mental. Adopta una actitud afeminada y comienza a gritar en ruso.

—¡Me tienes harto! Lo siento, cariño..., pero estoy hasta aquí —dice colocando el dedo índice en la frente— de tus celos de loca y de tus numeritos de aeropuerto... ¡Harto! ¡Yo te quiero! ¿Por qué tiene que ser siempre todo taaan difícil?

Desesperado, Slatan coge la nuca de Eugene y, por sorpresa, cubre la distancia que separan sus bocas y lo besa. Es un beso torpe, preadolescente. Un beso verdaderamente robado y a contrapié. Eugene no sabe por dónde le viene el aire. Desconcertado, se intenta retirar, pero los brazos del terrorista lo sujetan con firmeza.

Nancy ha entendido cuál es el plan de Slatan. Una salida desesperada y absurda. Quizá tan absurda que pueda funcionar. Sonríe destensando y habla con el grupo de policías en un perfecto inglés para niños.

—¡Toodo el día igual! —Enumera con los dedos a modo de lista de reproches—: Que si eres un terrorista, que tú un cerdo, que tú un asesino, que ahora te quiero, que ahora no... Doce versiones de amor y odio a la semana..., ¡me tienen harta...! —Se encoge de hombros y abre teatralmente los brazos—. ¿Qué pasa en el mundo gay? ¡No superan la edad del pavo! Todo el día hormonados como dos quinceañeros...

Los policías miran los zapatos de tacón de Eugene y no pueden por menos que sonreír ante la cómica pareja. Mislak hace un gesto obsceno con la boca y los señala. Su broma levanta la carcajada general. Eugene y Slatan siguen forcejeando con los labios pegados. Los policías los dan por imposibles y se alejan bromeando. Slatan, por fin, libera a Eugene, que se limpia los labios y mira a Nancy.

—Chica, ya sé qué has visto en él. Será un terrorista..., pero da unos besos de tornillo que quitan el sentido...

Slatan lo mira suplicante. No tiene un minuto que perder.

—Hay otro terrorista con una bomba en el avión. Ya sé que os he mentado y traicionado, y que merezco un tiro en la nuca, pero si ahora me detienen, ese terrorista se hará estallar y todos morirán, todos.

Eugene mira asustado a Nancy buscando instintivamente que se ponga de su lado. Que le confirme que todo lo que está diciendo es mentira. Una estrategia de asesino. Un gesto que aporte algo de sensatez a esos cinco minutos de locura. Pero no lo consigue. Algo en el temblor de Nancy le hace comprender que es verdad. Mira hacia la sala de embarque y descubre que no queda prácticamente nadie sin subir al avión. Tan solo el anciano judío los mira parado sin embarcar. Quizá algo de la casi centenaria naturaleza del anciano le proporciona la premonición de la desgracia. En los altavoces, una azafata con acento ruso hace la última llamada en inglés: «El vuelo 4583 salida Moscú con destino Nueva York va a cerrar en unos minutos las puertas». Eugene habla para sí, asustado.

—Dios mío... July..., los niños... están ahí dentro. Hay que avisar a la policía.

Slatan recupera el aplomo y la seguridad.

—Escúchame..., es tarde para avisar a la policía... Ese hombre ha recibido las mismas instrucciones que recibí yo. Tardará una fracción de segundo en hacerse explotar si ve algo raro. Tenemos que subir a ese avión y desarmarlo... o todos

morirán.

VEINTICINCO

Dos minutos antes de cerrar el embarque, Nancy, el anciano, Eugene y Slatan atraviesan el trozo de pista de cemento que desemboca en una escalera de treinta escalones acoplada a la puerta del avión. Son los últimos pasajeros.

Varios operarios acaban de colocar el equipaje en las bodegas. Una de las últimas valijas es la jaula con el perro adoptado por Nancy y al que los niños han puesto nombre. El perro, al reconocer a Slatan, comienza a ladrar y a moverse como un poseso dentro de la jaula. Slatan lo mira con ternura, pero no puede detenerse. Trescientas treinta y dos vidas dependen de él, así que sube por la escalerilla del avión sin mirar atrás. El perro, asustado por el ruido del motor y por el mutismo de su dueño, se revuelve con desesperación. Salta y muerde las rejas de su prisión hasta hacer caer la jaula desde un metro de altura. La puerta de plástico se rompe y el perro sale corriendo. Varios operarios hablan por los *walkies*. Un perro corriendo libre por la pista de un aeropuerto es una alarma roja. Tendrán que atraparlo y retrasar los vuelos hasta que atrapen al perro.

Una vez dentro del avión, el extraño cuarteto avanza por el pasillo y se distribuye por los asientos asignados en las tarjetas de embarque. Nancy coloca su equipaje de mano en el compartimento de arriba. Tiene que desplazar dos bolsas de mano para encajar su maleta de viaje. Slatan, diez asientos delante, le señala con la cabeza la ubicación exacta del terrorista. Nancy lo busca un segundo con la mirada y asiente. No es difícil diferenciarlo entre la multitud de pasajeros. Está en la fila veintitrés. Su fisonomía remite a algo atávico y contrito. La barbilla cuadrada y la nariz aguileña. Una gran cicatriz delimita la geografía austera y arrasada del hombre. Nancy, decidida, sorte a una pareja de asiáticos que extraen sus almohadas de fundas de plástico y avanza hacia la cola del avión. Se detiene junto a los asientos de mamá July y los novios, que le sonríen.

—¿Dónde estabais...? No me lo digas... Eugene te ha llevado al bar a comerse otro bocadillo de beicon con queso... Mañana le pongo a dieta, lo prometo —dice sonriendo mamá July.

—¿Podéis venir un segundo a la cola del avión? Tengo algo que deciros...

—Pero... vamos a despegar... —interviene el novio—. ¿No puede esperar?

—Es urgente..., créeme —contesta con voz temblorosa.

Mamá July y los novios intercambian una mirada de extrañeza, pero asienten y la siguen. El anciano también acude a la reunión. Eugene, por otro lado, ocupa el asiento que está justo delante del terrorista suicida.

Cinco pasajeros se juntan en la cola del vuelo de Air Moscú con destino Nueva

York. Nadie lo sabe, pero las vidas de trescientas treinta y dos personas entran en *delayed*.

Slatan se acomoda en el asiento asignado en su tarjeta de embarque. Sabe que cualquier cosa fuera de lo común aceleraría la detonación. No puede evitar pensar cómo ha cambiado todo. Hace unos días su mirada dibujaba la misma decisión suicida que la de ese hombre. Un odio medular que ascendía por la espalda. Una rabia ciega que se arracimaba en los dedos tensos que estrangulaban el cordel del detonador. ¿Qué había pasado? La vida es lo que había pasado.

Mientras tanto, en la cola del Boeing, tiene lugar la atropellada reunión de mamá July, los novios y el anciano judío. Después de que Nancy relate la historia, ocho minutos de silencio se adueñan de los asistentes. Varias azafatas pasan por delante sin entender los gestos contritos de aquellos pasajeros. Están asustados, confusos. Se sienten traicionados. Las lágrimas se mezclan con la angustia. Mamá July sufre un ataque de pánico. ¡Sus tres hijos están ahí fuera! El novio tiene que meterla unos minutos en el baño del avión de dos metros de diámetro, con jabón de mano y clínex de doble capa, hasta que recupera el control. Cuando salen, las voces susurrantes y los nervios atropellan las ideas del grupo. Denunciar. Avisar a la policía, al comandante, detener la locura. Nancy y el anciano aguantan serenos el desahogo lógico de sus amigos. Pero todas las soluciones que proponen están descartadas. Una tormenta de nieve los salvó la primera vez de morir carbonizados. ¿Qué les salvará esta segunda vez? Nancy ataja las voces y focaliza el problema.

—Solo hay dos opciones: morir o desarmar al terrorista... ¿Qué elegimos?

Otro silencio nuclear explota en el pasillo. Una azafata cargada con tres mantas los apremia para que ocupen los asientos y se abrochen los cinturones. Han sufrido un pequeño retraso, pero van a despegar en unos minutos. Cuando la azafata se aleja, todos tienen la misma sensación compartida: la cabina de aquel avión, segundo a segundo, adquiere las dimensiones reales de una urna funeraria.

Entonces, con la entonación con la que reclamaba la pensión todos los cinco de cada mes en la ventanilla del Citibank, el anciano judío habla. Una voz ligera y silábica con suave acento de San Petersburgo.

—¿Conocen el truco de los pañuelos?

Tres minutos después la improvisada reunión ha concluido. Con caras cetrinas y desencajadas, van ocupando sus asientos.

El novio se acerca al terrorista. Sonriente y desenfadado.

—Perdona, tío... —Su tono es enrollado y cercano—. Me acabo de casar con el ángel que tienes a tu lado, pero nos han dado asientos separados... y no soy capaz de soportar un viaje de once horas separado de ella. ¿Me cambias el asiento? Yo estoy ahí, dos filas delante...

El terrorista no se inmuta. No habla. No lo mira. Su cerebro procesa la información con el mecanicismo de una cadena de montaje. Sin valorarla ni ejercer juicios de valor. No contesta. No se mueve. La pregunta del novio no se corresponde

con ninguno de los estímulos a los que debe responder. Ante su mutismo, la voz del anciano resuena unas filas más atrás.

—Yo os lo cambio, parejita... No molestes al señor. A mí me da igual ventanilla que pasillo. En cuanto despega el avión me baja la presión y me paso dormido todo el viaje.

El cuerpo ajado del anciano judío se levanta, avanza por el estrecho pasillo y se sienta junto al terrorista suicida. Por los altavoces del avión se escucha la voz de una azafata: «Cierren puertas, tripulación de cabina». El anciano, con los músculos azotados de osteoporosis, se sienta junto al terrorista y le sonrío.

—Con ganas me echaba un cigarrito ahora...

La mano tensa del terrorista acaricia el cordón del detonador. Eugene, apoyado sobre el cabecero, asoma medio cuerpo dando conversación al anciano. Procura que la voz suene casual y protocolaria.

—Parece mentira, ¿no? Los jóvenes se siguen casando. Eso es porque no saben lo que viene después; la ruptura, los abogados y la ruina. Para cuando te quieres dar cuenta, te han quitado la custodia y han puesto a la venta tu casa en Internet. —Mira hacia los novios sonriendo y grita—. ¡Que seáis muy felices! —Después llama la atención de mamá July, que está dos asientos a su izquierda y señala al bebé—. A ver ese angelito..., déjamelos.

Mamá July da un beso en la mejilla a la criatura y se lo tiende envuelto en una manta. Si el terrorista se hubiese fijado, le habría visto apretar los labios para evitar que ningún chillido escapase de su garganta. Eugene procura impermeabilizarse y atenerse al plan diseñado. Una azafata se acerca iracunda.

—Por favor, tiene que poner al bebé el cinturón de seguridad..., vamos a despegar.

—Ya, ya..., es que tiene los diques de contención hasta los topes..., o le cambio el pañal a la criatura o se desborda...

La azafata cabecea y se aleja hacia la cola del avión. El representante de zapatos, con el bebé en brazos, sopesa el peso del pañal y sonrío.

—No es culpa mía..., el bebé lleva la bodega hasta los topes... —Suelta los velcros del pañal y le hace cucamonas a la criatura—. Qué mofletitos tiene...

Con pericia, le quita el pañal y levanta al bebé al tiempo que un chorro de pis infantil sale del pito del niño y moja la chaqueta del terrorista. Eugene se gira y procura disculparse de forma atropellada:

—Perdón, perdón... El nene, que parece un grifo..., es soltarle el pañal, verse libre y apuntar...

En ese mismo instante, respondiendo a una coreografía nunca ensayada, el anciano judío saca un pañuelo del bolsillo y se apresta a secar las exiguas gotas de pis que han salpicado la chaqueta del terrorista. Eugene, con un paquete de clínex, colabora también. Un lío de manos se forma en el regazo del terrorista, que, violento, acaba apartándolas. En las paredes de fibra de la cabina rebota la voz del comandante

dando instrucciones a la tripulación: «Maniobra para entrar en pista».

El terrorista se levanta del asiento maldiciendo y escupiendo insultos ininteligibles de rabia. Salta por encima del anciano y sale al pasillo. En la mano derecha sostiene el cordel dispuesto a inmortalizarse, a concluir la misión. Decidido a pasar a la historia de los Mártires de Instalood. Aprieta la mandíbula. El avión enfile la pista de despegue acelerando motores y colocando los flaps en posición.

Y entonces, sin que nadie pueda evitarlo, sin que los controles de seguridad del aeropuerto sean capaces de detectarlo, sin que Mislak, comandante de aduanas y encargado de pasar nueve horas al día con las pupilas clavadas en una pantalla de doce pulgadas lo perciba..., el terrorista tira del cordel del chaleco de explosivos.

Pero no ocurre nada.

La deflagración espera enmudecida.

Los trescientos treinta y dos pasajeros siguen respirando.

Tira de nuevo. Pero el cordón no provoca ningún impulso eléctrico en la batería, ni detona la carga de amonal. Simplemente, el cordón sale y sale del chaleco de explosivos hasta que, en el extremo de la madeja, aparece una flor de papel de colores chillones. El terrorista mira la flor sin dar crédito. ¿Qué ha sucedido? ¿De dónde ha salido todo ese cordel? ¿Por qué no ha estallado el explosivo? ¿Qué ha salido mal?

Al terrorista karadjo habría que explicarle la increíble biografía del anciano judío. Mauthausen, la Escuela de Porolov, el hambre y el miedo acumulado en aquellos dieciséis meses de concentración donde olió los cuerpos incinerados de sus padres y hermanos. El anciano acababa de realizar su último número de magia. El mismo que había empleado como truco de entrada durante cuarenta años. El cambio era sencillo. Consistía en subir a alguien del público y hacerle notar que se le había soltado un hilo de la chaqueta. Después, el mago comenzaba a tirar poco a poco del extremo de la hebra, que se convertía, por arte de magia, en una ristra de tela de dos metros y que finalizaba en una colorida flor de papel. La gente reía y aplaudía. Un número perfecto para calentar al público.

El cambio dependía de dos cosas: crear un momento de distracción y ser rápido con las manos. Pese a la artrosis, sus dedos aún se movían como los de un concertista de piano. Suficientemente rápidos para dar el cambio de cordel. La distracción oportuna había sido el inocente meado del bebé. Un momento de desconcierto que permitía que la mano que aferraba el cordel detonador se aflojase. Tan solo había tardado tres segundos en realizar el cambio. Sin lugar a dudas, la actuación más destacada de su vida, aunque no hubiese levantado ovaciones.

Cómo le hubiese gustado que sus padres estuviesen allí, viéndolo. Se sentirían orgullosos. La última vez que lo vieron era un famélico niño de doce kilos de pellejo y huesos, con una quejumbrosa tos seca que se convertiría meses después en neumonía. Con la mirada huidiza y derrotada de los estigmatizados por la guerra. Ese niño frágil y aterrorizado que disfrutaba viendo cómo su padre le sacaba trozos de pan de detrás de las orejas había conseguido salvar la vida a trescientos treinta y dos

personas. Cómo le gustaría que estuviesen allí papá y mamá. Cómo le hubiese gustado que por un segundo lo hubiesen abrazado como a un niño de ochenta y dos años.

Aprovechando el desconcierto del terrorista, Slatan salta por encima de los asientos y se abalanza contra su compatriota decidido a atenuarle la mano izquierda e impedirle que accione el mecanismo de retardo de la bomba. El novio, desde la fila doce, también salta como un resorte y sujeta el otro brazo. Los tres caen al suelo del avión. Forcejeando en menos de treinta centímetros de pasillo alfombrado con logotipos azules de Air Moscú. El novio se golpea la nuca con la base metálica de un asiento, pero consigue inmovilizar el brazo. Slatan se concentra en evitar que no cierre los dedos de su mano izquierda. Sabe que sus vidas dependen de que no consiga accionar el detonador de retardo de la bomba. Pero en mitad de aquel avión mudo y temeroso, un imperceptible «clic» ratifica que ha llegado tarde. Unas décimas de segundo tarde que separan la vida y la muerte. Unas décimas de segundo que se clavan como cuchillas fúnebres en la esperanza de vida de trescientos treinta y dos pasajeros.

Slatan levanta la cabeza y mira al fondo del pasillo. Varias docenas de cabezas se asoman paralizadas de miedo. Una transfusión de terror primitivo les invade el riego sanguíneo. Nancy, arrodillada en el pasillo, lo mira asustada.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Ha apretado el botón de retardo de la bomba..., la ha accionado...

Eugene se acerca por detrás colocando todo su peso sobre las piernas del terrorista inmovilizándolo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el amonal va a estallar en cuatro minutos... y no podemos hacer nada para impedirlo...

VEINTISÉIS

Los ventrículos de un centenar de pasajeros se contraen al unísono. El avión avanza por la pista de despegue con las puertas cerradas. Nadie puede escapar. Nadie puede huir. La cabina del avión es una refinada ratonera con toallitas blancas en los reposacabezas de los asientos para evitar dejar pelos, y prácticas instrucciones plastificadas que especifican qué hacer en caso de despresurización, pero que no indican qué hacer en caso de inminente estallido de una bomba. En la cabina, los pasajeros se ven afectados de una repentina esclerosis que ralentiza sus movimientos y los vuelve torpes. Algunos se persignan repetidamente, otros conectan los teléfonos móviles buscando una última conversación, una última palabra que los reconforte antes del caos. Quizá los diálogos que se entablaron en la planta setenta y ocho de las Torres Gemelas, o en los vuelos de la United, o en el avión de Lockerbie, o en los trenes de Madrid, o los autobuses de Londres, o el teatro de Moscú, sean las palabras definitivas. Si el mundo enmudeciese de pronto y escuchase aquellas apresuradas conversaciones, resolvería la pregunta sobre lo verdaderamente importante de la vida. Quizá por eso el Boeing 747 destino Nueva York se convirtió en un improvisado confesionario aéreo donde padres e hijos, mujeres y maridos trazaron nuevas fronteras de nostalgia y apego.

Nancy avanza hasta Slatan y lo abraza desesperada. Un mechón de pelo cobrizo le cae por la cara. Es hermosa.

—Han llamado a la policía. Desactivarán la bomba, ¿verdad?

Slatan niega, pragmático. Sabe que el tiempo que separa del estallido son menos de cuatro minutos.

—No hay tiempo..., Nancy.

Con decisión, suelta la chaqueta del terrorista y lo despoja del chaleco de explosivos. Después se lo coloca y avanza por el pasillo camino de la salida de emergencia. Las miradas de terror de las azafatas y del pasaje han creado un espacio con atmósfera cero donde cada movimiento resuena amplificado. Como dentro de una campana de cristal. Slatan se aferra con las dos manos a la palanca de apertura de la puerta de emergencia y la gira con brusquedad. La puerta se abre y una ráfaga de aire frío se cuela en la cabina. Las mascarillas de oxígeno saltan en los falsos techos. El avión todavía se mueve por la pista. Nancy chilla a su espalda, suplicante.

—¿Qué vas a hacer? ¡Podemos evacuar a todo el mundo..., tenemos tiempo!

—Moriríamos todos. Es imposible vaciar un Boeing en un par de minutos...

La imagen de los dos en la puerta del avión, mirando al vacío, es lírica y apocalíptica. Quizá alguna canción de REM hable de las despedidas tempranas.

Adioses resumidos en un par de estrofas sin rima. El viento ondula sus cabellos. Al fondo, se distingue el bosque nevado.

—Pues tira el chaleco a la pista... ¡Podemos empezar de cero!

En lugar de desprenderse del chaleco, se ajusta las cinchas en torno al pecho y mira al precipicio que se abre a sus pies.

—Tenías razón, Nancy. Hace tres días estaba podrido por dentro. Podía recomendarte cómo abrirte las venas en vertical porque estaba muerto.

—Mírame, Slatan, yo tengo vida para los dos, ¿me oyes? Juntos podemos resucitar.

—¿Resucitar? ¿Dónde? —La mira con amor—. ¿En una cárcel rusa?

El avión pierde velocidad. Slatan continúa.

—¿Sabes con qué me quedo? Con que le importo a alguien..., a ti.

La palabra flota en el aire unos segundos. Después Slatan se lanza a la pista. Una caída de tres metros que le hace rodar como un pelele por el cemento y rebotar tres, cuatro, cinco veces. Las lágrimas de Nancy también ruedan y rebotan en otra caída de vértigo: la distancia que dista de los ojos a las mejillas.

Slatan se levanta con dificultad. Tiene la cara, las rodillas y la espalda magulladas. Ha perdido un zapato. Se toca el hombro derecho y palpa una protuberancia en forma de espolón encima del deltoides. El tendón del manguito rotador le sobresale por encima de la clavícula rota. Tampoco respira con normalidad. Probablemente, un par de costillas hundidas le presionan los pulmones. Sin embargo, milagrosamente, el amonal no ha estallado. Como puede, comienza a avanzar trastabillado en dirección contraria al Boeing, que se ha detenido a cien metros. Quiere evitar que la onda expansiva alcance al avión y a los miles de litros de queroseno que almacena en los depósitos. Cada metro que avanza le produce un infinito ahogo, como un submarinista de profundidad en apnea libre.

Cuando está lejos de cualquier objetivo, en mitad de la pista de cemento, se deja caer de rodillas dispuesto a morir. Tiene unos segundos de lucidez: entonces, ¿ese es el final? ¿Todo lo que ha vivido lo ha conducido a este momento? A lo lejos suenan las sirenas de la policía y las ambulancias. Demasiado tarde. La muerte viene esprintando a su lado. La bomba estallará en cualquier momento. Cierra los ojos. Pero justo en ese instante una lengua húmeda y juguetona le devuelve de nuevo a la realidad de la pista. El pastor alemán babea, menea la cola y le lame la cara. Sin dar importancia al chaleco de explosivos. Sin atisbo de poseer un sexto sentido que lo prevenga de la muerte.

Slatan, desconcertado, se levanta maldiciendo y procura espantarlo. Amaga una patada, pero el animal confunde la coreografía agónica de Slatan con un juego y corre excitado en círculos concéntricos a su alrededor. No entiende que debe alejarse. El terrorista tiene asumida su propia muerte, pero es incapaz de matar al animal. Se desabrocha el chaleco y se incorpora pese a que media docena de huesos astillados perforan el bazo, el hígado, los pulmones. Coge impulso para lanzar el chaleco lo más

lejos posible, pero justo en ese momento, una bala calibre veintidós le atraviesa la tibia haciéndola añicos. Posiblemente, un francotirador apostado en el tejado de la terminal lo esté usando de diana. El perro ha reaccionado al ruido del disparo tumbándose junto al cuerpo tembloroso del karadjo. Slatan lucha por no perder el conocimiento. Algunas voces amplificadas por un megáfono repiten insistentemente: «¡Alto, al suelo, tírese al suelo!». Slatan, sin embargo, procura levantarse de nuevo. Con la terquedad del desahuciado. Empeñado en salvar la vida de ese estúpido perro sin nombre. Otro disparo le revienta el fémur de la rodilla derecha. Duele. La sangre dibuja oscuras siluetas en los restos de nieve que salpican los arcones de la pista. El ruido de sirenas inunda el gélido ambiente. En un último arrebató, coge impulso flexionando el brazo y lanza con todas sus fuerzas el chaleco al aire. Décimas después, estalla.

Y después todo está claro y brillante: su madre horneando pan. Ravil cerrando y abriendo una caja de cerillas vacía. Su padre persiguiendo perdices por la ribera del río Slatke. La dicha perdida y el fino hilo que cose las cosas importantes de la vida. Centenares de imágenes lanzadas a las retinas como puñados de tierra. Cuando consigue abrir los ojos, todo se desvanece. Está bocabajo. Con la cara pegada al suelo. De su frente caen líquidos que identifica como hilos de sangre. Vuelve la cabeza y comprueba con alivio que el perro respira a dos metros de él. Varios soldados lo inmovilizan mientras lo esposan. Algo absurdo, piensa, es incapaz de mover un solo músculo. Eugene llega corriendo y jadeando.

—¡Apartaos, apartaos...! ¡Yo sé hacer la respiración boca a boca...! —grita con voz agitada y estentórea.

Detrás de él aparece Nancy. Reprime un grito al ver el efecto de la metralla en su cara. Dos policías intentan mantenerlos apartados, pero los ciento cuarenta y dos kilos de obstinación se acaban imponiendo. Los dos se arrodillan a su lado y sujetan su cabeza descoordinada. Slatan mueve los músculos de la cara intentando esbozar una sonrisa. Tiene la cara salpicada de trozos de metralla. Nancy arranca con ternura algunos trozos diminutos de cemento incrustado en sus mejillas y lo besa con ternura.

—¡Como te mueras, te mato! ¿Me escuchas, Slatan?

—¿Tú crees... —su voz es un quejido agónico— que si me sacan estas dos balas y quedo medio apañado... me podrás enseñar a bailar con el aro ese?

—¿El hula-hop? Sí, sí..., claro que sí. Pero no hables, por favor, no hables.

—Tú no te preocupes por nada... —añade Eugene—, soy íntimo de la jueza de Ontario..., déjalo en mis manos, que en unos años estás en la calle. Voy a presentar un carro de atenuantes que se van a cagar...

En ese momento, dentro del bolsillo de Eugene comienzan a sonar los primeros acordes del *Himno de la alegría*. El representante de zapatos saca el móvil, mira el número y se le ilumina la cara.

—El número es de Ontario..., de Estados Unidos. Igual me está llamando mi hijo... Bobby. Doce años esperando su llamada y tiene que llamar justo ahora. Ha

salido a su madre, eso está claro.

El terrorista lo anima desde el suelo a que conteste. Nota el corazón agotado, como un minuterero en la recta final. Gira las cuencas de los ojos hacia Nancy. Es el único movimiento que le permite su cuerpo.

—Nancy..., ¿qué nombre le pusieron?

—¿Qué nombre...?

—Al perro... ¿qué nombre le pusieron al perro?

—Vagabundo...

—Vagabundo... Es bonito..., cuídalo, ¿vale? No ha tenido mucha suerte con sus últimos dueños..., que note que le importa a alguien...

Un par de policías los separan con violencia. A su alrededor han montado un cordón policial. Nancy procura darle un último beso, pero sus labios se aprietan contra el aire sin encontrar a Slatan. Un beso suspendido en la nada. Quizá el último que puedan darse en años. Quizá el último beso que puedan darse nunca.

—Te quiero, Slatan...

Es en ese preciso momento, antes de desaparecer dentro de la ambulancia camino del hospital militar de Mozdok, cuando Slatan tiene la certeza definitiva: no quiere aparecer en los bordados de las mujeres de Instalood, ni en la lista de los Mártires de Karadjistán, ni siquiera anhela vengar la muerte de su hijo. Tan solo desea guardar aquellos tres días de felicidad en la urna permanente de su recuerdo. Tres días de tregua. Tres días delgados y blancos como las manos que nos arrullan cuando viene la noche y tenemos miedo. Tres días en los que se ha sentido de nuevo en casa...

Desde fuera de la ambulancia, la voz de Eugene resuena de nuevo...

—¡¡Slatan!! ¡¡Hablé con mi hijo, con Bobby!! Tardó un par de días, pero me llamó. Dice que quiere verme... ¿Qué te parece? ¡Doce años después! La puñetera vida da segundas oportunidades...

Slatan ahoga una risa líquida antes de que dos soldados del grupo antiterrorista moscovita cierren las puertas de la ambulancia para siempre. Así fue...

FIN